BRUNO CARDEÑOSA

EL IV REICH

Los poderes secretos de la Ilustración oscura



Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Introducción. "Heil Donald"

La bacanal

El búnker

Elon y Peter

Proyecto 2025

El Gran Hermano

De aquellos polvos, estos lodos

Saludos nazis

La Ilustración oscura

Objetivo Groenlandia

El negocio de destrozar el Ártico

El canal de Panamá o el canal del imperio

La posverdad

La guerra contra lo "woke"

El virus conspiranoico

De QAnon a Musk pasando por Alemania

Estados Unidos vs. China: la nueva Guerra Fría

1798 (formas de atacar a los inmigrantes)

El plan Kalergi

La teoría de los caballos de carreras

Con un par

Desculturizar

Trump y Musk: el final del amor

¿Los nuevos diamantes de sangre?

"Fake news": una «guerra» que comenzó en 2015

"Scroll": la herramienta del IV Reich para conquistar el mundo

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

El IV Reich

Bruno Cardeñosa

Planeta

A Mamen, que alumbra mi vida y mi camino.
Que viaja conmigo enseñándome a vivir.
Que ha decidido ser mi amanecer cuando
ya solo quedaba oscuridad.

«Su discurso de odio apela a las más bajas pasiones, como la xenofobia, el machismo, la intolerancia política y el dogmatismo religioso. Todo lo cual, inevitablemente, recuerda a campañas que en el pasado se han dirigido contra otros grupos étnicos y cuya consecuencia fue la muerte de millones de personas».

Extracto de una declaración redactada
por los historiadores Enrique Krauze y
Carmelo Mesa-Lago y firmada por
otros 67 intelectuales, científicos y
académicos hispanos.
Noviembre de 2015

Introducción
Heil Donald

«Yo soy el rey».[1]

Solo hay una persona en el mundo que, estando a punto de morir, haya pensado en cómo sacar rédito de la situación. Su vida no le importaba. Le importaba su triunfo. Un lobo solitario le acababa de disparar. Una bala le había rozado la cabeza. Se levantó. Tenía sangre en el rostro. Alzó el puño. Puso cara de ganador y dijo: «Luchen, luchen, luchen».

Era el 13 de julio de 2024. Acababa de hacer su presentación oficial: traía la fuerza, el coraje y el orgullo. Ese era Trump. Era el rey: «Normalmente tienes que morir para conseguir una imagen icónica», escribió.[2] Tenía el norte tan desviado que solo apuntaba a sí mismo, pero muy posiblemente acababa de ganar las elecciones que se celebrarían a finales de ese año.

Su poder es la amenaza. Dar miedo es su baza. El mundo es un juego, y él tiene siempre el comodín bajo el brazo. Tiene el jóker. Él es el jóker. Puede transformarse en quien haga falta.

Él es un dios. Bueno, Dios. Él se cree que es Dios.

Se cree el más grande.

Se cree un enviado divino. El más listo. El más venerable. El más santo. El Papa. El Padre. El Hijo. El Espíritu Santo. Se cree un genio. El más rico. El hombre al que persiguen por ser un hombre de verdad. El hombre que lucha contra el poder. Contra las élites.

Contra el gobierno oculto que domina el mundo. Por eso, pensaba él y pensaban los suyos, lo querían matar. Por eso iban contra él...

Durante varios meses he vivido sumergido en el universo de Trump. No se puede comprender lo que es incomprensible, pero al menos ya puedo exponer que es alguien que representa los latidos de una parte de la humanidad. No hay ni siquiera que ser trumpista para defender lo que representa Trump. No solo los estadounidenses viven en su mundo y defienden la realidad alternativa que presenta, sino que cientos de millones de personas en todo el globo compran la irrealidad que él vende. Y ese es su gran peligro: tiene votos y apoyo en todos los países. Nos cruzamos por la calle con muchas personas que creen que todos deberíamos ser como él. Que creen que pisar fuerte es lo mismo que pisar al débil. Que creen que los buenos valores son los de antes. Que están en contra de la igualdad de género. En contra del respeto y de los derechos del colectivo LGTBI. En contra de la igualdad entre grupos étnicos y culturales. En contra de la diversidad como un valor.

A medida que buceaba en su ideario, a través de miles de papeles y cientos de libros, me horrorizaba aún más. Me parece incomprensible, pero este tipo es la voz de una parte del mundo nada desdeñable. En decenas de países, personajes con su mismo perfil —e incluso más excéntricos— crecen y mandan. Y no han llegado donde han llegado gracias a golpes de Estado. No les ha hecho falta. Lo han hecho gracias a los votos de la población. Y eso también es horroroso.

Nuestras cabezas se han vaciado de voluntad democrática para llenarse de conceptos e ideas que ni siquiera quien las proclama las considera positivas, pero ahora sabe que no está solo: hay miles de personas que defienden su mentira como si fuera la verdad absoluta. Que defienden cosas e ideas que serían incomprensibles hace no

tanto. Que han logrado despreciar a quienes representan la cultura y la educación. Que creen que la prensa miente sistemáticamente. Que creen que quienes apoyan valores democráticos están a sueldo de los progres. Que creen que se censuran sus ideas. Que creen que las causas nobles contra el cambio climático son parte de un gran engaño. Que creen que el culto es un vendido. Que el respetuoso es un falso. Que la ciencia es mala. Que el feminismo es una herramienta para quitar derechos al hombre...

Ya antes, y ahora más, me afanaba en entender cómo ese mundo de la posverdad se convertía en realidad. Trump, tras varios meses en el poder —un poder al que llegó tras coronarse presidente como si se tratara de un rey—, se enfrentó a uno de los momentos más duros de su reinado: había enviado a la Guardia Nacional y a los Marines —en total varios miles de soldados— a California y después a otros estados para frenar los altercados provocados por la detención y deportación de decenas de miles de inmigrantes, que se habían convertido en su mayor obsesión.

El presidente, que había amenazado con el uso de la fuerza militar para hacerse con Groenlandia, el canal de Panamá, México o Canadá, nunca llegó a mandar al Ejército a esos otros países, sino contra su propio país, concentrado en el estado de California. Cientos de miles de personas en toda la nación comenzaron a protestar por las detenciones. Era una situación inimaginable en Estados Unidos...

Y al tiempo que se producía todo esto, en Washington se llevaba a cabo un desfile militar para celebrar el setenta y nueve cumpleaños del presidente, aprovechando que coincidía con el doscientos cincuenta aniversario del Ejército. Había aviones, tanques, misiles... Pero la imagen de los soldados —que no están acostumbrados a este tipo de festejos y apenas sabían andar en conjunto—

desfilando, sin ningún orden ni concierto, en honor a su comandante en jefe, quedó un poco extraña.

Presidiendo el acto estaban él, su mujer y poca gente más. Muchos gobernadores republicanos habían decidido no acudir. Entre los presentes próximos a Trump estaban el jefe de la Ultimate Fighting Championship (UFC) —una de las ligas de lucha libre del país— y empresarios de criptomonedas y armas. A su alrededor había un cristal protector para evitar las balas. Una de las imágenes más desquiciantes es la que proporcionó una cantante que actuó en el evento: lo hizo de espaldas al público para así estar frente al rey Trump.

Al mismo tiempo, en California —un estado que funciona casi como un país independiente, de un tamaño similar al de España, y que es la mayor economía de Estados Unidos—, el gobernador Gavin Newsom acababa de ser amenazado por el presidente de Estados Unidos con ser detenido por oponerse al despliegue militar en dicho estado. Sobre el acto en Washington comentó: «El desfile de Trump no es más que una demostración vulgar de lo débil que es. Es lo más pequeño que se puede ser. Pero así es Donald Trump».[3] Por cierto, a Trump, cuando le tocó hacer el servicio militar, logró esquivarlo a base de prórrogas y alegando una incapacidad física...

El desfile costó 45 millones de dólares. Más o menos lo que valen 381.000 paquetes de comida que una empresa de su país, llamada Gaza Humanitarian Foundation (GHF), que tiene la licitación del Gobierno de Israel para hacerlo, reparte como ayuda humanitaria en Gaza. Con uno de ellos se puede alimentar a una familia de siete miembros durante dos meses.

Trump dijo que resolvería el problema de Gaza en apenas un día. Lo mismo dijo respecto a Ucrania. Se creía que podía hacerlo todo. También dijo que apoyaba a Benjamin Netanyahu en su plan para

echar de Gaza a todos los palestinos. Gracias a ello se podrían construir paseos marítimos con terrazas y restaurantes y convertirla en una suerte de Riviera de Oriente Medio dedicada al turismo. Horas después de decir semejante barbaridad, retuiteó un mensaje con un vídeo en el que se veía cómo sería ese enorme resort presidido por el Hotel Trump...

Ese es Trump...

Y da miedo.

La bacanal

«Ahora todos me besan el culo».[1]

Repite esta frase siempre que puede. Le gusta. Le gusta sentirse el centro de atención. La última toma de posesión fue el inicio de lo que él llamo «la nueva edad de oro».

Fue como una orgía.

El orgasmo era dar miedo.

Le generaba placer sembrar incertidumbre.

Dar pavor.

El lunes 20 de enero de 2025, Donald Trump —abrigado por los suyos— juró su cargo como presidente de los Estados Unidos. Fue una auténtica coronación, propia de una bacanal.

Era la segunda vez que lo hacía, pero, a diferencia de la primera, juró la Constitución con la certeza de haber llegado hasta allí con patente de corso para ejecutar su plan.

Ya nada iba a ser igual.

El país más poderoso del planeta se estaba convirtiendo también en el más temido.

Comenzaba la persecución de los inmigrantes. De los científicos. De los periodistas. De las mujeres. De los defensores de la naturaleza. De los pobres. De los débiles. De los que ellos consideran que siguen la doctrina *woke.* De los negros. De los latinos... De casi cualquier persona.

Quienes le rodearían en el futuro Gobierno estaban tan locos como él. Acudieron a la cita, a la que se habían sumado algunos de los hombres más ricos del mundo.

En su primera investidura tuvo más cuidado al escoger a «técnicos» como parte de su equipo. Esta vez no tenía tiempo que perder. Nada de medias tintas. Algunos historiadores ya han dado nombre a ese IV Reich que amenaza el orden mundial: la Ilustración oscura. Y es que el mundo va tan rápido que las fechorías tienen nombre antes de que se ejecuten...

Días antes de su toma de posesión, decidió que la ceremonia se celebrara en el interior del Capitolio, no en el exterior, como suele ser habitual. Trump lo tenía todo previsto. Se excusó en el frío y logró con esa decisión que no se le sometiera a examen: normalmente, la cantidad de personas que asisten a la ceremonia suele considerarse un dato noticiable para tomar el pulso de la popularidad inicial del presidente.

Aunque había ganado las elecciones, sus principales fans no eran de Washington. No iban a estar. Era posible que el parque de la Casa Blanca no fuera a estar a rebosar. Y esa era una imagen que no podía permitirse. A Trump no le gusta dar ninguna oportunidad para quedar mal. Prefiere evitar que sus críticos tengan algo a lo que asirse...

Así las cosas, el acto se convirtió en una ceremonia de exaltación cerrada y «pequeña». Gracias a esto, pudo parecer que su popularidad era mayor. No era la primera vez, ni mucho menos la última, que el de la cara naranja aprovechaba un acto oficial para darse un baño de acólitos.

Cerca de donde Trump juraba su cargo, había una especie de banco destinado a los más ricos entre los ricos. Entre ellos estaba quien por entonces era su principal valedor y pagador, Elon Musk, que, aunque se fue pronto, ya se había convertido en el hombre más cercano al poder del presidente. Musk no había participado en las elecciones: no puede presentarse nadie que no haya nacido en

Estados Unidos, y él lo hizo en Sudáfrica, en el seno de una familia de clase alta que se enriqueció con el petróleo y el uranio, y que estaba vinculada al *apartheid.* Como sucede con todo lo extraño que rodea a esos personajes, esa vinculación no parecía ser ni importante ni estrecha. Bueno, eso es lo que se dice. También se dice que no era importante que la familia de Musk estuviera vinculada a movimientos extremistas (léase, nazis).

Horas después de la toma de posesión de Donald Trump, Elon Musk —el nuevo hombre más rico de la historia de la humanidad, después de superar al mítico Laurance Rockefeller— participó en una convención del Partido Republicano. Allí, quienes no habían podido asistir al Capitolio, se reunieron para celebrar la segunda venida de Trump.

Uno de los que hablaron fue Musk.

Con euforia dio su pequeño discurso, en el que habló de un nuevo tiempo, de una nueva era, del fin de los complejos, del momento de la verdad, del honor de quienes habían sido perdedores hasta entonces. Para acabar la misa, dio las gracias, se llevó la mano al pecho y alzó el brazo: «Mi corazón está con ustedes», dijo. Se dio la vuelta y volvió a hacer lo mismo.

Parecía el saludo nazi...

El mundo entero empezó a hablar de ello.

No podía ser, nos decíamos todos.

Por favor, no. Que no lo fuera. Todos buscábamos explicaciones alternativas...

Con el paso de las horas, él no negó nada. La ambigüedad de su gesto no tuvo explicación. Ya se encargaron otros de justificarlo: que si era el saludo romano, que si no era más que una forma de simbolizar que entregaba su corazón a los espectadores, que si era una casualidad, que si el ángulo desde donde se tomaban las fotos...

El mundo acababa de cambiar.

El búnker

«Volveremos a construir las Fuerzas Armadas más fuertes que el mundo haya visto jamás».[1]

El 30 de abril de 1945, a un grupo de dementes se les acabó la maldad. Su antiguo glamur decayó hasta el punto de que esos hombres, que rodeaban a Adolf Hitler, se refugiaron en el búnker de Berlín. Ya casi habían perdido la Segunda Guerra Mundial.

Tiempo atrás habían tomado la decisión de matar a millones de personas en lo que luego se llamó *Holocausto,* y algunos jerarcas nazis ya habían emprendido la huida. Otros, sin embargo, estaban atrincherados esperando su muerte. Ellos, que estaban en la cúpula del poder, decidieron ingerir cianuro. Se suicidaron.

Finalizaba así el Tercer Reich.

La palabra *Reich* en alemán significa 'imperio'. Se suele usar para referirse a la idea de la gran Alemania. Es una denominación que hunde sus raíces en creencias ancestrales que sitúan este país a la cabeza del mundo conocido. Es por eso que el Tercer Reich de Hitler alimentaba su paranoia con la idea de la existencia de un mundo ario sobre el que se fundamentaba un pasado glorioso en Europa, dominado por ellos.

Ese ayer mítico es el que explica el interés de los nazis por determinados vestigios arqueológicos que reforzaran sus tesis. La obsesión que tenían por la Atlántida hay que encuadrarla en esta creencia. Se trata de una locura que se inició a mediados del siglo XIX, cuando la fundadora de una fantasía llamada *teosofía*, madame Blavatsky, estuvo por el Tíbet aprendiendo cosas sobre la

historia paralela del mundo: fue una estupidez, pero tamaña locura tuvo un gran impacto en la secta nazi.

Esas ideas alimentaron el fascismo alemán, que tuvo un organismo oficial encargado de aglutinar e introducir esa patochada en el entorno del nazismo, la Ahnenerbe, al frente de la cual se colocó a un coronel que había sido discípulo de Blavatsky. Bueno, pues toda esa paranoia se gestó bajo la creencia de que el mundo nació al amparo de una población original, radicada en el norte de Europa (en los países nórdicos) y que tuvo en Alemania uno de sus centros fundamentales, desde el cual se irradiaron sus ideas. Este centro se situaba en una isla que había pertenecido a Dinamarca, Heligoland, que era la puerta de acceso a Groenlandia...

Para explicar el fundamento de esta idea, hay que recordar que el Primer Reich se corresponde con el Sacro Imperio Romano Germánico (962-1806), que se inspiraba en el Imperio romano; de ahí su nombre y de ahí que se considerara al máximo mandatario como emperador. Para nosotros, en España, el emperador más conocido fue Carlos I de España y V de Alemania, el hombre que, junto con Felipe II, fue el más poderoso de la historia. Ese Primer Reich era —así lo creían— voluntad de Dios. Puede decirse que era el territorio sucesor de Roma. Sus dominios alcanzaron todo el centro de Europa y parte del este.

Los más tradicionalistas creen que el saludo nazi hunde sus raíces en esta época como parte de la herencia de la Roma imperial. No deja de ser curioso que tanto Musk como su entorno alimentaran la idea de que había hecho el saludo romano. Y daban la misma justificación que daban los nazis para decir que lo de ellos también era el saludo romano, aunque, en realidad, nunca hubo un saludo de origen romano. Se cree que el gesto de bienvenida augusto —derivado de César Augusto, el primer emperador romano— era más

o menos así, aunque se le suponía un origen íbero, ya que Viriato, cuando intentó dominar Numancia, lo habría usado. Sea ese el origen o no, la realidad es que el desconocimiento es absoluto. Incluso en el siglo XX, cuando vuelve a usarse, parece que fueron los fascistas españoles los primeros en rescatarlo; de ahí pasó a la Italia de Mussolini, en donde más o menos se popularizó y desde donde se extendió a Alemania.

El Segundo Reich se corresponde con el Imperio alemán (1871-1918), que dominó Europa en esa época. Si bien los historiadores no han usado nunca ese término para academizar el estudio de esa etapa, este *Reich* se considera responsable de una fiebre imperialista que derivó en la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Cuando se comenzó a utilizar en la época de Hitler, se revisó la historia y se estructuró el pasado en esos *Reich* tras la publicación de una obra de Arthur Moeller van den Bruck que, en 1923, predijo la llegada de un Tercer Reich.

Desde entonces, los más extremistas ansían la llegada del IV Reich. Por tanto, no existe como entidad, sino como una imagen alegórica que se ha mantenido viva desde la caída del nazismo. Por ejemplo, algunos colectivos que rozan el esoterismo llegaron a postular que, en realidad, no hubo hundimiento en el búnker de Hitler, sino que lo que de verdad sucedió fue una huida hacia el sur de Europa como puente para llegar a Argentina. En el colmo de la locura, algunos llegaron a afirmar que Hitler se refugió en la Antártida.

Lo que sí es real es la existencia de misiones como la operación Paperclip, que reubicó en secreto a científicos nazis en Estados Unidos para que, por ejemplo, pudieran trabajar al servicio de la NASA y así lograr la llegada del hombre a la Luna. De hecho, uno de los principales responsables científicos de las misiones Apolo fue

Wernher von Braun, quien fuera responsable, durante la Segunda Guerra Mundial, de la fabricación de los misiles alemanes V-1 y V-2. Además de ello, en algunas investigaciones de la CIA y de sus «ancestros» participaron activamente altos mandos de los servicios de inteligencia alemanes.

A la vez, surgieron organizaciones como ODESSA —una red que tenía por objetivo ayudar a importantes nazis a refugiarse en Sudamérica— o Die Spinne —otra de las redes que tramaron vías de huida para criminales nazis, a través de, en este caso, la «ruta de las ratas», entre otras, que fue la empleada por supervivientes del régimen para intentar llegar a zonas costeras españolas.

Estas realidades hacen factible lo que expuso Jim Marrs en su libro *The Rise of the Fourth Reich (El surgimiento del Cuarto Reich),*[2] donde sostiene que algunos nazis participaron (y aún participan) en empresas estadounidenses que, aunque lo disimulan, están asociadas con el nazismo.

Aunque nos cueste admitirlo, muchas de las ideas que exponen estos grupos extremistas que están brotando en todo el mundo son iguales a las que expuso Hitler. Algunas de ellas se han colado en la sociedad sin que nadie las asocie a la extrema derecha, pues el tiempo ha ido blanqueando algunas de estas propuestas. De hecho, muchos de los aspectos relativos a la estructura del mundo que se originaron en la conferencia de Yalta —que «dibujó» el mundo bipolar en la Guerra Fría—, eran circunstancias que se consideraban casi extremistas antes de la Segunda Guerra Mundial.

En el ámbito económico, en 1944 se establecieron los Acuerdos de Bretton Woods, que marcaron, tras la reunión de líderes de cuarenta y cuatro países, la política económica del nuevo mundo. Pero a partir de ellos también se establecieron acuerdos que permitieron al neoliberalismo imponer su modelo. Y dentro de ese neoliberalismo —

que empezó a agotarse con la crisis de 2008, aunque no desapareció — se han escondido ideas un poco —o un muy— nazis. El consumismo excesivo y el egocentrismo financiero han sido la rampa desde la que se han lanzado, como si nada, determinadas ideas que tuvieron su origen en el nazismo, aunque no lo sepamos.

El hecho de que el mayor crimen contra la humanidad que se haya producido en la historia —el Holocausto— lo perpetraran los nazis nos hace pensar que esa atrocidad era parte de sus ideas, pero no es del todo cierto. Fue más bien una consecuencia de esas ideas, es decir, una atrocidad derivada de su planteamiento. Y ese mismo riesgo corremos ahora: repetir atrocidades para ordenar el mundo según algunas creencias que dominan la sociedad y que han necesitado de la posverdad para imponerse.

¿Y no es una idea extremista fomentar leyes proteccionistas y arancelarias? ¿No es extremista acusar a los inmigrantes en todo el mundo de cualquier problema social? ¿No es extremista acusar de esos problemas a la ciencia, a la cultura o a la lucha por la igualdad? Así empezó el fascismo en Europa. Una pandemia, la de la gripe española, fue la excusa social para enervar aún más a la gente y provocar la llegada al poder de esos extremismos. Vamos, una pandemia como la que tuvimos en el 2020.

Igual la historia no se repite, pero rima...

Elon y Peter

«Perseguiremos nuestro destino manifiesto hacia las estrellas».[1]

No sabemos si Musk hizo el saludo nazi intencionadamente —hacerlo, lo hizo—, pero lo cierto es que en su biografía encontramos algunas cosas sospechosas. Nadie es culpable de nacer en un ambiente concreto, pero nacer en según qué ambientes es noticiable. Y es que toda esta historia que rodea a Trump y su mundo —aunque Musk ya no forme parte de él, su influencia sigue muy presente— tiene muchos detalles que quizá no significan lo que parecen, pero sí que parecen, sí...

Elon Musk no puede presentarse ni a presidente ni a ninguna otra plaza. La Constitución se lo prohíbe. Para aspirar a un cargo en Estados Unidos hay que haber nacido allí. Tampoco hay ninguna sospecha de que quisiera hacerlo, pero el hecho de no haber nacido en Estados Unidos hace imposible que tenga un cargo electo, aunque se había convertido en el número dos del gobierno de Trump mientras estuvo en sus filas. Tras su salida del gobierno creó el Partido Americano, aunque es muy difícil hacerse un hueco entre demócratas y republicanos. Hasta ahora, nadie lo ha conseguido, pero, en todo caso, jamás podrá presentarse.

Musk nació en Sudáfrica porque su abuelo, Joshua Haldeman (1902-1974), nacido en Minnesota, se fue a vivir allí en 1950. Llegó en lo más duro del *apartheid*. Aunque es inconcebible que ese régimen llegara a existir, por desgracia sí lo hizo. Las leyes contra los negros eran terribles. El racismo era puro y duro. Y digo inconcebible porque la población negra constituye el 80 % de los habitantes. Un

10 % es mestizo y el otro 10 % restante es blanco. Sin embargo, estos últimos legalizaron un régimen en el cual los negros se convirtieron, socialmente, en seres inferiores; en el cual no podían acceder a determinados puestos, podían ser esclavos, etcétera. Y ese régimen atroz defendía, entre otras cosas, que asesinar a un negro no era lo mismo que matar a un blanco. Pero es que los blancos dominaban un 70 % de la riqueza del país. Y esa es la causa: el dinero legalizaba el horror.

A ese mundo, y bajo ese régimen, es al que fue la familia de Musk. Y fue para hacer negocios como blancos y ricos que eran. La historia no se ha curado de sus demonios. Va a hacer un siglo de aquella monstruosidad, pero el racismo de Alemania tenía émulos en Sudáfrica. Había una especie de milicia neonazi infiltrada en el país, la Ossewabrandwag (OB), que sostenía una postura totalmente contraria a que Gran Bretaña se enfrentara a la Alemania de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. A esa milicia pertenecía John Vorster, un afrikáner (blanco de origen neerlandés) que, por aquel entonces, era un indocumentado y un bestia con aires de jefecillo. Vorster, pese a todo, consiguió ocupar un alto cargo en 1966.

Llevaba casi diez años en el entorno del poder —por aquel entonces facilitó la llegada al país de potentados y auspició a los que se atrevían, entre ellos, los abuelos Musk— cuando llegó a ser primer ministro (1966-1978) y después presidente (1978-1979). Es increíble, pero llegó a ese cargo siendo un neonazi de ideas bestiales.

El abuelo materno de Musk formó parte de un movimiento denominado Technology Incorporated, que defendía que fueran los grandes empresarios los que decidieran los designios de un país. Ese grupo fue poco a poco haciéndose más radical. Chris McGreal, periodista de *The Guardian,* uno de los periódicos más importantes

del mundo, investigó y señaló lo siguiente en una entrevista con Amy Goodman: «Canadá tenía su propia rama de este movimiento para derrocar al Gobierno. Él, Haldeman [el abuelo de Musk], encabezaba esa filial. En la década de 1930, el movimiento adquirió un tono cada vez más fascista. Comenzaron a usar uniformes grises inspirados en las camisas pardas y negras de los nazis».[2]

Finalmente, el grupo fue prohibido en 1930 y Haldeman detenido, pero los ideólogos de ese movimiento siguieron adelante. «En 1950, el Gobierno del *apartheid* había estado en el poder durante dos años. Haldeman vio esto y pensó: "Ese es mi tipo de lugar", porque claramente eso era lo que él quería crear en Canadá y había estado intentando crearlo en la década de 1930. Así que ese fue el momento en el que él y su esposa, Maye, se trasladan a Sudáfrica y se convierten en partidarios muy fervientes del *apartheid*», señaló McGreal en el programa de *Democracy Now!*[3] Ahí dijo algo que es muy importante: los colectivos a los que ya en Canadá pertenecía el abuelo de Musk defendían convertir a los magnates tecnológicos en mandatarios políticos. Está claro que su nieto es hijo de esa ideología que algunos encuadran en el transhumanismo, aunque esta incluye connotaciones extremistas. Haldelman fue arrestado de nuevo por sus simpatías nazis en 1939, si bien no abandonó esa corriente de pensamiento después de la Segunda Guerra Mundial. Incluso creó en Canadá un grupo de seguidores de *Losprotocolos de los sabios de Sion*, el falso escrito que alimentó la paranoia de los nazis contra los judíos. En cualquier caso, cuando él y su esposa se mudaron a Sudáfrica, se dedicaron, entre otras cosas, a la minería: primero a la explotación de esmeraldas y luego al comercio de otros recursos, entre los que se encontraba el uranio.

Gracias a ese uranio, Sudáfrica desarrolló la bomba atómica y entró en el club de los países que podían destruir el mundo con sus

armas. Después, el exceso de uranio fue vendido a Israel, que también fabricó su propio armamento atómico.

También la familia de Peter Thiel —un personaje del que después hablaré, pero que fue la voz de la conciencia de su íntimo amigo Trump durante el primer gobierno de este— se dedicaba a extraer el uranio de Sudáfrica; es decir, también formaba parte del grupo de familias estadounidenses que habían ido hasta allí para extraer el mineral.

McGreal fue más allá, porque, en la búsqueda de indicios sobre la juventud de Musk, encontró que entre los amigos de sus primeros años estaba Peter Thiel. De hecho, fueron uña y carne. Se consideraban libertarios, signifique lo que signifique para ellos esta expresión. Los Thiel tienen una obsesión política todavía más fuerte que Musk, aunque pertenecen a esos blancos que se pelearon con otros blancos con creencias distintas, pero que formaban parte de esa burguesía que se beneficiaba del régimen de *apartheid.* Musk y Thiel defienden lo mismo, pero Thiel tiene más características de ideólogo. Ya en Estados Unidos, se hizo rico cuando creó y vendió PayPal... ¿Te suena? Pues él fue uno de los responsables.

Thiel se convirtió en hombre de confianza de Donald Trump durante el primer mandato del líder naranja. Era como su pensador de cabecera entre los nuevos ricos de Silicon Valley, esos que parece que forman parte de una élite del sector tecnológico y que han logrado ser la voz del poder extremista. Trump los ha reunido... Y ya juntos, Musk, Thiel y los demás están haciendo del mundo un lugar que se tambalea. La salida de Musk del gobierno no provocó ningún cisma entre los megarricos y el presidente ha seguido teniendo a su lado a la élite de gigacapitalistas. Esos pocos hombres están poniendo en riesgo la realidad actual del planeta, con lo bueno y lo

malo que hay en él. Es el mundo que tenemos, que nos sostiene y que también se sostiene gracias al esfuerzo de todos nosotros.

Justo al acabar el mandato de Trump, Thiel escribió un manifiesto titulado «The Education of a Libertarian» ("La educación de un libertario"). Sostenía: «Yo no creo que la libertad y la democracia sean compatibles».[4] En 2012, el filósofo inglés Nick Land, uno de los pensadores fundamentales para Thiel y compañía, llamó a este movimiento la «Ilustración oscura».

En aquellos años, Thiel era el verdadero líder de ese grupo. Luego, Musk se puso al frente y se convirtió en su cabeza más visible. Tras la ruptura del magnate y el presidente, uno no puede evitar preguntarse en qué posición queda Thiel, pero aparentemente, como señalaré más adelante, sigue estando cerca del presidente y no ha habido ningún cambio.

Sin embargo, «la mafia de PayPal» —no los califico así yo; esta definición es la que acuñó el periodista de *The Guardian* Chris McGreal— la integra más gente. Por ejemplo, David O. Sacks, un tecnocapitalista nacido en Ciudad del Cabo (Sudáfrica). Siendo un niño, conoció a nuestros dos protagonistas. Participó en la fundación de PayPal, y con el tiempo se ha involucrado en decenas de empresas que unen tecnología e informática a través de un fondo de capital de riesgo llamado Craft Ventures, que en 2023 manejaba 3.300 millones de dólares. Estos fondos de capital de riesgo no son otra cosa que la hucha en la que los ricos dejan parte de sus ahorros, y en cuyas filas trabajan brókeres e inversores que manejan ese dinero. Como ya expuse en mi libro *Triple A,*[5] este tipo de fondos estuvo muy presente en los enormes agujeros financieros que desencadenaron la crisis de 2008. En 1998, Sacks escribió junto con Thiel un libro titulado *El mito de la diversidad,*[6] en apariencia dedicado a intentar poner fin a las políticas de diversidad de la

Universidad de Stanford, aunque, en realidad, proponía segregar a los alumnos según su cociente intelectual. No merece mucho la pena hablar de ello —no deja de ser una idea un poco «nazi»—, pero toda esta corriente de pensamiento fomenta la creencia de que el éxito financiero está unido a la inteligencia.

Esta idea, la del gobierno de los sabios, tuvo mucha popularidad en el contexto estadounidense por cortesía del filósofo Leo Strauss. Nació en Alemania y emigró con su familia a Estados Unidos, donde llegó a trabajar como docente en la Universidad de Chicago. Ideológicamente, coqueteó con el sionismo e incluso con el nazismo, y a sus clases asistieron muchos políticos del Partido Republicano, sobre los que tuvo una gran influencia.

En el año 2024, tras su participación en la convención republicana, donde dijo que Rusia había sido provocada por Estados Unidos —los Estados Unidos de las ideas que no le gustaban— para atacar a Ucrania, Sacks donó doce millones de dólares a Donald Trump. En realidad, fue una inversión para estar cerca del presidente e influir en sus decisiones.

El gobierno de Trump es así: está lleno de favores que se devuelven a quienes tienen ideas demenciales...

A Sacks se le nombró jefe del Consejo Privado de Asesores de Ciencia y Tecnología...

Y así con todo.

No es casual que Thiel haya sido uno de los inversores en SpaceX, aunque sus huellas financieras lo descubren como dueño de una parte de Facebook, Uber, Airbnb...

Además de con Trump, Peter Thiel mantiene una relación igual de buena —o más— con el vicepresidente J. D. Vance. El idilio entre ambos empezó en 2011, tras una conferencia del magnate de la informática en la Universidad de Yale. A partir de ahí, Thiel facilitó la

entrada de Vance en el ámbito del capital de riesgo y este pasó a formar parte de una de sus empresas, Mithril Capital. Sería exagerado decir que Vance fue empleado de Thiel —aunque digámoslo así para entendernos—, pero luego las tornas cambiaron, porque en 2019 Vance creó su propia empresa de capital de riesgo, Narya Capital, y Thiel se convirtió en uno de sus accionistas. Por otro lado, digamos que Thiel también ha sido algo así como el mecenas de Vance, a quien donó, en 2022, cuando aspiraba al Senado de Ohio..., ¡quince millones de dólares! Es más, se puede afirmar que la estrecha relación entre Trump y Vance tiene mucho que ver con Thiel, pues fue él quien facilitó el acercamiento entre ambos tras unas pequeñas tiranteces iniciales.

Tras el abandono de Musk, Thiel ha seguido manteniendo su influencia. No se ha echado a un lado. De hecho, es el responsable de la creación de algunos programas informáticos que usa el Gobierno de Estados Unidos para identificar inmigrantes ilegales. Quizá en lo único en que ha expresado una opinión crítica es en calificar el «estado administrativo» —o sea, la burocracia— como la razón de muchos problemas del poder político. Además, tras la renuncia de Musk ha fortalecido —como si se hubiera liberado con ella— su idea sobre la necesidad de la presencia en el Gobierno de empresarios vinculados al mundo tecnológico.

Proyecto 2025

«Voy a ser tu venganza».[1]

En Estados Unidos existen decenas de *think tanks,* "tanques de pensamiento", es decir, laboratorios de ideas. Estos grupos, que ostentan casi todo el gobierno de las ideas, suelen estar formados por personajes de alto nivel intelectual que elaboran informes dirigidos a partidos políticos u organismos. No son manuales de instrucciones ni profecías, pero a veces lo parecen, como en la siguiente ocasión...

El informe que voy a mencionar se publicó en 2023. Se lo conoce como Proyecto 2025 y tiene más de novecientas páginas. Detrás de él se encuentra un centenar de organizaciones conservadoras, especialmente la Fundación Heritage, uno de esos laboratorios de ideas vinculados a sectores muy tradicionalistas. Aunque el propio Trump ha negado que el texto sea su guía —pese a que estaba dirigido precisamente a él—, no se puede negar que lo que ha hecho es clavado a lo que ahí está escrito. Podemos afirmar que es su manual de instrucciones. Se titula *Mandato de liderazgo: la promesa conservadora.*

La Fundación Heritage se creó en 1973. Tuvo una profunda influencia en mandatarios como Reagan o Bush padre, aunque también sobre Margaret Thatcher, la más estadounidense de todos los líderes británicos. Y es que uno de sus principios, pese a tener una clara vocación expansionista, es articular las pautas del atlantismo, es decir, de la unión de Gran Bretaña y Estados Unidos. La fundación siempre fue la organización más influyente en el poder

de Washington, especialmente cuando ese poder se alineaba con los principios más conservadores. De hecho, Heritage es algo así como la madre de los movimientos neoconservadores que tuvieron en Bush hijo su mayor exponente.

Además, este tanque de ideas está vinculado al nacimiento del Tea Party, la corriente más extraña y conservadora del Partido Republicano. Y el movimiento liderado por el MAGA (el ya archiconocido «Make America Great Again») es, a su vez, la versión más trumpista del Tea Party, que defiende los elementos más vinculados con la moral conservadora, el proteccionismo y la expansión de los valores yanquis más tradicionales. Para dar una idea de la catadura de sus miembros, la Fundación Heritage provocó un escándalo sin par cuando, en 2013, bajo el gobierno de Barack Obama, uno de sus miembros destacados, Jason Richwine, aseguró que hispanos y afroamericanos tienen un cociente intelectual por debajo de la media. Cuando los medios de comunicación de todo el mundo se hagan eco de su índice de libertad —un listado de países valorados en función de la visión de libertad que ellos defienden y que goza de notable difusión mediática—, estaría bien que supieran ciertas cosas. También es una asociación profundamente machista. Si fuera una persona, seguramente mascaría tabaco...

Uno de los fundamentos del escrito es reconvertir el poder nacional en algo mucho más presidencialista. El poder en Estados Unidos es federal, pero realmente está muy atomizado en cuotas. Estas se reparten entre el presidente, cada uno de los gobernadores, que son algo así como los presidentes de cada uno de los estados, y cada una de las federaciones. Algunos estados tienen el empaque y las características de un auténtico país, como California, Texas, Nueva York o Florida.

Se elige gobernador, bien cuando tienen lugar las elecciones presidenciales, o bien en las elecciones legislativas —conocidas allí como *midterm,* 'de medio término', ya que se realizan dos años después de las presidenciales—. Cada gobernador tiene, por lo tanto, una importante relevancia constitucional. Algo que quedó en entredicho cuando Trump sugirió ordenar la detención del gobernador de California en junio de 2025. Para que nos hagamos una idea, vendría a ser como que el presidente del Gobierno de España pidiera el arresto —por cuestiones ideológicas— del presidente de una comunidad autónoma...

Al margen de reforzar el poder del jefe de la Casa Blanca, esta guía de instrucciones insiste especialmente en marcar a los inmigrantes como elemento a batir. El informe incluye recomendaciones para reforzar el poder de la policía de fronteras para impedir la entrada en el país de mexicanos, canadienses o africanos. Incluso habla del muro que separa a Estados Unidos de México, que el propio Donald Trump amplió logrando que México se hiciera cargo de los costes.

Otra de las propuestas es «adelgazar» la administración, suspendiendo numerosos proyectos y despidiendo a muchos funcionarios. Ese plan del informe de Heritage es justo lo que Trump llevó a cabo junto con Elon Musk, que se antojaba como un ejecutor del proyecto hasta el momento en que abandonó el gobierno.

También dice que es necesario dejar de apoyar movimientos que defienden la integración de inmigrantes, mujeres y la comunidad LGTBI. Unido a este asunto, el informe defiende ciertos valores cristianos contrarios a muchas políticas que se están llevando a cabo. Por si fuera poco, politiza la lucha contra el cambio climático, del que dice que el presidente de Estados Unidos debería desentenderse, del mismo modo que señala la necesidad de volver a

usar en masa los combustibles fósiles y perforar, perforar y perforar para extraer petróleo. En la crítica que hacen diversos analistas a este informe, se señala que, en no pocas cosas, se defiende el autoritarismo presidencial y, como digo, las políticas negacionistas.

Varios de los redactores de esta guía presidencial acabaron en el Gobierno. Por ejemplo, uno de los redactores y miembros de la junta asesora es Russell Vought, que ha sido director de la Oficina de Administración y Presupuesto de Trump. También es digno de mención el principal asesor del presidente, Stephen Miller, que a la vez es director del grupo America First Legal. En total, más de doscientos miembros del Gobierno Trump trabajaron en la redacción del Proyecto 2025.

El director de Heritage, Kevin Roberts, ha expresado que el objetivo fundamental de su propuesta es institucionalizar el trumpismo, desmantelar el Estado profundo y acabar con la burocracia de izquierdas.

Hasta tal punto llega la cosa que el filósofo Jason Stanley encuentra similitudes entre el nazismo de la Alemania del siglo XX y las propuestas efectuadas por el Proyecto 2025, y remarca la mención, en este informe, de la guerra cultural y la existencia de fuerzas invisibles.

No hay duda: este informe es la hoja de ruta de Trump.

Eso sí, Trump no lo admite...

Será que es una profecía...

Y es que su ego no puede asumir que otros ya tuvieron antes que él sus mismas ideas —machistas, xenófobas, anticientíficas, proteccionistas y ultraconservadoras—, aunque le ponga su nombre (trumpismo) a la agenda que ha puesto en práctica. ¡Ah! El informe no decía que el presidente debiera ser desagradable y vulgar, pero a sus autores les ha venido que ni pintado. A fuerza de ser sincero, lo

que está haciendo Trump es mucho más —y mucho peor— de lo que decía Heritage.

El Gran Hermano

«Fui salvado por Dios para hacer a Estados Unidos grande de nuevo».[1]

El desprecio por la inmigración es uno de los aspectos que más están determinando el reinado de Donald Trump. Es, quizá, lo más destacable del mundo que ha creado. Detrás de estas políticas se esconde el racismo, aunque cuando esta palabra se le menciona a Trump o a cualquier persona de su equipo, lo que dicen es que no están en contra de la inmigración, sino de la inmigración «ilegal». Esta es una de las cuestiones con las que se arma ideológicamente este nuevo mundo: alguien enseña al malo que el malo es el otro...

Hablaré, y mucho, de la «lucha» de Trump contra la inmigración irregular. Detrás de esa lucha hay un auténtico pozo en el que se unen lo peor de la condición humana y lo peor de la aplicación tecnológica. En ocasiones, en la fiebre de Trump contra la inmigración se ha actuado deteniendo y deportando a personas de forma totalmente inmediata, como si algo «delatara» automáticamente al irregular y al que es de fuera. Lo mismo que ocurrió con el nazismo.

Durante el régimen nazi se utilizaron bases de datos manuales y muy perversas, y, por supuesto, se emplearon registros oficiales que estaban inicialmente orientados a otro uso, en los que se recopilaban datos esenciales para la misión que llevaron a cabo. Gracias a esos documentos y a informes médicos, se logró identificar a judíos y a otros «enemigos de la moral». Por supuesto, fueron esenciales también las delaciones del entorno.

Estos mecanismos heredados han provocado en la actualidad una situación que roza la paranoia y alimenta el miedo hacia quien es de fuera. Como en el pasado más odioso, la realidad volvía a señalar como malos de la película —como si hubiera malos: las cosas no van mal, sino que la creencia en que hay problemas es fruto de la posverdad— a los inmigrantes, especialmente a los pobres y a los que habían salido de su país por la necesidad de buscar una vida mejor para ellos y sus familias.

Las palabras que dijo Trump contra los inmigrantes durante la campaña electoral fueron espeluznantes. Llegó a afirmar que había que expulsar a más de diez millones de «irregulares». Dijo que entre los que habían venido había asesinos, violadores y criminales. Al escucharlo, uno de inmediato recuerda esas escenas de la Segunda Guerra Mundial en las cuales inmigrantes de diversos orígenes eran sacados de sus casas y conducidos a campos de concentración en trenes inmundos y repletos de heces, sudor y lágrimas.

Cuando esta caza de inmigrantes empezó a ocurrir, entrevisté a algunas personas que estaban intentando ayudar a salvar la vida de otras. Una de ellas fue el sacerdote Raúl Rivas. En su iglesia de la diócesis de Washington, en San Mateo, cuenta con seiscientos cincuenta fieles que, en su mayoría, son de origen hispano. Ha decidido remangarse y ayudarlos, esconderlos y protegerlos. Pensar que hemos vuelto a eso...

«La comunidad latinoamericana se siente amenazada y perseguida. Hay muchas personas que no están saliendo de sus hogares y que tienen miedo a hacerlo, porque creen que si están escondidas no las ven. Hay personas que lloran porque tienen mucho miedo», me dijo.

Cuando hablé con él, se había hecho cargo de quince menores. Eran hijos de inmigrantes. Si a los padres les pasara algo, Rivas sería

el tutor legal. «Los padres de esos niños han confiado en mí y no les puedo fallar», me decía. «Recuerda al pasado, cuando, en tiempos bíblicos, los israelíes iban a Egipto y los perseguían por ser de origen extranjero», reflexionó. «Se sienten con miedo todas las personas de origen latino, no importa ni siquiera que hayan nacido aquí».

Con el paso de las semanas, la voracidad contra los inmigrantes no cesó. Ya en el poder, uno de los decretos de expulsión de migrantes que firmó el presidente fue frenado por la vía judicial en primera instancia, aunque, luego, el Tribunal Supremo revocó la decisión de los jueces y avaló las expulsiones en una decisión tomada el 23 de junio de 2025. Según esa más que sorprendente valoración del más alto tribunal del país, las expulsiones eran legales, aunque los migrantes no tuvieran defensa ni seguridad en los países de acogida. Esta incomprensible decisión se convirtió en un inesperado aval a las políticas xenófobas de Trump, algo que la jueza Sonia Sotomayor, integrante de ese mismo tribunal, pero en minoría, calificó diciendo que «se ha recompensado la ilegalidad». Era como si parte de la justicia se hubiera contagiado de las decisiones más inhumanas del propio Trump.

Por si fuera poco, el presidente también empezó a utilizar herramientas tecnológicas para perseguir a inmigrantes. A los sentimientos tribales se unió esa extraña colaboración de programas informáticos.

Uno de esos proyectos se denominaría InmigrationOS.

Es el proyecto de un programa que elaboraría una ficha de cada persona y la clasificaría según su origen y su hoja de delitos —si la hubiera— anterior a su llegada a Estados Unidos. En ese informe aparecerían incluso datos relativos a enfermedades, vacunaciones, operaciones y causas de enfermedades o consultas médicas. Aunque roce la ilegalidad, los autores de ese *software* parece que han tenido

acceso a Medicare, que es el sistema de salud que desarrolló Obama con el objetivo de que la gente tuviera una mínima asistencia sanitaria.

En las fichas de cada individuo también se ofrecerían todas las características de su llegada a Estados Unidos y la información administrativa pertinente, y... se explicaría si esa persona tiene tatuajes, cuándo se los hicieron y qué representan. A mí todo esto me parece un poquito nazi...

Y ahora viene lo peor.

Ese programa no es un secreto, sino que es oficial. Forma parte de una concesión de la Casa Blanca a una empresa para que lo desarrolle, siempre y cuando no ocurra nada que eche atrás su desarrollo; una empresa —Palantir— que ha cobrado treinta millones de dólares por él. Se han puesto a disposición de sus creadores todo tipo de facilidades, gracias a su vínculo directo con el servicio de Inmigración y Control de Aduanas. Además, el programa garantiza a sus creadores línea directa con la oficina de control de gastos, al frente de la cual se encontraba Elon Musk. En este caso, el magnate no puso límites al proyecto ni fiscalizó el gasto que supone. Todo tiene un porqué. Recuerda lo que acabas de leer...

Palantir ya había conseguido del Pentágono diversos contratos para el desarrollo de programas para el armamento. Esa empresa tiene un fundador. Un director. Un miembro permanente de su consejo de administración. Un accionista fundamental. Un dueño. Y ese hombre es... Peter Thiel.

De aquellos polvos, estos lodos

«No hago tratos solo por dinero. Tengo bastante más de lo que necesito. Lo hago solo por el gusto de hacerlo. Los tratos son mi forma de arte».[1]

Mientras el abuelo de Musk daba forma a sus ideas radicales en Canadá, el padre de Trump, Fred Trump (1905-1999), estaba haciendo lo propio. Había arrancado en el mundo de los negocios unos años antes junto a su madre, Elizabeth Christ Trump, quien se había especializado en inversiones inmobiliarias; su padre, Frederick Henry Trump (nacido en Baviera como Friedrich Heinrich Drumpf), le había hecho un préstamo de un millón de dólares, con el cual realizó inversiones. Le salió bien y su fortuna aumentó. Así las cosas, el de los Trump era un clan experimentado en eso de hacer dinero y fabricar oro, aunque estuviera manchado. La decencia y la ética no estaban en sus genes. Estarían en los de otros, pero en los de los Trump, no. Bueno, en los de los Drumpf, porque ese era el verdadero apellido de la familia hasta que Frederick decidió cambiarlo para hacerlo más comercial y menos europeo.

Volvamos ahora al descendiente más político del clan. Podría hacer todo un repaso de las chaladuras que dijo en la toma de posesión. Ya días antes había llegado a lanzar algún comentario sobre Groenlandia —advirtiendo de que Dinamarca, el país al que pertenece el territorio, lo había gestionado muy mal, y afirmando que no descartaba el uso de la fuerza para conquistar la isla—, sobre el canal de Panamá... —para recuperarlo, pues era suyo— y sobre el golfo de México, al que iba a rebautizar como golfo de América.

En el acto de coronación, una de las personas que se rieron de esas propuestas fue Hillary Clinton, a quien Donald Trump había

vencido en las elecciones de 2016, victoria que supuso que fuera elegido como presidente número 45 (ahora, tras su segundo triunfo, es el número 47).

En aquellas elecciones de 2016 se filtraron determinadas informaciones sobre Clinton que hicieron mucho daño a su candidatura. Gracias a esos documentos, quedaba claro que ella no era trigo limpio, y fueron clave para provocar que algunos de sus votantes cambiaran de opinión.

Las informaciones negativas sobre Hillary le hacían daño, pero las que afectaban a Trump nunca parecen haber sido relevantes. En esa campaña se inició un fenómeno social: ser malo, agresivo y chulo da votos. Insultar da votos. Reírse del oponente da votos. Trump había logrado que los malos valores y la conciencia retorcida fueran considerados algo positivo: con ellos ganó votos.

Ya se sabía que era un demonio, pero es que ser así es lo que le permitió empezar la carrera electoral desde una buena posición. Durante uno de los mítines de esa competición electoral, recuerda el periodista Vicente Vallés, Trump dijo una verdad como un templo: que «Hillary tenía los mejores asesores», aunque, puntualiza Vallés, «se refería a su maldad, no a su calidad».[2] Y no lo decía como una tara, sino como un punto a su favor: venía a decir que ser tan malas personas resultaba bueno para su trabajo...

Los tiempos han cambiado. Trump puede permitirse decir cosas como: «Podría pararme en mitad de la Quinta Avenida y disparar a gente y no perdería votantes»,[3] tal como afirmó en un mitin en el Sioux Center de Iowa, el 23 de enero de 2016. ¿Tiene razón? Por desgracia, parece que sí.

Y es que a Trump se le vota también por ser malo, como si eso significara tener arrojo, autoridad, fuerza... Vivimos en una época en la que ser malvado es un punto a favor. Y tanto ha interiorizado ya

Trump el papel de villano que representa que ha terminado por ser bueno para él.

Clinton y Trump se habían conocido tiempo atrás, concretamente el 22 de enero de 2005. Y la historia es realmente asombrosa. Se conocieron en la tercera boda de Trump, a la cual estaba invitado Bill Clinton (marido de Hillary Clinton). El de la cara naranja tenía claro que debía codearse con los más importantes —y Clinton lo era: había sido presidente hasta solo cuatro años antes—, por lo que era necesario festejar con él para poder adentrarse en esa división de la *beautiful people*.

La novia era Melania, una mujer de origen esloveno que respondía al prototipo de belleza espectacular que siempre parece haber atraído a Trump. Pese a los veinticinco años de diferencia de edad entre ambos, el enlace se llevó a cabo. Y es inexplicable, pero ahí siguen, juntos. Ahora, a Melania sus asesores le piden mantener un papel secundario. Parece que su apariencia y cierta empatía social que genera podrían causar, en caso de tener una excesiva presencia mediática, algún efecto negativo. Por cierto, cuando se celebró la boda, Melania no había conseguido aún la nacionalidad estadounidense. Mantenía la eslovena, aunque en 2001 había logrado la tarjeta de residencia que legalizaba su situación. Resulta totalmente paradójico que la esposa de Trump haya sido una de esas inmigrantes a las que el empresario convertido en presidente persigue y mancilla. El Servicio de Ciudadanía e Inmigración notificó a sus empleados, en marzo de 2025, que debían pausar la concesión de la tarjeta verde, algo que también hizo el Departamento de Seguridad Interior, señalando que era necesario examinar caso por caso para evitar que la misma estuviera sirviendo para legalizar a inmigrantes peligrosos. En los años de Joe Biden, la tarjeta verde sirvió para nacionalizar a casi tres millones de personas.

En aquella boda estaba reunido el mundo de la farándula en el que Trump aspiraba a ejercer de líder de la manada, y en el que se movía como pez en el agua, pese a tratarse de un personaje que generaba rechazo. Antes de dicha celebración, Bill Clinton había llegado a irse con Trump a jugar al golf, y dicen que hubo buena sintonía entre ambos. De hecho, Trump y los Clinton se hicieron uña y carne. A estos les encantaba el escenario, el lugar donde se celebró la boda, que no era otro que la mansión de Trump en Florida, llamada Mar-a-Lago. Entonces no eran rivales políticos. Aunque Bill solo apareció en el convite, Hillary fue a todo.

Las donaciones, entre ricos, funcionan como un chantaje emocional. Los Clinton habían dado dinero para alguna de las mil «causas» de Trump; causas que les importaban un comino, pero es muy estadounidense y muy de ricos eso de hacerse el filántropo. De eso se trata: los ricos y los potentados viven y se mueven en unas esferas donde lo importante es el capital social, no los valores humanos... Las ideas y los planteamientos son la coraza para mostrarse al exterior; pero ese submundo del poder, aunque no podamos entenderlo, se mueve así. Más adelante, a Trump no le dolieron prendas en intentar derrotar, a través del juego sucio, a Hillary Clinton.

Parte de ese juego tenía que ver con el llamado «colegio electoral». Y es importante saberlo, porque el sistema electoral estadounidense es clave en todo este tinglado. Lo fue en la primera victoria de Trump y lo ha sido en la última. Es lo que provocó que, aunque Hillary Clinton tuviera un 2,09 % más de apoyo electoral, las elecciones las ganara Trump con trescientos cuatro votos y Clinton obtuviera solo doscientos veintisiete.[4]

En las elecciones de 2024 ocurrió algo parecido.

Vayamos con ello.

Estados Unidos es un país de países. Es enorme. Su sistema electoral depende de eso. Y cada uno de esos cincuenta países —estados, a los que se suman Puerto Rico y el distrito de Columbia— tiene un número determinado de votos electorales. Aunque el ganador solo haya conseguido una papeleta más, se lleva todos los votos de ese estado.

Esto se ve claramente con un ejemplo. Uno de los estados que casi siempre es definitorio es Pensilvania. Tiene trece millones de habitantes. En las últimas elecciones votaron siete millones de personas sobre un total de nueve millones de electores, de los cuales 3,5 millones votaron por Trump y 3,4 por Kamala Harris, de acuerdo con los datos oficiales.[5] Hubo, por tanto, una diferencia mínima en el número de votos, pero Trump se llevó los diecinueve votos electorales y Harris, ninguno. «Jugar» con esta particularidad es fundamental para ganar las elecciones. Siempre hay unos estados en duda —en las elecciones de 2024, eran ocho— y ganar en ellos, aunque sea por la mínima, es fundamental para ganar las elecciones. El hecho de que en todos ellos ganara Trump provocó que la balanza se inclinara a su favor. Él ha centrado sus campañas precisamente en esos estados que bailan. Hay otros en los que la sensibilidad es tan cercana al Partido Republicano que no merece la pena hacer nada, porque el voto ya está ganado. Respecto al Partido Demócrata, la situación es la misma.

Además, en el caso de Pensilvania se da otra característica que nos ayuda a entender lo que ocurrió. Y es que se trata de un estado con dos grandes ciudades: Filadelfia y Pittsburgh. En el caso de Filadelfia estamos hablando de una ciudad gigantesca. Tiene 1,6 millones de habitantes. Mientras, Pittsburgh tiene casi medio millón. En ambas ganó de calle Kamala Harris, pero en el resto del estado ganó, también sobradamente, Donald Trump. Esa mínima diferencia

de votos entre la población urbana y la rural provocó que, aunque fuera de forma muy escasa, el de la cara naranja lo ganara todo.

En este caso, fue la América profunda y rural la que determinó el resultado. Y eso pasó en las elecciones entre Trump y Clinton, y luego entre Trump y Harris. En ambos casos sucedió lo mismo. Y en ambos casos, no nos engañemos, quedó claro que la América profunda tiene más dificultades para votar por una mujer; vamos, que en esos estados son más machistas.

Llegados a este punto nos acercamos a uno de los temas que han hecho del trumpismo algo extremadamente peligroso: la posverdad. Es decir, las mentiras que todos creen y que hacen que se legisle y se ordene como si fueran auténticas. Una cosa es creer en elefantes rosas y otra es que la sociedad acepte como auténtico ese relato, llegando incluso a hacer leyes y a actuar en consecuencia.

Esta fue la clave de la propaganda de Joseph Goebbels, el jefe de comunicación del nazismo, que se fundamentaba en repetir mil veces como verdad una cosa que era mentira. Al final, de tanto machacar un concepto, ese concepto, esa idea, terminaba por creerse. Ese principio es el que ha hecho de Trump alguien peligroso: su mundo transmite mentiras que la gente cree que son verdad y se construye con ellas una realidad paralela.

Y una de las mentiras que se han extendido es que Trump arrasó en las elecciones. Todo el mundo lo piensa. Y, sin embargo, no es verdad. Trump ganó por la mínima: 1,46 % de diferencia. Eso es la posverdad: creer que arrasó.[6]

Claro que millones y millones de personas le votaron, pero su victoria no fue tan abrumadora como se cree. Si repasamos la historia reciente, la única victoria clara y rotunda fue en 2008, la de Obama, con un 7,26 % de ventaja sobre John McCain, mientras que

cuatro años después triunfó con un 3,86 %, algo menos amplio, pero también relativamente cómodo.[7]

Otra de las mentiras —solo relativamente verdadera— es que Joe Biden se tuvo que echar a un lado debido a su edad. Casi todos los vídeos que vimos de sus errores de orientación estaban manipulados. Biden era mayor, sí, pero sobre todo era una persona que, en el tú a tú de los debates, era rotundamente malo: en cualquier época y en cualquier momento. Aunque ganó las elecciones de 2020, su participación en los debates fue desastrosa. Por mor de una serie de circunstancias —entre las que destaca un extraño edadismo—, todos creímos, a partir de esos vídeos, que Biden era demasiado mayor y no estaba bien. Sin embargo, cuando Trump alcanzó el poder tenía setenta y ocho años y nueve meses, de forma que se convirtió en el presidente de mayor edad en asumir el cargo. ¡Era mayor que Biden! Y, sin embargo, todos pensamos lo contrario.

Saludos nazis

«Es mejor vivir un día como un león que cien años como una oveja».[1]

Días después de la primera toma de posesión de Trump, en 2017, se celebró en Washington la Conferencia Política de Acción Conservadora (CPAC, que organiza en diferentes partes del mundo la Unión Conservadora Estadounidense), uno de esos actos en los que la ultraderecha hace una especie de fiesta con gran carga emocional. Esas citas tienen un enorme componente sectario. Muchos abrazos, saludos, gestos de fuerza, cánticos, testosterona...

Quienes estaban allí reunidos conformaban una banda de exaltados henchidos de odio, que se creían todas las mentiras y que no dudaron en colgar una medalla a su nuevo líder —aunque, en realidad, ya era el líder desde hacía un tiempo—. Había estado en el poder, se había enfrentado desde allí a esa élite oculta —*deep state,* «estado profundo», lo llaman Trump y los conspiranoicos—, había sido derrotado con trampas en unas elecciones. Lo habían juzgado. Lo habían condenado. Lo habían intentado asesinar dos veces..., pero resistió y resistió. «Le echó dos cojones» —esa forma de hablar tan grosera y típica de esas esferas...—, piensan sus adeptos. Su victimismo se vendía —y aún hoy se vende— de tal forma que lo veían como al líder de un grupo de héroes que resisten al mal, alguien capaz de luchar contra un poder omnímodo.

Uno de los momentos más intensos en esas ferias son los discursos de personajes relevantes. Y uno de los que tomaron la palabra en aquella ocasión fue el actor mexicano Eduardo Verástegui, un guaperas sin talento que nunca ha cosechado éxito,

pero que tuvo su momento de gloria cuando, meses atrás, compuso un rap estúpido que se convirtió en el emblema de la coalición Latinos por Trump. Al final de su discurso, en señal de agradecimiento a los asistentes, se llevó la mano al pecho, extendió con contundencia el brazo derecho y, con la mano estirada, saludó al personal. Es decir, hizo el saludo nazi.

Muy pronto, salieron voces que aclaraban que era solo un saludo romano.

Vamos, lo que pasó con Musk.

Las mismas excusas.

Una de esas voces fue la de Steve Bannon. Era casi como un dios. Había ejercido como el Goebbels moderno. Había liderado la comunicación pública de estos movimientos ultras. Un auténtico fontanero de las palabras y las acciones. Ese aire maquiavélico llamó la atención de Trump, que le hizo un encargo: «Inunda la zona de mierda», le dijo.[2]

Y se puso a soltar bulos, leyendas, mentiras...

Fue el hombre que orquestaría una campaña para retorcer y malinterpretar el contenido de una serie de mensajes filtrados —por WikiLeaks, en 2016— de John Podesta, que había sido el jefe del gabinete de Bill Clinton, director de la campaña presidencial de Hillary Clinton y consejero de Barack Obama. En esos mensajes no se decía nada fraudulento, pero, en un ejercicio de paranoia sin par, Bannon y sus secuaces los interpretaron como claves secretas de comunicación entre líderes demócratas. En esos textos se desvelaba, supuestamente, la existencia de una red de políticos de izquierda que eran pederastas. Esa correspondencia, que no existió salvo en la mente de los propagandistas, hizo un enorme daño al Partido Demócrata y a las posibilidades de victoria de Hillary Clinton, sobre quien Bannon también articuló innumerables informaciones falsas

que extendieron la idea de que la candidata demócrata tenía problemas de salud mental.

En aquella conferencia, tras hablar y dirigirse durante unos minutos al público, Bannon se cuadró y, sin mucho convencimiento, elevó la mano, estiró los dedos y, por dos veces..., saludó. Sí, hizo el saludo nazi. ¡Otra vez! Queriendo o no, dándose cuenta o no, con intención o no...

Este mundo autoritario, en el que la mentira es la herramienta para conseguir cualquier objetivo, lleva años ampliando sus fronteras. Y Bannon ha sido fundamental para ello. Si se revisa su biografía, uno se asusta. Su gran «gesta» fue su participación en la votación que provocó la salida del Reino Unido de la Unión Europea.

Se había hecho un referéndum en el que el Brexit fue apoyado por el 51,9 % de los votos.[3] Aunque el sí a la salida de la Unión Europea tenía mucho apoyo, el resultado fue sorprendente. No se esperaba que ganara. Para que esta victoria se produjera, fue fundamental el servicio que prestó una empresa llamada Cambridge Analytica. Esta llevó a cabo el que se puede decir que fue el primer gran golpe de la ingeniería de datos. Y Facebook fue una pieza fundamental para ello.

La empresa recopiló datos personales de millones de personas que habían respondido a una encuesta que se efectuó a los usuarios de Facebook a través de otra aplicación. De todos ellos —casi cien millones— se recopilaron datos personales, entre los que se encontraba la ficha de alta en la red social. Entonces se acribilló a quienes no tenían claro su voto con mensajes y enlaces a informaciones negativas sobre la Unión Europea.

Un ingeniero de Cambridge Analytica reveló a varios periódicos importantes lo que habían hecho.[4] El dueño de Facebook, Mark Zuckerberg, tuvo que testificar en el Congreso de Estados Unidos.

Vino a decir que no sabía nada, pero debió hacer frente a unas multas millonarias por usar datos privados que sirvieron para favorecer el Brexit y a una caída de más de cien mil millones de dólares en la bolsa tras desvelarse el escándalo. Aunque lo que habían hecho era punible, Zuckerberg lo había visto como una inversión. Algo similar ocurrió cuando anunció, antes de las elecciones de 2024, que Meta —la empresa que posee Facebook e Instagram— ya no iba a efectuar una revisión de contenidos en sus redes y que las normas que impedían insultar y vejar a otra persona desaparecían. «Hemos ido muy lejos con la censura»,[5] dijo en un vídeo.

Su postura lo situó en la órbita de Donald Trump, que desde entonces ha apoyado a sus empresas. Zuckerberg fue incluso uno de los grandes empresarios de lo digital que estuvieron presentes como invitados estrella en la segunda toma de posesión de Trump. Sin embargo, su vínculo venía de atrás: en la primera campaña electoral de Trump, en 2016, Meta confeccionó una base de datos de seguidores del candidato, a los que se enviaron imágenes de Trump con aire triunfal. También se identificó a votantes indecisos y se les enviaron imágenes que sugerían que votar por el de la cara naranja les podía reportar beneficios.

Volviendo a las informaciones que Cambridge Analytica envió a los usuarios en 2016, entre ellas había también datos negativos sobre Hillary Clinton. No es casualidad. Y es que el vicepresidente de esa empresa era... ¡Steve Bannon! Todo encaja. Desde entonces, este dios de la *alt-right* (la nueva ultraderecha) ha formado o liderado los equipos de estrategia de movimientos como el Frente Nacional de Francia, la Liga en Italia, Alternativa para Alemania en el país germánico o Vox en España. Además, también ha participado en las estrategias de Vladímir Putin en Rusia —¿a alguien le extraña que

sean amigos?— o de Jair Bolsonaro en Brasil. Y es que Bannon es uno de esos personajes que mueven los hilos y que se encuentran detrás de todo.

Conviene pararse aquí.

Sirve recordar ahora que en Brasil se llevó a cabo un proceso electoral en octubre de 2022 que ganó Lula da Silva frente a Jair Bolsonaro. A este le había tocado lidiar con la pandemia, que fue especialmente dura en este país. En el primer año, según la OMS, fallecieron más de 250.000 personas. La tragedia dio inicio a un profundo enfrentamiento en la sociedad brasileña, que explica que Bolsonaro —teniendo en cuenta el apoyo popular que obtuvo— no aceptara los resultados electorales. Dijo que se había producido un fraude electoral. Muchos le creyeron. El 8 de enero de 2023, una semana después de que Da Silva jurara su cargo, una turba violenta de bolsonaristas asaltó la sede del Gobierno. Se parecía mucho a lo ocurrido años antes en Washington...

En el verano de 2025, Alexandre de Moraes, ministro del Supremo Tribunal Federal de Brasil, dictaminó el arresto domiciliario para Bolsonaro. Incluso se le colocó en el tobillo un dispositivo de seguimiento. En su programa de radio, *War Room,* Bannon, que por entonces trabajaba para Trump y también para Bolsonaro, dijo que De Moraes era «Lucifer» y calificó el juicio de «caza de brujas».[6] Fueron palabras casi idénticas las que usó Trump para defender a quien, según dice, es su amigo.[7] El 30 de julio de 2025, Trump decidió subir los aranceles a Brasil hasta el 50 %. El gesto demuestra una vez más que Trump utiliza los aranceles como medida de castigo. Incluso declaró que las acciones de Brasil eran una amenaza para la seguridad nacional.[8] Por si fuera poco, al juez De Moraes se le impidió entrar en Estados Unidos. Finalmente,

Bolsonaro fue declarado culpable de un intento de golpe de Estado y condenado a veintisiete años de prisión.

El idilio entre Trump y Bannon se rompió en 2017, aunque luego han hecho las paces. Fue él quien le metió a Trump en la cabeza la idea de que era muy conveniente, para fortalecer su lema «America First» («América primero»), hablar hasta la extenuación del muro entre Estados Unidos y México. Además, Bannon inició una campaña de recaudación de fondos para difundir el mensaje. Sin embargo, fue acusado por las autoridades judiciales de haber hecho un uso personal de lo recaudado, y acabó siendo detenido el 20 de agosto de 2020. Desde entonces, se ha apartado de la primera línea del trumpismo, pero no ha dejado de ser una parte fundamental de este IV Reich.

También ha vuelto a orbitar el poder tras el abandono de Musk del gobierno de Estados Unidos, ya que la relación entre ambos siempre ha sido muy mala y su odio se había acrecentado durante el nuevo gobierno, cuando Trump se acercó al magnate. En cuanto este se marchó, Bannon pidió que se revisara su estatus como residente y que se lo deportara.

Bannon también fue uno de los líderes ideológicos del asalto al Capitolio por una turba de personas que querían tomar el poder, alegando que a Donald Trump le habían robado las elecciones de 2020. Aunque claramente perdió esas elecciones, varios grupos radicales se adscribieron a la tesis, entre ellos QAnon y Proud Boys, dos organizaciones extremistas que defendían, entre otros «valores», el supremacismo blanco. La verdad es que resulta estremecedor escribir que este tipo de grupos está creciendo en todo el mundo...

La imagen de los asaltantes dio la vuelta al mundo. Pero por ridícula que pudiera parecer la escena, expresar sentimientos

cargados de odio se ha convertido —gracias a que este tipo de movimientos le han dado la vuelta a la tortilla— en motivo de orgullo. El propio Bannon aseguró en un acto del Frente Nacional (ahora Agrupación Nacional) en Lille (Francia) que ser tachado como xenófobo o racista es, hoy por hoy, una «insignia de honor».[9]

Durante el primer mandato de Trump, Bannon fue la voz de su conciencia —o, mejor dicho, de su inconsciencia—; el pepito grillo que no hacía más que recomendarle que abandonara el Pacto Verde y se retirara del Acuerdo de París, un tratado internacional con el que se había pactado la reducción de las emisiones de CO_2. En el mismo día de su segunda toma de posesión, en 2025, uno de los decretos que firmó Trump anulaba la adhesión de Estados Unidos a ese acuerdo.

Durante los primeros días de ese segundo mandato, Trump firmó decretos que invalidaban todas las iniciativas que había puesto en marcha su predecesor. Así, se mostraba al mundo como ese salvador de la deriva *woke* —expresión en la que después me centraré y con la que denomina la ultraderecha el pensamiento que hay detrás de los avances sociales producidos en los últimos tiempos— que la humanidad estaba tomando.

Sus aires autoritarios se dejaron notar enseguida en las órdenes de deportación, en la imposición de normas contra el comercio —los aranceles— o en el anuncio de la retirada de Estados Unidos de la Organización Mundial de la Salud (OMS) y de diferentes proyectos científicos y culturales de organismos como la Organización de Naciones Unidas (ONU).

La Liga Antidifamación (ADL), una organización que combate el antisemitismo, dice de Bannon que es perturbador. Y lo es. El asunto es que no es un verso suelto, sino la persona que nutre de proyectos a todos los movimientos extremistas a los que denomino IV Reich.

No hay ninguna corriente de la *alt-right* a nivel mundial de la que no sea su fabricante de ideas y... de odio.

La Ilustración oscura

«El declive de Estados Unidos ha terminado».[1]

En una ocasión, durante su primer mandato, Donald Trump afirmó: «Después de lo ocurrido ayer en Suecia...».[2]

La realidad era que no había ocurrido nada de nada en Suecia. Sin embargo, esa frase le sirvió para hacer que la gente creyera que sí, y para reforzar la sensación de inseguridad que tienen muchas personas y que suele estar asociada con la inmigración. Aquello que no había ocurrido se tradujo en que los inmigrantes habían hecho algo muy feo contra alguien. En definitiva: en este nuevo mundo se dan diagnósticos sin que haya una enfermedad.

Varios estudiosos han coincido en llamar «Ilustración oscura» a este movimiento, a este nuevo tiempo tenebroso en el que estamos, en el cual dentro del poder político operan grandes magnates de la tecnología. En 2012, el filósofo inglés Nick Land propuso el concepto «neorreacción», en alusión a quienes pretendieron volver al Antiguo Régimen tras la explosión de la Ilustración. Ese movimiento pretendía recuperar lo clásico y los valores tradicionales que se estaban perdiendo ante el empuje de las nuevas corrientes de pensamiento. Pues bien, la Ilustración oscura busca algo similar, pero en los tiempos actuales y sin dejar de lado lo tecnológico. Para ellos, las políticas progresistas han llevado a la humanidad a un callejón sin salida, donde se hace necesario volver a la era premoderna.

Cuando comenzó a hablarse de estas ideas, entrevisté en *La rosa de los vientos* a varios expertos y periodistas. En una ocasión

conversé con el periodista Toño Fraguas, que había publicado en *eldiario.es* varios reportajes sobre este... ¿movimiento, tendencia, corriente, secta...? Una de las conclusiones a las que llegamos fue que es imposible determinar una fecha y un origen concretos del mismo. Desde luego, la figura de Elon Musk ha sido la más conocida, pero Fraguas y otros estudiosos coinciden en señalar a Peter Thiel como el personaje «fundador».

Como ya comenté anteriormente, Thiel fue algo así como el primer Musk. No deja de ser casualidad que fueran amigos de juventud. Sus padres habían emigrado a Sudáfrica y allí se conocieron. Ya talluditos, ellos y sus padres volvieron a Estados Unidos.

Eran ricos.

Ricos de cuna.

Nacieron con un fajo de billetes en el pañal.

«Este magnate también está entre los más ricos del mundo. Es una persona muy preparada, con formación filosófica y académica, y autor de varios libros. En una de sus veleidades intelectuales escribió un ensayo, en 2009, titulado *La educación de un libertario,* donde dice que no cree que democracia y libertad sean compatibles... Y dice algo más: la democracia, las mujeres y los receptores de ayudas sociales son el enemigo a batir»,[3] me señaló Fraguas.

Ya en Estados Unidos, Thiel conoció a Mark Zuckerberg, el de Facebook. Dios los cría y ellos se juntan...

Zuckerberg estaba sin blanca. Y Thiel se la prestó, pero lo hizo a cambio de recibir el 10 % de los beneficios de Facebook, que por aquel entonces atravesaba una gran crisis. Después la empresa creció. Y mucho. En consecuencia, Thiel ganó millones y millones de dólares.

Más tarde, el empresario también formó parte del consejo de administración de Meta (Facebook, Instagram, WhatsApp...). Mientras tanto, fundó PayPal, la plataforma de pago en internet más usada a nivel mundial. También compró y luego vendió Spotify. Y Airbnb. En fin, mucho del dinero que sale de nuestros bolsillos va directo a los suyos.

Thiel creó varias empresas de capital de riesgo. Con el dinero de los inversores, él compra y vende acciones. Sus negocios siempre han salido bien. En una ocasión, apostó contra el dólar. Apostó por su bajada. Apostó por la energía atómica. Ganó. Ganó mucho...

También apostó a favor de los derivados, es decir, de las acciones basura. De nuevo, ganó mucho, a cambio de que el mundo entrara en crisis tras la ruptura del valor de todas esas acciones. Y es que este tipo de instrumentos financieros fueron los que causaron la crisis de 2008. Él fue uno de los culpables. Acciones como la suya provocaron la tragedia del planeta. No le importó...

Mientras se hacía rico, daba forma a los proyectos de los hombres de negocios como él. Formó parte de los principales laboratorios de ideas del país. Dictó la doctrina que luego hicieron suya las cavernas mediáticas de Estados Unidos. Usó su dinero para extender su credo ideológico. Y lo logró, aunque parte de su éxito fue su discreción.

Pero... sus afirmaciones dan miedo.

Su ideario ha sido el más influyente en Trump, a quien apoyó públicamente por primera vez en 2016, en una convención del Partido Republicano. Las ideas que tiene se basan en el odio. Es machista, xenófobo, racista...

Thiel defiende que la función del Estado debe reducirse a una mínima expresión. Que hay que eliminar los impuestos. Que hay que anular cualquier forma de seguridad social. Y cualquier forma de asistencia a los necesitados. Cree que las empresas son las que

deberían proporcionar esos servicios, mediante la caridad de los ricos. Él mismo se ha convertido en un mecenas y apoya económicamente aquellas iniciativas que promueven sus mismas ideas.

También defiende la supresión de todos los acuerdos comerciales. Y no porque sean injustos, sino por la necesidad que tienen las empresas de no estar sujetas a normas. Para él, la propiedad privada es sagrada. Pero la propiedad de los grandes, a quienes defiende. Piensa que los genes de los ricos son más aptos para el triunfo de la especie. Que hay que dejarlos gobernar a ellos. Que son mejores. Dice creer en la libertad total del individuo. Se define como libertario, pero su concepto de libertad no tiene nada que ver con lo que imaginamos...

En su mundo ideal no hay competencia. Parece que la hay, pero es un espejismo. Es un gran defensor de los monopolios y sostiene que una única empresa debería ocuparse de todos los servicios de un mismo tipo. Cree que gracias a ellos, a los empresarios, el mundo funcionará mejor, porque las grandes empresas siempre luchan por mejorar sus servicios.

El *think tank* al que Thiel ha estado más vinculado —ha estado y está en varios, son como su pasatiempo predilecto— es el Instituto Cato. Se trata de un grupo libertario que ha inspirado mucho a Trump, aunque también a George Bush y a los neoliberales de comienzos del siglo XXI. Es un laboratorio de ideas que defiende la libertad, pero, como ya vimos, una libertad más que peculiar...

El grupo nació a mediados de los años setenta. Aparentemente, no está vinculado a ningún partido político, pero una de sus funciones principales ha sido actuar como un *lobby*. Ha apoyado a grandes empresas en despachos oficiales.

Su ideario original era el de Milton Friedman, un reconocido economista que se hizo popular gracias a su posición como presunto liberal. El grupo fue poco a poco reconvirtiéndose. Hoy es considerado el quinto *think tank* más influyente en el poder político estadounidense.

El Instituto Cato y, por supuesto, Thiel, han afirmado que uno de los grandes peligros del mundo actual es el dogma del cambio climático. La institución instó a George Bush hijo durante su presidencia (2000-2009) a no respetar los principios del Protocolo de Kioto. De ahí viene el negacionismo de Trump y sus afirmaciones sobre la influencia humana en el cambio climático y las críticas que hace a las políticas medioambientales. Aunque el mismo espíritu contradictorio del *think tank* le ha llevado a criticar a Bush por la llamada ley patriótica *(USA Patriot Act),* que rige la seguridad y la defensa ante el terrorismo desde el 11-S. Dicen los miembros de este grupo que la norma es contraria a la libertad, pese a que el grupo sí aboga por intervenir militarmente en Cuba o Venezuela o impedir la inmigración con muros.

Una de las empresas petrolíferas más importantes del mundo se convirtió en una de las principales fuentes de financiación del *think tank*. Se trata de ExxonMobil. No es casualidad, por tanto, que en febrero de 2017, durante el primer mandato de Trump, se nombrara a Rex Tillerson secretario de Estado. Y no es casualidad porque Tillerson había sido, hasta 2016, consejero delegado de ExxonMobil. También es considerada una de las empresas que bate más récords en emisión de residuos contaminantes, aunque tuviera desde el principio toda la información sobre el perjuicio que estaba causando, según han demostrado numerosas investigaciones y como publicó la revista científica *Science* en su edición del 13 de enero de 2013.[4] Eso sí, para evitar conflictos de intereses y seguir teniéndolo de su

lado en su nuevo puesto, ExxonMobil pagó a Tillerson un finiquito de ciento cincuenta millones de dólares. Así de rentables son algunas puertas giratorias...

Para comprender a Trump hay que tener en cuenta que son hombres como él los que han dado forma a sus ideas.

Una vez que el grupo del Instituto Cato ya estaba en marcha, apareció otro personaje clave. Se trata de Curtis Yarvin, un misterioso desarrollador de *software* que defiende, entre otras cosas, que para ganar elecciones hay que saber comprar votos, aunque cuando dice eso no se refiere a una compra de apoyo electoral en el sentido más literal, sino a maniobrar para maximizar esos votos. Un buen ejemplo es Donald Trump, que fue a por aquellos votos que eran rentables, aunque tuviera menos apoyo electoral. Nick Land, que junto con Yarvin es el teórico de este movimiento, defendía que hay que saber sobornar al electorado: «En su ensayo *La Ilustración oscura* afirma que ganar elecciones es casi siempre "una cuestión de compra de votos"».[5]

A las ideas de Yarvin se las conoce como «yarvinismo», y están en la base ideológica de la Ilustración oscura. Aunque los yarvinistas son orgullosamente tradicionales —de ahí su vínculo con la *alt-right* —, sus miembros abogan por el transhumanismo, que es la utilización de biotecnología, como interfaces e implantes, para lograr algún tipo de capacidad perdida o mejorar las existentes.

Una de las empresas de Musk es Neuralink, gracias a la cual está llevando a cabo —bueno, él no, sino los científicos que trabajan en ella— algunos avances tecnológicos de primer orden. Uno de ellos es la implantación de un chip que permite a personas con parálisis recuperar el movimiento de sus extremidades.

Otro de los personajes vinculados a la Ilustración oscura es Michael Anissimov, un reaccionario y transhumanista que defiende la

eugenesia y la supremacía blanca. También es defensor de un gobierno formado por la alta sociedad, ya que eso favorecería la economía. Aunque parezca imposible, todas estas ideas carcas y tenebrosas están en las mentes de quienes influyen en los gobernantes de Estados Unidos. Eso sí, lo hacen en privado: los miembros de esta suerte de moderno nazismo no quieren responder a la prensa, puesto que han concluido que los periodistas son los enemigos, los que engañan a la sociedad, comunistas que se dedican a imponer una versión paraoficial de los acontecimientos.

Pese a querer dar una apariencia progresista en algunos ámbitos, la Ilustración oscura ha creado todo un argumentario crítico sobre temas relacionados con la diversidad de género, la homosexualidad o la migración. Esas ideas, que abrazan el clasismo y el racismo, se han extendido más allá de Estados Unidos y forman parte del ideario de los nuevos fascismos del mundo entero. Precisamente ahí radica una de las grandes amenazas de esta ideología: aun habiendo miles de kilómetros de distancia entre ellas, personas de diferentes partes del mundo, de diferentes partidos y movimientos, presentan un corpus de creencias muy similar. Y precisamente ahí radica una de las grandes fortalezas de este fenómeno: en que personas de diferentes países, sin conexión entre ellas, que votan a distintos partidos y militan en distintos movimientos, han encontrado en estas ideas el faro que tanto necesitaban.

Objetivo Groenlandia

«Una zona escolar sin armas es un imán para gente mala».[1]

Unas semanas antes de la llegada de Trump al poder en su segundo mandato, se comenzó a hablar mucho sobre Groenlandia. El que se convertiría en presidente estadounidense lanzó extrañas amenazas a Dinamarca, el país que es «dueño» de esta isla —aunque tiene un régimen ciertamente extraño—, que no deja de ser la isla más grande del mundo y que representa el centro de lo que entendemos por Ártico. En un momento dado, incluso se planteó la posibilidad de que Estados Unidos quisiera comprar Groenlandia, como hizo en su momento con Alaska.

Esa posibilidad —deseable para el 29 % de la población estadounidense y para más del 48 % de los votantes de Trump, según una encuesta que publicó el 15 de enero de 2025 el diario *USA Today*[2] — es un signo de nuestros tiempos: todo se puede comprar. Así de fácil. Esto es horrible, pero es el poder del consumismo dentro del cual vivimos. ¿Por qué no vamos a poder hacer algo si lo podemos pagar? Es casi ruborizante hacerse esa pregunta, pero en el siglo XXI, la normalidad se adquiere gracias a la cartera.

Trump también llegó a asegurar que no descartaba la intervención militar para hacerse con la isla.[3] Aquello era inaudito y no supimos si tomarlo a broma. El país que gobierna la isla es, como decía, Dinamarca, uno de los más fuertes de la OTAN y de la Unión Europea. Fue la primera vez desde la Segunda Guerra Mundial que

alguien osaba expresarse en estos términos contra un aliado y miembro fundador de la Alianza Atlántica.

Nunca he estado en la isla, pero la he sobrevolado y, al ver la costa, comprendí el porqué de su nombre en danés: Grønland, que significa «tierra verde». No deja de ser curioso, ya que asociamos el color blanco a este lugar, pero la parte sur de la isla, que es donde están sus principales ciudades (Nuuk, la capital, es la más grande, con unos veinte mil habitantes), tiene en su costa un manto verde de musgo y de vegetación junto al hielo.

Parece que fueron los vikingos los primeros en llegar a esta tierra y los encargados de ponerle nombre. Más tarde se la conocería como la mítica Vinlandia, que es como se llama a los territorios más allá de Groenlandia que fueron explorados por los nórdicos. Cuando el Nuevo Mundo, tras la llegada de Colón, fue trazado en los mapas, las sagas nórdicas que hablaban de Vinlandia comenzaron a ser consideradas como relatos auténticos.

El hecho de que los neonazis tengan cierta fascinación por los mitos vikingos viene de aquí. A toda esa cosmovisión nazi se la denomina *völkisch*, una tradición que fue tomando forma en los primeros decenios del siglo XX y que se amparaba en Hiperbórea, un mundo nórdico que estaría cerca del Polo Norte y que sería una suerte de paraíso habitado por dioses y semidioses arios.

Por tanto, que exista una organización hitleriana en Canadá llamada Vinland Rebels Fascist Action no es casualidad. Pese a que este tipo de grupos, que han llegado a Estados Unidos, son muy minoritarios, su estética y su simbología están claramente vinculadas a organizaciones como The Proud Boys, muy ligados al asalto al Capitolio en enero de 2021.

Ahora sí, volvamos a la disputa sobre Groenlandia. Además de tener un color verde espectacular y una belleza estremecedora, el

lugar es un viejo anhelo de Rusia, que ha tomado la isla como centro de operaciones para algunas misiones científicas.

Fue en 2007 cuando, en lo poco que existe más al norte de la isla, dos batiscafos rusos —los minisubmarinos Mir-1 y Mir-2— colocaron, a cuatro mil metros de profundidad, la bandera de Rusia. Al hacerlo, Moscú venía a decir que el Polo Norte era suyo, alegando que se trataba de una extensión de masa continental de Siberia.

Evidentemente, el Polo Norte no pertenece a nadie. De hecho, cinco países —Dinamarca, Canadá, Noruega, Rusia y Estados Unidos — podrían reclamarlo por cercanía, si bien el que tendría más papeletas de llevárselo sería Dinamarca; pero si un día hubiera una disputa legal, el hecho de que Rusia haya colocado allí su bandera antes que nadie le otorga cierta prioridad.

Sin embargo, no hay que olvidar que Estados Unidos también tiene el asentamiento humano más cercano al lugar —la base aérea de Thule, a poco más de mil kilómetros—, y eso también puede decantar la partida en favor de los estadounidenses.

El origen de esta base nos remite a los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. El objetivo de Estados Unidos era mantener a Alemania lejos de Groenlandia. En la actualidad, el sitio es una especie de centro de vigilancia para poder detectar cualquier movimiento de misiles por parte de Rusia.

A más de uno le habrá llamado la atención el nombre de la base, pues recuerda a la Sociedad Thule, una organización *völkisch* fundada en 1918 que dio forma a las creencias esotéricas de los nazis. La creencia de que los arios eran superiores emergió en este grupo, que sostenía la existencia de la Última Thule, una tierra supuestamente ubicada al norte de Europa. De este mismo grupo nació, en 1919, el Partido Obrero Alemán, que es una de las simientes del nazismo. No hay constancia de que exista algún tipo

de vínculo entre el nombre de esa base aérea y esta sociedad, pero quiero creer que lo hay. Por cierto, estas instalaciones no parecen ser las únicas de esa época y de ese estilo. A doscientos cuarenta kilómetros de la base Thule, la NASA ha localizado restos de otra base que fue construida en aquel entonces, exactamente en 1959. Se la llamó Camp Century y formaba parte del proyecto Iceworm, un plan secreto del Pentágono desarrollado para esconder misiles nucleares en el Ártico..., en tierras más allá de la mítica Thule. Ahora, como consecuencia del calentamiento global, están aflorando estos restos.

Al margen de todo esto, se cree que la isla es una región rica en tierras raras, que son minerales muy extraños, pero extremadamente necesarios para la fabricación de todo tipo de elementos tecnológicos. El interés de Trump por estos minerales es obsesivo, pero el país que genera o posee el 80 % —o más— de las tierras raras del mundo es China. Esto podría explicar la obstinación de Estados Unidos con Groenlandia.

Pero ¿es la reserva de tierras raras todo lo que explica esta obsesión por la isla? Esta cuestión se la formulé a Adrián Godás, un economista de primera que se dedica al mercado de minerales. Es, sin lugar a dudas, una de las personas que más saben sobre este asunto: «Hay dos grandes teorías al respecto de cuál es el interés que tiene Estados Unidos en Groenlandia: una son los recursos naturales y otra es el control estratégico y de zona, para controlar el Ártico y, sobre todo, las rutas comerciales de cara a Rusia».[4] Es decir que, según su opinión, hay algo más.

Yo jamás había seguido de cerca la actividad política de Groenlandia, pero lo tuve que empezar a hacer porque poco después de la segunda toma de posesión de Trump el país celebraba sus elecciones, por lo que su resultado podía tener relevancia

internacional. Apenas hay en toda la isla cuarenta mil votantes. En las elecciones anteriores, en 2021, había ganado el partido Inuit Ataqatigiit (‘Comunidad Inuit’) con casi el 37 % de los votos, tal y como indicaron fuentes del Gobierno.[5] El líder de ese partido, Múte Bourup Egede, se convirtió en primer ministro. En segundo lugar, había quedado el partido Siumut (‘Adelante’), con más del 35 % de los votos. Ambos partidos eran moderados e independentistas no radicales. Si los resultados se repetían, no se producirían grandes cambios: ninguno de los partidos, que habían logrado dos de cada tres votos, iba a amenazar el *statu quo* de la isla. Egede insistió durante esos días en solicitar a Washington que no intentara influir en el proceso...

Llegó el 11 de marzo.

Día de las elecciones.

Ganó el partido Demokraatit (‘Demócratas’), con casi el 30 % de los votos.[6] Era un grandísimo vuelco, pero el ganador de estas elecciones tampoco iba a dar pie a un debate sobre su anexión a Estados Unidos. Es más, todos los partidos menos uno, que es proestadounidense —Narelaq (‘Punto de referencia’), con el 24,5 % de los votos[7] —, acordaron unirse y defender su independencia ante Estados Unidos.

El 29 de marzo comenzó una nueva etapa, pero el debate ya se había iniciado. Para esa fecha anunció su visita a la isla la mujer del vicepresidente de Estados Unidos. En apariencia era una visita privada para asistir a una carrera de trineos. Sobra decir que era una excusa, pero a pocas horas de la visita, se incrementó la tensión y J. D. Vance, vicepresidente de Estados Unidos, decidió ir con su mujer. Los acompañaban, además, el entonces asesor de Seguridad Nacional, Michael Waltz, y el secretario de Energía, Chris Wright.

La visita —también habría que recordar la efectuada en esas mismas fechas por el hijo de Trump, visita a la que se le dio carácter casi oficial— tenía un objetivo puramente intimidatorio. La idea era usar la diplomacia de la presión. Así que, una vez allí, fueron a la carrera de trineos y... ¡a la base aérea de Thule!

Vance aprovechó la visita para soltar la misma matraca de Trump: decía que Dinamarca se había desentendido de la isla y de invertir en su seguridad. Los daneses, dijo, eran malos, malísimos. Finalmente, la presidenta danesa, Mette Frederiksen, viajó a la isla, donde ella y el resto de los mandatarios insulares dieron una demostración de unión y de rechazo a las presiones de Estados Unidos.

Frederiksen calificó de inaceptable la presión que estaba recibiendo, así como las propuestas y afirmaciones desquiciadas de los líderes estadounidenses. Y afirmó, por supuesto, que Groenlandia «no está en venta».[8] A Trump le entró por un oído y le salió por el otro. Y se filtró que, al regreso de Vance y compañía a Estados Unidos, la cúpula del poder se reuniría para estudiar la oferta que iban a hacer para comprar la isla.

En caso de que los daneses no atendieran su propuesta, Estados Unidos se plantearía la intervención militar. Sin duda, cualquier acción en ese sentido es casi imposible, puesto que abriría la crisis política más grande en el mundo tras la Segunda Guerra Mundial: supondría la ruptura entre la OTAN y Estados Unidos, y daría a Rusia y a China la oportunidad de ganar posiciones en el tablero geopolítico, lo que podría desencadenar un nuevo conflicto de dimensiones internacionales.

El negocio de destrozar el Ártico

«Me gusta pensar a lo grande: una nueva visión gobernará nuestro país».[1]

Ahora mismo, no sería rentable extraer esos minerales en el Ártico. Aunque todo depende del concepto que se tenga de lo que es rentable y de si se considera que a largo plazo podría llegar a serlo.

Para que la extracción fuera viable, según las diferentes fuentes que he consultado, habría que encontrar un nuevo depósito de excepcional calidad. Y para que eso ocurra —y esta es una premisa fundamental— debe avanzar el cambio climático, lo que hará que, al derretirse parte del Polo, se deshielen grandes zonas y queden al descubierto nuevos terrenos. Si eso pasa, no solo será más fácil extraer los minerales, sino también petróleo y gas. Entonces se abrirán nuevas rutas para el comercio y el transporte de mercancías será más barato, rápido... y, claro, rentable.

Si queremos marcar el comienzo de esta nueva Edad del Deshielo nos tenemos que situar en la travesía de un buque llamado Venta Maersk. En agosto de 2018, partió de la ciudad rusa de Vladivostok (casi en la frontera con Corea) con destino a San Petersburgo. Debería haber ido al sur, pero se quería explorar la nueva ruta a través del Ártico, ya que el calor favorecía que el hielo fuera más fácilmente rompible.

El buque llevaba 36.000 contenedores cargados de pescado, componentes electrónicos, gas y petróleo. El valor de sus mercancías era el equivalente al PIB de varios países juntos. Tardó quince días menos de lo normal en llegar. La razón fue que había utilizado exitosamente la llamada «ruta del norte». Es decir, había ido por el

Ártico y no por el canal de Suez. Y esto había sido posible, como digo, gracias al deshielo provocado por el cambio climático y al rompehielos nuclear que precedía al buque, abriéndole paso.

El viaje no solo fue rápido, sino también muy barato. Ese era el futuro, el camino que había que seguir. Quien tenga acceso a esta ruta podrá competir con Rusia y, especialmente, con China.

Para poder utilizar la ruta con normalidad, es necesario, a nivel geoestratégico, militarizar la zona, y a nivel medioambiental, no hacer nada para mejorar el clima polar. También es necesario fomentar la inestabilidad en los países cercanos al canal de Suez, para que haya más interesados en implementar la ruta del norte, y es igualmente importante el papel de China, ya que sus empresas son las que poseen la mayor participación en los consorcios que saldrían más beneficiados de esta nueva ruta.

El día de Navidad de 2016, la temperatura de Groenlandia era 0 ^{o}C. Era la primera vez que sus termómetros alcanzaban un valor tan alto desde el inicio de las mediciones. Al mismo tiempo, en Milán, para que nos hagamos una idea, la temperatura era de -3 ^{o}C, tal y como informa en su libro *Ártico* Marzio G. Mian,[2] fundador de la plataforma The Arctic Times Project. Una paradoja que hará más ricos a los que ya son ricos.

Además, la NASA había anunciado poco antes de este hito climático que el hielo del Polo Norte había pasado, en los últimos cuarenta años, de ocupar una superficie de ocho millones de kilómetros cúbicos a una de tres millones.[3] Y es que cada año se derriten cuatrocientos millones de piscinas olímpicas de hielo.

Todo esto se traduce en dinero, aunque sea pan para hoy y hambre para mañana. Ese es el fundamento de quienes dirigen Estados Unidos: si para ganar dinero es necesario salir del Acuerdo de París, entonces, ¡vámonos!

Estados Unidos decidió abandonar el Acuerdo de París, que fue elaborado a partir de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, la COP21. El acuerdo se alcanzó en diciembre de 2015 y se redactó en Nueva York en abril de 2016, con el compromiso de casi todo el mundo de limitar la emisión de los gases invernadero que están provocando el cambio climático.

El negacionismo climático que llevó a la salida estadounidense del acuerdo es una de las mayores atrocidades del pensamiento ultra del IV Reich. El problema es que esa actitud, realmente indigna y representativa de una enorme falta de criterio intelectual, extiende, como si fuera una mancha de aceite, la creencia de que el cambio climático es un fraude. Los negacionistas afirman que este cambio es natural y que la actividad humana no tiene nada que ver con él; todo ello unido al argumento de que las medidas para luchar contra el mismo frenan el desarrollo económico...

Sobre la decisión del Gobierno de Trump de abandonar la lucha climática charlé con Fernando Valladares, biólogo e investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Es uno de los activistas climáticos que, en abril de 2023, pintaron de rojo y negro la fachada del Congreso de los Diputados en Madrid en protesta por la inacción de los políticos para preservar el clima y, en consecuencia, la naturaleza.

Valladares cogió aire antes de dar su opinión sobre la postura de Trump. E intentó apaciguar los ánimos: «En el primer mandato de Trump ya vimos sus tendencias negacionistas, pero ahora es peor: su postura climática no puede ser más enloquecedora, es como una caricatura. Lo único que nos consuela es que no va a poder cumplir, por mandato judicial, todas sus decisiones y sus promesas electorales: resulta que extraer petróleo empieza a ser más caro que generar energías renovables», me explicó. «Lo que ha hecho supone

poner un palo en la rueda, pero esa forma autárquica, ese salirse de los acuerdos de todo tipo en un mundo globalizado... Cree que ir por su cuenta es positivo. Trump, en esta ola *antiwoke,* está haciendo mucho daño y está dejando el planeta peor de lo que se lo ha encontrado».[4]

Ahora, seguramente, se explica por qué son empresas dedicadas a los hidrocarburos las que financian los movimientos escépticos que niegan el cambio climático. Nada es casualidad...

Por desgracia para el Polo Norte, las tierras raras y el petróleo no son sus únicos atractivos para Trump. Allí también se encuentran, por ejemplo, minas al aire libre de uranio; la más grande salió a la luz gracias al deshielo. Recordemos que el uranio es usado para las armas atómicas. Quizá esto explica las evidencias de que en la parte colindante con la frontera rusa se habían desplegado más de mil quinientas ojivas nucleares. Y que se hayan asentado allí decenas de miles de soldados. «Podemos afirmar con absoluta certeza que nuestro poder y nuestras posibilidades crecerán gracias a nuestra expansión en el Ártico», dijo Putin, caminando sobre un glaciar, en su visita a la base rusa de Tierra de Francisco José, en marzo de 2017.[5]

Trump, por su parte, levantó la veda para que se pudieran realizar nuevas prospecciones petrolíferas en el lugar. Según el *Financial Times,* solo en el Polo Norte hay petróleo suficiente para alimentar de combustible a todo el mundo hasta el año 2050.[6] Salirse del Acuerdo de París es malo para la salud del planeta. De eso no hay duda. Hay datos terribles sobre los efectos que está causando. Pero también hay datos sobre lo bueno que es el calentamiento global para algunos y para su economía. Si algo podemos «agradecer» a Trump es que ha reunido en su política a las cabezas de la hidra, y todos vemos lo que hay. Ahora solo falta que nos armemos de valor

y emulemos a Heracles. Las acciones que lleva a cabo la banda de Trump son un riesgo para la humanidad. Ya sabía lo tenebroso que es el de la cara naranja, pero mientras preparaba este libro lo he certificado, y más cuando es jaleado por una serie de inmaculados inmorales.

El canal de Panamá o el canal del imperio

«El sueño americano pronto volverá a cobrar vida y prosperará como nunca antes».[1]

En las semanas previas a la bacanal en la que convirtió su coronación, Trump se dedicó a abrir frentes de batalla. Uno de esos frentes estaba, como ya hemos visto, en Groenlandia. Otro de ellos se situó en el canal de Panamá, que, junto al de Suez, es uno de los enclaves más importantes para el comercio mundial. El nuevo presidente soltó aquello de que fueron los estadounidenses quienes construyeron el canal, que se lo regalaron a Panamá y que ahora China era quien sacaba mayor provecho.

«Es clara la soberanía panameña sobre el canal: no existe discusión alguna sobre este tema», dijo el presidente del país, José Raúl Mulino, el 30 de enero de 2025, en una conferencia de prensa efectuada en el Foro Económico Internacional para América Latina y el Caribe. «El alma de un país no está en discusión», añadió.[2]

Hoy por hoy, el canal de Panamá es el lugar de paso para mercancías que representan el 3 % del comercio mundial. Pero el cambio climático y las variaciones atmosféricas del Niño —que afecta al país entre cada tres y siete años, disminuyendo las lluvias— hacen que el funcionamiento del canal esté a expensas de lo que pase en el cielo.

Según Trump, Panamá ha aprovechado esas sequías para imponer peajes más altos a las navieras que usan el canal. Además, dijo —mintiendo, claro— que en su construcción fallecieron 35.000 estadounidenses, y que el canal es usado como zona de paso para inmigrantes ilegales. Por eso dice que lo va a recuperar y a devolver

a la normalidad la ruta. Y si para lograrlo debe atacar el país, lo hará.

Conocer la verdadera historia del canal nos ayuda a comprender todo lo que hay detrás de esta obsesión. Panamá no tiene petróleo ni minerales, pero está situado en pleno centro de un continente que recorre el planeta de sur a norte, partiéndolo en dos mundos separados por pocos kilómetros: es el paso de tierra más estrecho entre los océanos Atlántico y Pacífico. Antiguamente, los barcos que trasladaban sus productos de este a oeste, y viceversa, debían pasar por el cabo de Hornos, situado al sur del continente, en Chile, así que, para ir a la acera de enfrente, era necesario dar una vuelta de miles de kilómetros. Para solucionar el problema, avanzado el siglo XIX, comenzó a cobrar forma la posible construcción de un canal que atravesara Panamá, que se convirtiera en la arteria que diera vida y riqueza a todo el continente.

La historia se escribió con letras de oro cuando el primer barco surcó la ruta en agosto de 1914. Los grandes buques de mercancías y los petroleros se ahorraban así un periplo de diez mil kilómetros y varios meses, que quedó convertido en un viaje de 78 kilómetros y un solo día. Evidentemente, todavía hoy los barcos tienen que pagar un peaje, pero es mucho menor que el coste de rodear un continente entero. En un siglo, casi un millón de barcos ha pasado por ahí. El dinero que se paga por el tránsito varía según la longitud y la profundidad del barco, que debe tener catalogación de «panamax» para poder hacerlo. Hasta ahora, el récord de dinero pagado por un barco para cruzar el canal ha sido de 250.000 euros, cantidad que abonó en 2008 el carguero NSC Fabienne, pero el precio medio es de unos cincuenta mil euros. Trump dice que todo ese dinero va a China.

Los conflictos de intereses y las maniobras empresariales siempre han estado presentes en este paso. En el siglo XIX, la Gran Colombia era el territorio que había que controlar y dominar. Panamá pertenecía entonces a ese país. Sin embargo, una serie de «errores» provocaron que Bogotá fuera a parar a Francia, en concreto a la empresa de Fernando de Lesseps, el ingeniero que revolucionó el mundo tras la construcción del canal de Suez. Así, la Compañía Universal del Canal Interoceánico de Panamá comenzó las obras en 1880 bajo control galo.

Se trataba de una empresa faraónica. Once años después, con 33 kilómetros construidos, la empresa quebró. Estados Unidos ya soñaba por entonces con el dominio del canal y su construcción, pero para tenerlo era necesario salvar un escollo: no controlaban la Gran Colombia. Así que los líderes políticos del país decidieron infiltrarse en Panamá, que terminó por declararse independiente de Colombia en 1903. Gracias a aquello, los gobernantes de la nueva nación cedieron a Washington el canal y ocho kilómetros de uso y ocupación libre.

Pero las cosas no habían sido tan simples. La quiebra del proyecto de De Lesseps había alentado el surgimiento de un grupo de presión formado por grandes inversores de Wall Street con muchos intereses comerciales en el canal. Estos lograron poner de su lado al presidente del país, Theodore Roosevelt, adquirieron las acciones de la empresa francesa e iniciaron una serie de contactos con Bogotá para llegar a un acuerdo sobre la explotación del canal, que, sin embargo, no prosperó. Entonces se activó el plan B: dar dinero a la oposición panameña para que el istmo se pudiera independizar de Colombia. Estados Unidos declaró la guerra a Colombia —por decimoquinta vez en menos de cien años— y, tras ganar, puso al frente a los grupos opositores que estaba financiando.

Finalmente, en 1903, el nuevo Gobierno de Panamá firmó con Estados Unidos el Tratado Hay-Bunau Varilla, que daba autorización a Washington para reanudar la construcción del canal y le otorgaba el domino de la zona hasta 1999. Fue uno de los grandes negocios de la historia. Las guerras, casi siempre (y sin el «casi»), esconden intereses comerciales. Este es uno de los ejemplos más claros de ello. Que nadie dude de que cuando alguien coge un fusil hay por detrás un señor encorbatado, salido de un consejo de administración, que ha convertido a ese soldado en una marioneta de sus intereses.

La construcción del canal concluyó en 1914. Y, desde entonces, controlar Panamá y convertir a su Gobierno en un títere ha sido uno de los objetivos de la Casa Blanca.

Pero en 1968 ocurrió algo...

El presidente Arnulfo Arias, uno de los hombres más ricos del país, compró las tierras que se encontraban a ambos lados del canal, que eran propiedad de la United Fruit Company y de la Standard Oil (de la familia Rockefeller): dos empresas estadounidenses. Esas empresas habían llevado la opulencia a las orillas del canal, pero mientras ellas y Arias se enriquecían, más del 80 % de la población seguía bajo el umbral de la pobreza y no había visto ni un dólar del dinero generado por todo aquel inmenso negocio. A raíz de aquello, una parte del Ejército se rebeló contra el presidente, hubo un golpe de Estado y el general Omar Torrijos se convirtió en el hombre fuerte del país.

Con el nuevo mandatario, la situación empezó a cambiar. Llegó a acuerdos con Estados Unidos para que apoyara iniciativas de desarrollo que tenían por objetivo sacar al país de la miseria. A finales de la década de los setenta logró que el entonces presidente, Jimmy Carter, derogara algunos de los principios más

injustos del tratado firmado a comienzos de siglo. Como consecuencia, por primera vez en setenta años, el nivel socioeconómico del país creció. Pero cuando alguien recupera dinero, otro lo pierde, y ese otro era Estados Unidos. En respuesta, el servicio de inteligencia estadounidense inició una campaña de descrédito mediático contra Torrijos, que murió en un extraño accidente de avión.

Poco después, con el país descabezado, retornó la dictadura. El nuevo mandatario fue Rubén Paredes, que anuló de inmediato todos los acuerdos que había establecido su antecesor y entregó los derechos de explotación del canal al presidente de Estados Unidos. Esto provocó un nuevo alzamiento en el Ejército. La nueva rebelión hizo que Paredes renunciara a su cargo y se convocaron elecciones, que ganó el partido que había creado Torrijos. Arnulfo Arias denunció fraude electoral, pero ningún organismo internacional lo respaldó.

Finalmente, tras muchos años de supuestas injerencias de Estados Unidos, llegó 1999, el año en el que Estados Unidos devolvería la soberanía del canal a Panamá, según el Tratado Hay-Bunau Varilla. Y 1999 fue, también, año de elecciones. Había que lograr que la opinión pública se sintiera próxima a alguien que defendiera los intereses de la Casa Blanca. El plan salió bien, porque ganó los comicios Mireya Moscoso, la viuda de Arnulfo Arias. Toda una vuelta a los inicios.

Nuevos cambios políticos llevaron a la presidencia a Martín Torrijos, hijo de Omar Torrijos. Después ocupó el cargo Ricardo Martinelli, próximo a la esfera de Estados Unidos, pero algo díscolo. Fue él quien desoyó la oferta de Bechtel, la empresa estadounidense que aspiraba a ampliar el canal. Gracias a la aparición de documentos secretos en 2011, se supo que los diplomáticos

estadounidenses habían iniciado una campaña de descrédito contra Sacyr, la empresa española con la que competía Bechtel en el concurso público de Panamá para construir una ampliación del canal, para favorecer a esta.

Hoy, Panamá ya no es un país pobre; el 26 % de su PIB tiene su origen, de una forma u otra, en el canal y en el cambio de condiciones legales que se produjo. El país, con algo más de tres millones de habitantes, ha recuperado el dominio sobre una obra que le pertenecía desde el principio, pero a ese vasallaje anterior quiere volver Donald Trump.

La posverdad

«Muéstrame a alguien sin ego y te mostraré a un perdedor».[1]

La llegada al poder de Trump representa el triunfo de la posverdad.

A base de mentir, ha logrado convertir las mentiras más vomitivas en algo digerible. Eso es la posverdad: difundir barbaridades y lograr que se dé por sentado que son ciertas.

Este tipo de comportamientos se está normalizando. Y a base de creer que uno y uno son tres —y contribuir al futuro con nuestras ideas erróneas y nuestros votos fundamentados en las mismas—, los cimientos del mundo moderno se están viniendo abajo, porque el tiempo actual usa y abusa de las ventajas que nos da para extender veneno en las neuronas. Ese veneno que da de comer a la mente colectiva. No hay un poder oculto detrás de ese río de informaciones falsas, pero el agua convertida en suciedad —y es que la sociedad se está ensuciando— discurre sin cesar. Ahora, el río de la posverdad está inundando el sentido común.

Esto queda demostrado —por poner un ejemplo— con datos como que el 44 % de los hombres españoles considera que las leyes igualitarias se han pasado de frenada. Lo señalaba un amplio estudio del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) titulado *Percepciones sobre la igualdad entre hombres y mujeres y estereotipos de género*, desarrollado en España en el año 2023, en el que se había encuestado a más de cuatro mil personas.[2] Ese estudio certificaba que el discurso antifeminista —basado en informaciones que no son reales— había calado especialmente entre la población masculina de menos de cuarenta años. Entre mujeres,

la cifra también era grande: una de cada tres se mostraba afín a esas ideas que, además, parecían tener más calado conforme aumentaba la edad de los encuestados.

El mismo informe decía que casi el 30 % de la población quería vivir en la sociedad que ellos consideraban «ideal»: una en la que todos tuviéramos un mismo origen, cultura y religión. ¿Merece comentario semejante planteamiento? No lo sé... Lo que sí merece ser comentado es que el estudio certifica que casi quince millones de personas en nuestro país sostienen que ese es el mundo en el que quieren vivir. ¡Esa es la fuerza de la posverdad!

Desde hace algunos años, filósofos, estudiosos y pensadores están tratando de entender estos mecanismos. Todo parte de la pregunta de si existe «la verdad». Y es que, aunque todas las realidades tienen matices, sí hay una verdad objetiva y científica. El hecho de que exista el cambio climático no es opinable: es una verdad científica. Y hay más. Por ejemplo, al hilo de la información que he expuesto en este capítulo, según el Instituto Nacional de Estadística (INE), el salario de los hombres es un cuarto más alto que el de las mujeres (el salario más habitual en los hombres es de 19.499 euros, mientras que en las mujeres es de 14.564 euros, lo que representa el 74,7 % del que tienen los hombres).[3] Estos datos no son opinables. Por ejemplo, en relación a la violencia de género, se produjeron en España, según el INE, un total de 34.684 agresiones contra mujeres, mientras que hubo 3.495 denuncias de violencia doméstica contra hombres, aunque en esta cuenta también se añade a niños y ancianos. No hay discusión, pero la posverdad ha hecho que algunos hombres piensen lo contrario.[4]

Una de las herramientas predilectas de la posverdad son las noticias falsas que, además, optan por alimentar nuestro sesgo de

negatividad: emplean el miedo, porque nos debilita, para que sean más fáciles de vender.

La posverdad sirve para reforzar una ideología y generar fidelidad al utilizar información sesgada y manipulada. La propaganda también utiliza la realidad para imponer sus ideas, pero la posverdad es más difícilmente detectable, porque, como explicó el pensador Felipe López Veneroni en el programa *Entre mitos y realidades*, «es una función de la retórica, de modo que en el discurso se pueda presentar como válido aquello que no tenga sustento en la realidad y no es comprobable ni puede sostenerse sobre evidencias». Y recuerda: «Platón ya señala la capacidad que tiene el lenguaje para distraer, opacar y empantanar la razón y el entendimiento».[5]

Seguramente, la posverdad hunde sus raíces en la historia del hombre, pero para entenderla en un contexto contemporáneo basta con que nos remontemos al mandato de George Bush hijo (2001-2009). Aunque fue un hombre de sonada incapacidad intelectual, sus sentimientos y reacciones viscerales fueron el germen de la situación actual con Trump. Un alto funcionario de su administración le dijo al periodista Ron Suskind, de *The New York Times,* durante una polémica entrevista: «Somos un imperio y, cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad».[6] No lo dijo para desvelar una verdad oculta, sino para confirmar cómo funcionaba la administración de Bush y demostrar que era un gobierno enérgico y muy fuerte. Bueno, según lo que se entienda por energía y fuerza... Y Trump hereda esa forma de actuar.

En noviembre de 2004, presenté en Madrid el libro *El Nerón del siglo xxi.*[7] Se trataba de una biografía sesuda e impresionante de George Bush que tuve la ocasión de editar. La editorial implicó en la redacción del prólogo y en la presentación de la obra a José Saramago, el genial novelista portugués, con quien tuve la

oportunidad de hablar y de comer juntos. Fue un momento inolvidable. Saramago, premio nobel de literatura, definió esta era como «la edad de la mentira» y explicó que, aunque todos los presidentes mienten, Bush había hecho de la mentira el cimiento de su mandato; la falsedad había pasado de ser una pieza más del puzle a ser el puzle completo.

El término «posverdad» se popularizó en 2010, cuando el periodista David Roberts escribió en la revista *Grist:* «La cultura política se ha convertido en narrativa».[8] Unos años después, la palabra fue incluida en el diccionario Oxford y, finalmente, su uso se extendió cuando Donald Trump llegó a la presidencia de Estados Unidos a base de noticias falsas.

Paradójicamente, cuando alguien le lleva la contraria, dice que no son más que «Fake news, fake news, fake news...». O sea: acusa al que tiene enfrente de dar una información falsa. Utiliza rumores y calumnias para invalidar todo lo que le puede afectar negativamente. No importa si tales afirmaciones están demostradas. Tampoco le importa que su mensaje llegue a todo el mundo, porque con llegar a los segmentos que dudan y a los que le siguen es suficiente, ya que se convertirán en difusores de esas ideas. No usa una simple mentira, sino que boceta la realidad —y la glosa antes que nadie— a partir de lo que se inventa o transforma.

El filósofo de la Universidad de Lovaina (Bélgica) Roland Breeur explica en su obra *Mentira, impostura, estupidez*[9] que «Para distorsionar la verdad no basta con propagar unos cuantos bulos de vez en cuando, sino que se debe hacer una estrategia global de la mentira». Desde luego, Trump es el máximo representante de esa forma de dibujar la realidad. Gracias a su manera de comunicar —tan desagradable como impactante— logró tener más relevancia que el presidente Biden después de que este le venciera en las

elecciones de 2020, hecho que le ha servido para volver a la Casa Blanca. Y es que ese es uno de los mecanismos de su posverdad: el desprecio que generan los planteamientos de Trump lo convierten en el supuesto chivo expiatorio de sus rivales. Así, Trump logra convertirse en un mártir que lucha contra lo establecido y hace creer a sus seguidores que son parte de una misión sagrada.

Pero, como decía antes, el presidente no es el único que domina esta técnica.

El 4 de febrero de 2024 ocurrió algo que refleja perfectamente cómo opera este mecanismo. Ese día había elecciones en El Salvador. Durante los últimos años, la violencia y la delincuencia habían destruido el país. Caer bajo las garras del chantaje o ser víctima de las mafias había dejado de ser una posibilidad para convertirse prácticamente en una certeza. La tasa de homicidios había llegado en 2015 a una cota de ciento seis por cada cien mil habitantes.[10] Estamos hablando de que el 1 % de la población murió asesinado en ese año. Es una barbaridad. De la mayoría de esos crímenes son responsables las maras, que es como se conoce allí a las pandillas. Dos de ellas, la mara Salvatrucha y la mara Barrio 18, son las más importantes. Buscan el dominio del país a partir de la extorsión. Ambas son consideradas organizaciones terroristas.

En las elecciones anteriores, Nayib Bukele había prometido acabar con esas bandas. Su pasado como gestor en ciudades como San Salvador, de la que fue alcalde, hizo que la población se entregara a él y obtuviera en 2019 el 53,8 % de los votos con su partido de reciente fundación, Nuevas Ideas.[11] Ese partido estaba a la derecha de la derecha más extrema, pero, al margen de las posiciones políticas, a la gente le interesaba salir del pozo de delincuencia en el que se sumía el país.

En los primeros años de su mandato, Bukele logró que la delincuencia se redujera (según el diario *El Faro*, de acuerdo con datos del Ministerio de Justicia, en 2018 la tasa de homicidios fue de 51 por cada cien mil; en 2019, de 38; en 2020, de 22,2; y en 2021, de 18), pero tras un fin de semana terrible en marzo de 2022 (entre los días 25 y 27 hubo 87 asesinatos), decretó el estado de emergencia, que desde entonces ha sido prorrogado más de veinte veces. El año se saldó con 7,8 homicidios por cada cien mil habitantes.[12] Una cifra significativa, pero que todavía dista mucho de la reducción máxima de la que presume el Gobierno. Al mismo tiempo, Bukele ordenó la detención de todos y cada uno de los miembros de las maras. Eso provocó la detención de 68.000 personas, convirtiendo a El Salvador en el país con más reclusos del mundo.

La mayor parte de los presos fueron a parar al Centro de Confinamiento del Terrorismo (Cecot), una de las instituciones carcelarias más grandes del mundo. Las imágenes de decenas de miles de hombres tatuados y rapados, esmirriados y cabizbajos, hacinados en esa cárcel la han convertido en algo parecido a un campo de concentración. Muchos de los detenidos no han cometido ningún crimen, pero la política de Bukele es detener a todos los miembros de las maras, sean culpables o inocentes.

Es lo mismo que ocurrió en el siglo XIII. Cuando se produjo el asedio de Béziers, el legado del papa Inocencio II, Arnaud Amalric, dijo a los hombres del rey Felipe I: «¡Matadlos a todos! Dios reconocerá a los suyos».[13] Más o menos eso es lo que hizo Bukele, que no ataja la pobreza y la desigualdad, que son sin duda el germen de la desafección social que alimenta los crímenes. Según el Banco Mundial, la pobreza extrema en El Salvador alcanzó en 2022 el 8,7 % de la población, mientras que un año antes estaba en el 5,8

%, y se ha mantenido: «Un desafío importante sigue siendo la pobreza, que según cifras oficiales subió del 26,8 % al 30,3 % entre 2019 y 2023».[14] Sin embargo, la imagen social de Bukele es la de un paladín en la lucha contra el crimen y gracias a ello se gestó la admiración social que le hizo arrasar electoralmente.

Cuando apenas se había contabilizado el 15 % de las papeletas en las elecciones de 2024, se autoproclamó vencedor. No esperó al resultado oficial. Dijo que su victoria era aplastante. Y así era. Destruyó a la oposición. Pero, al margen de que fuera cierto, el hecho de no haber esperado para proclamar su triunfo hizo que fuera la suya la versión oficial, y se obvió que, aunque su victoria fue, efectivamente, aplastante, hubo una abstención superior al 50 %.[15] Eso implicaba que su victoria había sido casi idéntica, en cuestión de votos, a la que ya obtuvo en 2019, aunque él la hiciera parecer inmensamente mayor. Estos matices que rodeaban su reelección y su triunfo quedaron relegados a mera anécdota.

Sabiendo todo esto..., ¿a alguien le sorprende que Bukele fuera el primer presidente que visitara la Casa Blanca durante el segundo mandato de Trump? Entre los acuerdos alcanzados por ambos países, se estableció que los inmigrantes que fueran expulsados de Estados Unidos y tuvieran historial delictivo serían enviados a El Salvador para ser encarcelados en el Cecot, y la nación de Trump pagaría unos veinte mil dólares por cada preso...

El historiador Timothy Snyder, experto en el Holocausto, fue uno de los primeros en señalar que la posverdad es la puerta al autoritarismo, según señaló en su libro *Sobre el autoritarismo*.[16] El propio Bukele ha recorrido un camino preocupante hacia el autoritarismo, pero no le importa. Incluso se burla de ello. En su biografía de Twitter, ahora X, presumía: «Soy el dictador más *cool* del mundo mundial».[17] Una de sus últimas acciones, ahora que

tiene el beneplácito de su amigo Trump, fue modificar la Constitución, permitir la reelección eterna y extender hasta el infinito el número de mandatos que alguien puede tener. La polémica norma, que antes no permitía eso, fue aprobada por la Asamblea Popular el 30 de junio de 2025. Posteriormente, aprovechó su mayoría política para extender el plazo de la prisión provisional a siete años.

Snyder ha encontrado muchos puntos en común entre los antecedentes de la Segunda Guerra Mundial y lo que está ocurriendo ahora en medio mundo. Él denomina prefascismo al uso indiscriminado de la posverdad.

Un artículo publicado por la revista *Science Advances* señala que las mentalidades más conservadoras y derechistas son más propicias a creer en las falsedades.[18] En este estudio se pidió a los participantes que determinaran si un enunciado era verdadero o falso. Para que el experimento funcionase, las falsedades que se presentaron no eran totalmente inverosímiles, sino que todas contenían algo que las hacía creíbles. Una de las conclusiones del experimento fue que hay personas más fáciles de convencer que otras. La posverdad, señalan los investigadores, genera una forma de supremacía ideológica a través de la cual se obliga a la gente a creer en algo. Quien acepta la posverdad piensa que quien no lo hace no tiene los ojos abiertos. En este sentido, las redes sociales son lo que les faltaba a Trump y sus secuaces para perfeccionar su realidad. Y es que para los creadores de posverdad lo importante no son los hechos, sino la narración de esos hechos. Por consiguiente, la mentira necesita un mentiroso, pero la posverdad se basta con un charlatán. Hume lo resumió perfectamente: «Todos estamos autorizados a tener opiniones, pero no todos estamos autorizados a explicar los hechos».

La guerra contra lo *woke*

«Nada se interpondrá en nuestro camino, porque somos estadounidenses y nuestra edad dorada acaba de comenzar».[1]

«Mi hijo, Xavier, está muerto, asesinado por el virus *woke*», dijo Elon Musk en alusión a Vivian Jenna Wilson, una de sus catorce hijos.[1]

Vivian es transexual.

A Musk siempre le resultó incómoda la actitud de su hija. Vivimos en el siglo XXI, aunque su mente siga anclada en el siglo XV. Ella dice de su padre que ha sido un conservador radical desde siempre; que, a pesar de lo que dicen algunos, no se volvió ultra por culpa del rechazo a su hija, sino que ya lo era antes. Desde el año 2020, Musk no se habla con ella. La considera una víctima de la cultura progre y de los comunistas.

Una de las escenas más asombrosas y delirantes que hemos visto últimamente, una escena que me pareció más que representativa de nuestros tiempos, tuvo lugar el 11 de febrero de 2025. Donald Trump activó las conexiones y su despacho en la Casa Blanca se convirtió en un plató de televisión. No estoy seguro de si ese tipo de cosas son buenas para la democracia. Creo que la transparencia es otra cosa...

Pues bien. Ese día, en el *reality*, apareció un niño en el despacho oval.[2] Vestía con traje de hombre, y a su lado había un hombre vestido de niño. El hombre era Elon Musk y el niño era su hijo, que se llama X Æ A-12. Sí, ese es su nombre. Estaba subido a hombros del padre. A su lado, Trump elogiaba la inteligencia de X Æ A-12, que se metía los dedos en la nariz mientras el presidente hablaba de

la necesidad de «liberar» las fronteras de Estados Unidos —es decir, impedir el paso a inmigrantes—. Luego, el hombre-niño tomó la palabra para hablar de la economía y de la inflación y de lo que cambian los precios cuando se va al supermercado. Después, se puso a hablar de la Agencia de Cooperación para el Desarrollo Internacional (Usaid), a través de la cual se canalizan las ayudas a algunos países. Una agencia que Musk cerró porque, según él, detrás de su actividad se escondían intentos de influir en las elecciones y en las políticas locales. Si no fuera porque las decisiones de estos tipos afectan a la vida de muchas personas, estas situaciones resultarían realmente cómicas. A veces, los personajes de este libro parecen sacados de un tebeo.

Es asombroso que Musk pusiera ese nombre a su hijo y se moleste porque su hija haya cambiado el suyo propio por uno femenino.

Eso es lo que para ellos es *woke*...

Otro de los momentos delirantes del desembarco de Trump en la Casa Blanca se produjo cuando el de la cara naranja firmó uno de los decretos que tenían por objeto regular el ancho de la parte de las duchas por las que sale el agua. Según su paranoia, Joe Biden había provocado que los estadounidenses, por culpa de la baja presión del agua, se ducharan helados. Aprovechó otro de sus decretos para devolver las aguas a su cauce. Decía que los anteriores presidentes habían declarado la lucha a las duchas...

Su testimonio fue impresionante: «Personalmente, me gusta darme una buena ducha, cuidar de este pelo tan bonito. Y tengo que estar de pie en la ducha durante quince minutos para conseguir que se empape, porque lo único que hace la alcachofa es gotear, gotear y gotear. ¡Es ridículo! Terminas lavándote las manos durante el quíntuple de tiempo para que se moje el pelo...».[3]

A veces pienso que sus neuronas no rulan del todo bien... Después de firmar el decreto, Trump mostró la carpeta a la cámara. Puso cara de tipo que hace lo que debe y que tiene dos cojones, y muestra el decreto ante la cámara, con su boli-rotulador negro —por cierto, el bolígrafo con el que firma sus decretos cuesta mil seiscientos euros— y la firma angulosa, picuda, extraña...

Su firma, como consecuencia de esos cientos de decretos que ha firmado ya, se ha hecho muy famosa. Es llamativa. Viste su ego. Para averiguar algo más sobre qué esconde esa rúbrica que parece pertenecer a alguien no muy normal, consulté a la famosa grafóloga Macarena Arnás. ¿Qué significa esa firma? En su opinión, en la firma actual de Trump se observan formas angulosas tanto en la zona superior como en la inferior, así como una marcada presión del bolígrafo. Todo ello, explica, refleja materialismo, racionalidad, rigidez mental, terquedad, constancia, autoritarismo y egocentrismo. La carga emocional está prácticamente anulada, lo que sugiere una baja empatía, pero también una gran capacidad para ejecutar proyectos, constancia e inteligencia lógica.

Arnás, autora del libro *Las firmas de Napoleón, Stalin, Hitler, Elvis... y otras historias de la grafología,*[4] me señalaba que la firma actual de Trump refuerza muchos de esos sentimientos: «En la actualidad se nota mayor rigidez, constancia, materialismo y terquedad». Bueno, pues alguien así gobierna el mundo... Parte del éxito de toda esta ola de pensamiento totalitario, cuyos máximos exponentes son los que gobiernan ahora Estados Unidos, radica en lo que llaman «batalla cultural»: todo un catálogo de debates e ideas que tienen un componente social y que, según ellos, están ideologizados hacia lo progre. En realidad, se trata de asuntos que, en muchos casos, tienen un claro componente científico. El Frankenstein totalitario está formado por millones de personas que

han extremado sus posiciones políticas hacia el ultraconservadurismo, actuando contra quienes representan lo *woke* y lo políticamente correcto.

Todo esto se remonta a los años treinta del siglo XX. Entonces, en el contexto de la lucha contra el racismo, comenzó a usarse ese término. La expresión *stay woke* ('mantente despierto') aludía a la necesidad de mantenerse alerta ante las abusivas actuaciones policiales contra los afroamericanos. Este vínculo con la población racializada es uno de los elementos que más escaman a los detractores de lo *woke,* que, por supuesto, no han dudado en manifestar su rechazo por movimientos como Black Lives Matter.

En el año 2014, un muchacho negro llamado Michael Brown, de dieciocho años, que había efectuado un hurto menor, fue asesinado a tiros por agentes de la policía de Ferguson, en el estado de Misuri.

La tragedia provocó el estallido del Black Lives Matter, que se convirtió en el impulsor social de decenas de actos y manifestaciones para expresar repulsa ante este tipo de actuaciones policiales. Este movimiento alcanzó mayor notoriedad tras el asesinato de otro ciudadano negro llamado George Floyd, que falleció asfixiado por el agente Derek Chauvin, que presionó el cuello de la víctima con su rodilla durante más de ocho minutos.

Aquella desgracia ocurrió el 25 de mayo de 2020. Estábamos en plena pandemia, pero eso no detuvo las protestas. Fueron masivas y desde Minneapolis, donde ocurrieron los hechos, se extendieron al país entero. Las imágenes de miles de manifestantes frente a cientos de agentes que protegían los principales centros de poder en Washington fueron realmente impactantes.

Durante esas semanas se terminó de perfilar el corpus ideológico del entorno de Trump. La pandemia le vino muy bien para difundir la idea de que la ciencia y China estaban tramando algo contra el

mundo. Que ellos eran los culpables de todo. Surgieron teorías que afirmaban que el virus era un experimento conducido por científicos de origen chino. Todas ellas nacieron a partir del testimonio de Li-Meng Yan, una trabajadora de uno de esos laboratorios que se paseó por diferentes medios de comunicación internacionales, también españoles. En la difusión de esa historia tuvo mucho que ver la agencia de comunicación de Steve Bannon, que también fue la persona que se encargó de internacionalizar esta tesis, que contribuyó a generar confusión sobre las vacunas.

En concreto, la entidad que promovió esta tesis fue la Rule of Law Society, una organización sin ánimo de lucro presidida por el propio Bannon, que, como anteriormente señalé, fue el responsable de crear la voz y la estrategia de Trump.

La teoría de un virus creado artificialmente podía ser interesante y atractiva, especialmente porque la opacidad del Gobierno de China alimenta mil dudas sobre todo lo que tiene que ver con el país, pero la tesis del virus artificial no ha encontrado ni el más mínimo refrendo científico —hay consenso en ubicar su nacimiento en un mercado de alimentación de Wuhan—, y sin embargo ha tenido y tiene impacto en parte de la población mundial.

Quienes defendían la hipótesis del virus fabricado formaban parte de ese universo de ideas descabelladas que se manifestaron a través de la Rule of Law, y que tuvieron su máxima repercusión cuando, tras el desarrollo de las vacunas, surgieron voces —nuevamente, sin aval científico— que ponían en duda su efectividad o, incluso, afirmaban que podían ser perjudiciales.

La pandemia tuvo un papel esencial a la hora de provocar que Trump pasara del conservadurismo a la extrema derecha. Bannon dirigió ese camino y, aunque luego rompieron a medias su relación, es importante recordar que él fue su padre ideológico. Por cierto,

volviendo a los decretos de Trump, otro de los muchos que firmó cuando comenzó su mandato sirvió para anular toda protección a Anthony Fauci, el asesor médico de Biden durante su gobierno, al que parte de la opinión popular culpaba de que las vacunas fueran malas y las medidas de control resultasen ineficaces.

Alguien determinó que Fauci era uno de los malos de la película. No había ninguna investigación abierta contra él; sin embargo, el mundo ultra lo había señalado como un objetivo a batir. Otro de los malvados sería Bill Gates, cuya fundación invierte grandes cantidades de dinero en la investigación médica y en el desarrollo de vacunas. A partir de ahí se generó la idea de que Gates se enriquecía a costa de la pandemia. Los que bautizaron el COVID-19 como una «plandemia» pensaban que este hombre había intervenido en su creación porque tenía el remedio ya preparado para su comercialización.

Así, ese año, 2020, al albur de teorías conspiranoicas y movimientos *antiwoke,* se fortalecieron determinadas ideologías muy vinculadas a lo digital. Se creó en torno a ellas una realidad paralela. El tiempo muerto provocado por la pandemia hizo que en la plataforma 4chan apareciera un personaje llamado Q, y su movimiento, QAnon, que, aunque era anónimo, parecía estar vinculado al poder político estadounidense. Era como un luchador salido de las tinieblas y conectado con las más altas esferas. Aunque solo aparecía muy de vez en cuando, parecía alguien tan poderoso —era como un superhéroe de ese mundo *alt-right*— que incluso se extendió la idea de que se trataba del propio Donald Trump o de alguien muy cercano. Cuesta imaginarse a la persona más poderosa del mundo convirtiéndose en un personaje anónimo que da consignas para rebelarse contra los poderosos...

Todo el ideario de Trump apareció reflejado en los mensajes publicados por QAnon, que fue quien terminó de perfilar el mito de lo *woke*. Todo su compendio de ideas ha terminado por convertirse en una versión contemporánea y *online* de *Los protocolos de los sabios de Sion.* La obra, que se publicó originalmente a principios del siglo XX y se popularizó a mediados del mismo, pretendía alumbrar a la humanidad sobre la existencia de una organización judía secreta que movía, desde las sombras, los hilos del mundo. A pesar de que la organización nunca existió, el libro se convirtió en una de las obras de cabecera del movimiento nazi. Salvando las distancias, era similar a lo que significaban estas revelaciones en internet. ¿Hasta dónde llegarán los mensajes de QAnon?

El virus conspiranoico

«Cuando eres una estrella te permiten hacer lo que quieras».[1]

La figura de Robert F. Kennedy Jr. —sobrino del mítico John F. Kennedy— es fundamental a la hora de ensamblar el puzle de piezas desnortadas del Gobierno estadounidense. Trump lo nombró jefe del Departamento de Salud y Servicios Humanos y se ha convertido en uno de los hombres clave del entramado ideológico que está detrás del presidente. La pandemia de 2020 lo colocó al frente de las hordas de negacionistas antivacunas. Aunque su ambición lo llevó a ser candidato independiente para las elecciones de 2024, luego se retiró de la carrera presidencial y dio su apoyo al que sería el futuro presidente.

Fue él quien resucitó la idea de que las vacunas para diferentes enfermedades estaban asociadas al autismo y ha encabezado las maniobras para que Estados Unidos abandone la Organización Mundial de la Salud (OMS), que ha sido el blanco de los dañinos ataques realizados por los antivacunas.

Trump lo nombró secretario del Departamento de Salud y, ya en el cargo, ha tenido que hacer frente al aumento de casos de sarampión en Estados Unidos, que ha afectado a muchos otros países. Cada hora mueren doce personas —la mayor parte, niños— a causa de esta enfermedad.

El Programa Esencial de Inmunización de la OMS ha demostrado que la desigualdad y la pobreza son las causas más importantes de que no todos los niños del mundo tengan acceso a las vacunas. Cada año, Unicef suministra unos 250 millones de dosis de vacunas

para esta enfermedad en todo el mundo.[2] A pesar de los esfuerzos, la tendencia antivacunas ha disminuido las tasas de vacunación y, por lo tanto, ha extendido la enfermedad.[3]

Solo en España, los casos han pasado de tan solo siete pacientes en todo 2023 a 217 en 2024, según *Science Media Centre* (SMC).[4] Aunque cueste creerlo, un país sometido a tantas desigualdades como Estados Unidos ha tenido en el último año casi tres mil casos, según la OMS, mientras que en todo el mundo se han producido, también en el último año, más de diez millones de casos.[5]

Como remedio al sarampión, Robert F. Kennedy Jr. propuso zumos de aceite de hígado de bacalao y vitamina A. En una entrevista en *Fox News* el 4 de marzo de 2025, dijo que estaba demostrado que ese remedio daba buenos resultados y que él tenía el deber de decir la verdad: «Algunas personas quieren tener un enfoque ideológico de este tema»,[6] comentó, insinuando que estar a favor de las vacunas era ser de izquierdas. En una decisión que resulta estremecedora y solo comprensible desde su negacionismo, destituyó en julio de 2025 a los diecisiete miembros del comité sobre vacunas de Estados Unidos, que hacían su trabajo en el Centro de Control y Prevención de Enfermedades (CDC).

No hay discusión posible sobre este asunto: las vacunas son la única solución universal al sarampión, seas de izquierdas, de derechas o ambidiestro. Y, ojo, el hecho de que muchos de los antivacunas sean de extrema derecha no quiere decir que toda la gente de ese espectro político esté en contra de las vacunas.

El problema es que personajes como Kennedy Jr. crecieron a partir de la pandemia y lograron que se iniciara un debate absurdo. Un debate sobre si para luchar contra el sarampión es mejor el aceite de hígado de bacalao o las vacunas. Durante esos meses, Kennedy Jr. —¿sentía, quizá, que su apellido le daba patente de corso para

venderse ante la opinión pública?— alimentó otras ideas semejantes, como que eran los padres quienes debían decidir si vacunar o no a sus hijos. Seguramente, este tipo de afirmaciones, al no haber sido rebatidas en público lo suficiente, están detrás de la viralización de las ideas negacionistas de los últimos años. Finalmente, ha anunciado que eliminará la norma que hacía obligatoria la vacunación en el estado de Florida.

Uno de los ataques más significativos del Gobierno de Trump contra la ciencia se produjo el 9 de marzo de 2025 en el aeropuerto de Houston. En el momento de escribir estas líneas todavía no ha trascendido el nombre del protagonista de esta historia, pero es muy significativa, ya que reúne en un solo hecho el odio al extranjero, al europeo y al científico.

Todo tuvo lugar cuando un científico francés acudió en nombre del Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS) a la ciudad para asistir a una conferencia. En el control de inmigración del aeropuerto revisaron sus posesiones. Los agentes decidieron impedirle el paso: habían encontrado en su ordenador y en su móvil mensajes en los que expresaba opiniones contrarias al presidente estadounidense y críticas a su política contra los inmigrantes, la cultura y la ciencia. «La libertad de opinión, la investigación libre y las libertades académicas son valores que seguiremos reivindicando con orgullo», señaló tras los hechos en declaraciones a la agencia France-Presse Philippe Baptiste, titular del Ministerio de Enseñanza Superior e Investigación de Francia.[7]

«Los mensajes reflejaban odio a Trump y pueden ser considerados como un acto de terrorismo», añadía. Mientras, las autoridades aeroportuarias negaron que estos fueran los motivos de la prohibición de entrada, pero lo cierto es que el científico francés fue repatriado tras la anulación de los cargos imputados por el FBI.

Este suceso resume bien la situación. En los sectores próximos a Trump existe una postura crítica contra los científicos, a los que se acusa de promover ideas que han derivado en normas *woke*.

Con la pandemia de COVID dio comienzo, según esta corriente de pensamiento, una era en la que se daría paso al Nuevo Orden Mundial. Desde este sector se acuñó, como ya he señalado, el término «plandemia» para referirse a la crisis sanitaria. Para ellos, o el virus no existía, o tenía origen en China, y las vacunas eran peligrosas para la salud e incluso modificaban el ADN.

Durante la etapa más dura de la pandemia, que tuvo lugar en el primer mandato de Trump, la afectación en Estados Unidos fue la mayor del mundo. Hubo más de cien millones de casos y, en algunos momentos, hasta diez mil muertes al día. Desde el inicio de la crisis sanitaria y hasta diciembre de 2023 murieron, según la OMS, 1,2 millones de personas. Entre las no reportadas y las ocurridas más adelante, la cifra podría ser superior a 1,5 millones de personas. Cuando todavía no había vacunas, todos los intentos médicos estaban encaminados a tratar cada caso de manera individual. En medio de semejante lucha, Donald Trump armó un lío cuando dijo que tomaba hidroxicloroquina, un producto que, en su opinión, frenaba el virus. En realidad, ese producto ¡era lejía!

Meses después, cuando perdió las siguientes elecciones —algo que no admitió, puesto que, según él, el Estado profundo actuó para robarle la victoria—, ya habían cobrado fuerza esos movimientos conspiranoicos que lo apoyaban y que aglutinaban una amalgama de sectores y de grupúsculos muy violentos. El atuendo de los que asaltaron el Capitolio era irrisorio, pero su ira resultaba aterradora.

Entre las personas a las que atacaron aquel día estaba Nancy Pelosi, la presidenta de la Cámara de Representantes entre 2019 y 2023. Una de las primeras cosas que quisieron hacer los golpistas

fue sentarse en su silla, lo cual tenía, para ellos, un gran poder simbólico. Pelosi, además, ya había sido víctima de los ataques de la ultraderecha: en enero de 2021, unos asaltantes accedieron a su vivienda de San Francisco, donde dejaron manchas de sangre falsa y una cabeza de cerdo. En octubre de 2022, un simpatizante de estos movimientos atacó con un martillo a Paul Pelosi, el marido de la presidenta, provocándole una fractura craneal.

Pelosi es uno de los objetivos a batir por ese sector conspiracionista y ultra. El odio que despierta en ellos —pese a no significarse especialmente en temas políticos— resulta alarmante.

En la época de la pandemia se extremó lo que ya existía, de manera que el carácter agresivo de los negacionistas y antivacunas tuvo un enorme impacto. Era imposible hablar con ellos. Lo intenté en la radio en varias ocasiones, pero era imposible. Insultaban a la humanidad, decían que cada vez más científicos los apoyaban, que incluso varios premios nobel pensaban como ellos...

Estos movimientos tenían réplicas en todo el mundo y, aunque no eran exactamente iguales, sí había una pauta común, como si siguieran un mismo libro de instrucciones. Consideraban que la sociedad estaba dormida y que ellos eran los que estaban despiertos, pese a defender cosas fantasiosas: que si las vacunas tenían chips que modifican el ADN, que si las antenas de 5G para internet estaban extendiendo el virus, que si los chinos y las élites experimentaban con los humanos...

Los «despiertos» están convencidos de que vivimos en el mundo de *Matrix*, con una cara b que no vemos, algo así como una realidad paralela. Para ver el mundo real y la verdad, debemos tomar la pastilla roja, pues la píldora azul nos deja sumidos en la ceguera y nos volvemos parte del rebaño. Entre quienes utilizan esa metáfora está Elon Musk, quien publicó un tuit en el que aconsejaba tomar la

pastilla correcta. Por aquellas fechas no había constancia de la existencia de idilio alguno entre Trump y Musk, pero la afinidad ideológica estaba ya clara. Fue muy sonado el hecho de que ese mensaje lo compartiera Ivanka Trump, la hija mayor del presidente.[8]

En el ensayo colectivo *Memeceno*, un grupo de intelectuales y pensadores explican como el confinamiento, durante esos meses, provocó una modificación en nuestro contacto con la realidad y en la forma de entender el ocio, «no sin pocos problemas mentales derivados de ello».[9] De repente nos volvimos mucho más pasivos, crecieron extraordinariamente las plataformas para ver cine y se produjo la explosión de TikTok, una red social que se fundamenta en el impacto visual inmediato y en la velocidad con la que se pasa de una imagen a otra. «La pandemia quizá convirtió los memes en la forma de entretenimiento por excelencia y la vida se convirtió en un *scroll down* constante: un continuo deslizar el dedo por la pantalla en busca de una novedad que nunca llega», señalan.[10]

Mientras el planeta asistía a un proceso de banalización —que en parte era una respuesta comprensible, puesto que el COVID-19 estaba causando estragos y cientos de miles de muertes—, se recuperaban mitos como el del mundo de *Matrix*, que fue tomado por la *alt-right* como una alegoría de nuestro mundo.

Los «despiertos» estaban cumpliendo, decían, la misión de darse cuenta de lo que se nos quería ocultar desde arriba. Que ellos sí tenían los ojos abiertos. «[*Matrix*] Es de las distopías que más han contribuido a promulgar la suspicacia paranoica de que el mundo que observamos no es el mundo real, sino un constructo diseñado para embaucarnos», dice Francisco Martorell, otro de los autores de *Memeceno*.[11] Esta metáfora se ha politizado y ahora los de la Ilustración oscura sostienen que los que toman la pastilla roja son

quienes saben la verdad y quienes perciben las cosas «depuradas de espejismos liberal-izquierdistas que adormecen a los demás», añade.[12]

Es importante recordar que el corpus ideológico de QAnon fue cobrando forma durante el primer mandato de Trump, aunque la pandemia lo reforzara. Al ser esta un hecho insólito y, en muchos momentos, incontrolable, los seguidores de Q afianzaron su idea de que existían gobiernos ocultos, poderes invisibles y élites en la sombra que promovían cambios en los valores clásicos. Y esto no habría sido más que una *frikada* de no ser porque millones de personas siguieron sus postulados.

Para ellos, el cien por cien de los estadounidenses compartían su visión, y si Trump no ganaba las elecciones de noviembre de 2024 era, sin lugar a dudas, porque esos poderes ocultos estaban detrás. Para ellos, Q, que defendía sus ideas, era un santo varón que estaba luchando por la verdad. Se creían que estaban llevando a cabo una misión sagrada.

La mañana del asalto al Capitolio tuvo lugar un evento llamado «Save America», en el que intervinieron el presidente y su hijo. Todo empezó cuando acabó ese mitin. Los primeros en dirigirse a la institución fueron los Proud Boys, a quienes siguieron cientos de personas de otros grupos. Entre ellos estaba Jake Angeli, que se hizo famoso por su imagen: iba disfrazado con cuernos de bisonte, con plumas..., y su apodo era Q-Shaman (Q-Chamán).

En cuanto a los Proud Boys, se trata de una organización masculina —las mujeres tienen prohibido pertenecer a ella— y supremacista blanca, aunque su líder, Enrique Tarrio, es un hombre de origen cubano que también encabezó el grupo Latinos por Trump. En el pasado había colaborado en diferentes misiones policiales, lo que explicaría su repentina puesta en libertad después de que, en

diciembre de 2020, muy poco antes del asalto, fuera detenido en posesión de cargadores de armas de fuego, tras formar parte del ataque a una iglesia negra asociada al movimiento Black Lives Matter.

Muchos de los implicados en la toma del Capitolio fueron acusados, pero fue Tarrio el que se llevó la mayor condena —al friki de las pieles de bisonte lo condenaron a veintidós años de prisión—, al ser considerado uno de los líderes intelectuales del asalto. Él y Angeli —y todos los demás condenados— fueron indultados por Trump nada más llegar al poder. Resulta estremecedor que sea presidente quien estuvo detrás de un intento de golpe de Estado, y que una de sus primeras decisiones fuera liberar a todos los que lo ayudaron a agredir la democracia.

En su primera presidencia, Trump se había convertido en el presidente que más había indultado. Nada más arrancar la segunda presidencia batió su propio récord. Algo similar puede decirse de una persona a la que conmutó su pena. El personaje del que hablo es Scott Jenkins, un *sheriff* de Virginia que recibió 75.000 dólares de empresarios a los que perdonó multas y sanciones. Para Trump, el *sheriff* fue víctima de una indefensión causada directamente por Joe Biden. No se puede negar que la prerrogativa del indulto la ha utilizado Trump para liberar de culpa a numerosos políticos próximos al Partido Republicano que estaban presos por corrupción, pero, como vemos, también hay entre sus beneficiarios un buen puñado de responsables de delitos graves.

De QAnon a Musk pasando por Alemania

«Y perseguiremos nuestro destino manifiesto hacia las estrellas, lanzando astronautas estadounidenses para plantar las barras y estrellas en el planeta Marte».[1]

La versión alemana de QAnon se llama Reichsbürgerbewegung: Movimiento Ciudadano del Reich. Según este grupo, que aglutina a diversas organizaciones e individuos de la extrema derecha del país, la República Federal de Alemania es un invento de Occidente tras la Segunda Guerra Mundial. Sobra decir que es un movimiento de tintes nazis. A juzgar por su tamaño, parece relativamente anecdótico —aunque solo en redes sociales son doscientas mil las personas que siguen al grupo—, pero hay un buen puñado de grupos de nostálgicos como este.

Movimiento Ciudadano nació en 1985 y estuvo detrás del intento de golpe de Estado al Bundestag que se saldó, en diciembre de 2022, con el arresto de veinticinco personas. El plan consistía en armarse y provocar disturbios en la capital alemana mediante apagones y cortes de suministro. Después del golpe, se planeaba colocar como jefe al aristócrata Heinrich XIII Prinz Reuss, hijo de un príncipe y de una duquesa de la casa de Reuss, una dinastía aristocrática que tiene casi mil años de antigüedad y que actualmente está relacionada con colectivos extremistas.

Que sí, que es una banda de chalados, pero tras la «chaladura» se esconde algo muy serio: la existencia de decenas de grupos que relativizan el nazismo y el Holocausto... Y uno de esos grupos, Alternativa por Alemania (AfD), que es la marca blanca del extremismo en Alemania, ha obtenido el segundo mejor resultado en las últimas elecciones.

En un informe oficial hecho público el 6 de mayo de 2025, los analistas de los servicios de inteligencia alemanes —poco dados a situarse en posiciones izquierdistas— afirmaban que AfD es incompatible con la democracia. Las sociedades se están embruteciendo y estamos banalizando la maldad.

Un mes antes de la «coronación» de Trump, el ínclito Elon Musk manifestó su apoyo a este partido, que antaño no era importante en el tablero político alemán, pero que desde la pandemia ha ganado papeletas para convertirse en un actor relevante. En Alemania, normalmente el Partido Socialdemócrata y la Unión Demócrata Cristiana consiguen dos de cada tres votos, y después se sitúan los verdes, la izquierda o los liberales. AfD tenía su hueco, pero siempre en esa segunda división. De cara a la opinión pública había moderado su discurso en los últimos años, haciendo algún que otro malabarismo para engañar a los votantes: al frente del partido estaba una mujer casada con otra mujer. Era de locos, desde luego, porque el partido está en contra de la homosexualidad y del matrimonio igualitario. En este contexto llegó Elon Musk y decidió darles parte de su dinero.

«Alemania se ha acomodado en la mediocridad. Es hora de cambios audaces y AfD es el único partido que está abriendo este camino», escribió Musk en el periódico germano *Die Welt*, y añadía que el país estaba «al borde del colapso económico y cultural».[2] Una vez más, esta suerte de nuevo nazismo dibujaba una realidad catastrófica, aunque las cosas no fueran mal.

Por si fuera poco eso de convencer de falsedades por arte de birlibirloque, la líder del partido, Alice Weidel, llegó a decir en una conversación con Elon Musk que el mayor éxito del nazismo «fue hacer creer que Hitler era de derechas y conservador cuando, en realidad, era todo lo contrario: era comunista y socialista».[3] Fue

uno de los grandes momentos de la campaña. Esa declaración tuvo un gran impacto. Además, el propio Musk calificó de comunista la política económica del Gobierno alemán: «Es un necio incompetente», dijo sobre el canciller Olaf Scholz. Respecto al ministro de Economía, Robert Habeck, dijo que era «un izquierdista radical», y sobre el presidente de la República, Frank-Walter Steinmeier, que era un «tirano antidemocrático que debería sentir vergüenza».[4]

Al igual que ocurre en todos los países, los defensores de ese tipo de movimientos tienen un lenguaje soez y acuden al insulto y a la descalificación. Hay gente con la que no están de acuerdo —algo normal, pues cada uno tiene sus ideas—, pero denominan tirano y dictador a cualquiera. Ha convertido al otro en tirano, y en un comunista que debe ir a la cárcel. Eso sí, en la conversación todos eran tiranos, psicópatas y progres: «El virus *woke* ha infectado gravemente a Alemania», señaló el magnate. «Los jóvenes no aprenden nada en las escuelas», añadió, «también el mundo de la educación está infectado por el virus *woke*».[5]

Mientras, X genera algoritmos que potencian la difusión de las declaraciones de Weidel. La Comisión Europea investigó si la retransmisión de esta conversación vulnera las normas comunitarias. Sin embargo, Musk y compañía calificaron la investigación como un acto de censura.

Finalmente, llegaron las elecciones. Ganaron los conservadores democristianos —el CDU, que trasladado a nuestro entorno sería lo más cercano al PP— con un 28,5 % de los votos, mientras que el SDF —el equivalente a nuestro PSOE— se situaba en el 16,4 %. En segundo lugar, se colocaban los herederos del nazismo, la AfD, con el 20,5 %, casi el doble del apoyo que habían tenido en las elecciones anteriores.

Ante el ascenso de este grupo extremista, el sistema alemán debía activarse y facilitar la alianza entre los dos grandes partidos para dejar fuera a los filonazis. La población alemana tiene muy arraigado el concepto de cordón sanitario en política, de modo que, tras las elecciones, el SDF y el CDU pactaron la investidura del líder democristiano Friedrich Merz como canciller. Sin embargo, en la votación parlamentaria hubo algunos diputados que se saltaron el acuerdo y no votaron por Merz.

El voto es secreto y, por lo tanto, no se sabe quiénes fueron los diputados díscolos, aunque parece que podrían haber sido algunos miembros del propio partido de Merz que preferían pactar con los nazis. Finalmente, no consiguieron romper el pacto y, en la segunda votación, Merz salió elegido. Por primera vez en la historia reciente, el cordón sanitario alemán salió mal parado. El poder de Washington y el apoyo de Musk fueron determinantes para provocar que Alemania se asomara al abismo...

Mientras los hombres elegidos por el pueblo titubeaban en apoyar la alianza, los servicios de inteligencia entregaron a las autoridades judiciales un informe de mil páginas en el que, en virtud de la ley de 1949 que tiene como objetivo impedir la llegada de un nuevo Hitler, solicitaban poner bajo vigilancia al grupo. Jamás en la historia de Alemania —y han pasado más de setenta años desde que se aprobó esa ley— se había puesto en marcha este dispositivo.

Si uno mira un mapa del país, en el 100 % del territorio de Alemania Oriental la AfD fue la opción más votada; mientras, en la otra Alemania, la Occidental, el triunfo del CDU ocupaba el 90 % del territorio. La diferencia entre las dos Alemanias está clara. En la Oriental, el nivel económico es mucho menor y la inmigración mucho mayor. Steffen Mau, uno de los intelectuales más destacados del país, incide en que el pueblo alemán no mantiene posturas

extremistas, pero que la guerra de Ucrania ha provocado el acercamiento a Putin y, a su vez, a Trump. «Una gran parte de los alemanes se siente agotada por las transformaciones. Se siente desbordada. [...] La reacción es echar el freno», recuerda en un reportaje sobre la polarización política en Alemania en *El País Semanal*.[6] Ese diagnóstico, aunque sea sobre el caso alemán, en realidad es el mismo que se puede hacer en todo el mundo: la sociedad —la estadounidense, la nuestra y casi todas— está metiéndose en trincheras ideológicas cada vez más infranqueables. El mundo está esquizofrénico: por culpa de todo ello se está abriendo paso una especie de nuevo extremismo.

Estados Unidos vs. China: la nueva Guerra Fría

«Durante décadas, [China] ha estafado a Estados Unidos como nadie lo había hecho antes...».[1]

En los años noventa empezaron a aparecer informes de la CIA que afirmaban que, en este siglo, el gran enemigo de Estados Unidos sería China. Casi todos los analistas decían lo mismo. Luego se ha confirmado que es así, aunque el gigante asiático sea la segunda potencia económica mundial y Rusia la segunda en lo militar.

Quien marcó un antes y un después fue el propio Donald Trump, que en 2017 declaró oficialmente a China «competidor estratégico». Al año siguiente, un agente de la CIA dedicado a la vigilancia de Asia aseguró, en un informe para Trump, que dicho país ya era el gran rival. Al mismo tiempo, el director del FBI, Christopher A. Wray, dijo que su amenaza había sido silenciada, pero que ese silencio le había servido para ir avanzando poco a poco.

Fue en 2021 cuando la CIA creó el China Mission Center, una especie de organismo que se dedicaba al control de todo lo que tenía que ver con el gigante asiático. No se sabe mucho sobre el origen de este conflicto, pero hay una fecha clave: el viaje a China del presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, entre el 25 de junio y el 3 de julio de 1998. Por aquel entonces, los servicios de inteligencia ya habían puesto una fecha para el momento en el que el país sería, junto con Estados Unidos, la gran potencia mundial: 2025. ¿Casualidad? Lo dudo...

En ese viaje, además, Clinton trató de mantener una relativa cercanía con Jiang Zemin, puesto que estaba claro que ambas potencias se necesitaban. Al mismo tiempo, el líder estadounidense

demostraba su apoyo a Taiwán, isla a la que Estados Unidos sigue respaldando en su lucha independentista. Además, en ese viaje los estadounidenses dejaron clara su alianza con Corea del Sur, que se encuentra en un estado de constante amenaza por parte de Corea del Norte, que, a su vez, está del lado de China y, por lo tanto, frente a Estados Unidos. Pero además de las cosas que se ven, ocurren otras que fortalecen una diplomacia más discreta, pero severa.

Cuando se produjo la visita de Clinton a China, estábamos viviendo la terrible y brutal guerra civil de la antigua Yugoslavia. El 7 de mayo de 1999 se produjo uno de los bombardeos de la OTAN en Serbia. Estados Unidos envió un B-2, uno de los aviones de guerra más avanzados e indetectables por radar; un tipo de avión que solo se usa en operaciones de gran calado. Al parecer, los equipos de Estados Unidos habían detectado varias bombas en el interior de un edificio. Luego se dijo que había sido un lamentable error, pero cuesta creerlo. Meses después, justo tras la toma de posesión como presidente de George Bush —nos situamos, pues, en enero de 2001—, un avión espía estadounidense fue derribado sobre China y sus más de veinte tripulantes acabaron en cárceles del país. Tras unos días retenidos, fueron repatriados.

Durante la Guerra Fría, todo el mundo veía a la URSS como un infierno y a sus habitantes como malos malísimos, científicos locos, políticos maquiavélicos, personas frías, ateas y con poco sentido humano de la sociedad. Retazos de esa imagen se han fomentado por el propio Trump en relación a China, y en su primer mandato repitió mucho eso del «virus chino». Recordemos que fue Steve Bannon, el asesor del presidente y su estratega en aquel momento, el responsable directo de dar a conocer el testimonio de aquella científica que trabajaba en un laboratorio oficial de Wuhan desde

donde, supuestamente, se escapó el virus. Por las razones que sean, esta teoría —valdría la pena analizarlo desde el campo de la sociología— llegó a aceptarse y gran parte de la sociedad le dio validez, pese a que la comunidad científica no la respaldaba.

La relación con China, y con todo el mundo, cambió el 2 de abril de 2025. Trump llamó a esa jornada Día de la Liberación. «Es uno de los días más importantes en la historia de Estados Unidos: es nuestra declaración de independencia económica», afirmó el presidente.[2] Para ponerla en práctica, puso en vigor la orden ejecutiva 14257, mediante la cual se comenzaban a imponer unos aranceles distintos a cada país. Su sentido paranoico de la realidad lo llevaba a pensar que todos los países se estaban aprovechando de Estados Unidos, especialmente China y los de la Unión Europea. A cada uno de esos países se les aplicaba un porcentaje universal del 10 %, más el porcentaje recíproco que les correspondía.

En el caso de China, se impuso un arancel del 125 %, aunque luego se redujo y finalmente se estableció en el 30 %. Todos los impuestos han resultados cambiantes y se han convertido en la carta que usa Trump para negociar, en una especie de chantaje y castigo. El caso más sorprendente se produjo en agosto, cuando subió al 50 % los de la India debido a que el país compraba petróleo a Rusia. Un castigo.

Oficialmente, lo que se busca con los aranceles es conseguir dinero para el Estado. No dejan de ser un impuesto con el que tratar de reactivar la economía del país. Y es que, en realidad, no son más que una medida proteccionista y nacionalista.

Los nuevos impuestos de Trump eran tan altos que podrían resultar en una subida de precios y en un descenso inmediato de las exportaciones. En este caso, el asunto era de una gravedad extrema: muchas de las empresas estadounidenses fabrican en

China, de modo que tenían que subir los precios a sus propios productos.

La cuestión más importante aquí es la balanza comercial entre los dos países. China exporta 438.000 millones de dólares a Estados Unidos, mientras que Estados Unidos «solo» exporta 143.000 millones.

La decisión de Trump causó de inmediato una convulsión mundial. Tanto en Europa como en Estados Unidos se produjo un enorme cataclismo en los mercados bursátiles y volvieron los ecos de una crisis económica mundial como la que empezó en 2008.

Semanas después del Día de la Liberación, llegaron diferentes bajadas de aranceles, aplazamientos, negociaciones particulares con cada país... Los cambios fueron bruscos y permanentes. Es imposible aportar ahora ninguna cifra exacta, porque las medidas cambian a cada instante (lo que comente hoy como nuevo, pasará a ser viejo mañana). Pero la cuestión es que esos aranceles provocaron que el reinado de Trump dejara de ser folclórico y pasara a ser algo muy grave que da mucho miedo. Supusieron el final de la «broma» y el comienzo de algo muy serio —aunque, en realidad, siempre fue algo muy serio.

Los efectos de la crisis de 2008 se extendieron durante casi una década, a lo que hay que sumar la pandemia, que supuso una nueva extensión de aquella. Durante la guerra arancelaria, China mantuvo una enorme tranquilidad ante las numerosas subidas y bajadas de Estados Unidos. Xi optó por un comportamiento muy característico del país: la paciencia. Es, precisamente, lo que le falta a Trump: su impulsividad rompió el saco de su avaricia.

Algunos estudiosos señalan que Estados Unidos está agachando la cabeza con China. Que Trump no se había tomado en serio a este país hasta ahora. Niall Ferguson, uno de los grandes historiadores

del mundo, publicó un análisis en esta dirección en *The Times* en marzo de 2025.[3] Allí remarcaba que la contención con China se está convirtiendo en una serie de pactos entre Irán, Corea del Norte y China —y Rusia, que está ahí en medio, a veces parece que está de ese lado y a veces del otro—, que están creando un eje. Recordaba también que algunos jefes de la CIA llegaron a plantear la existencia de un conflicto bélico con telón de fondo en Taiwán. China dispone de cuatrocientos noventa satélites, miles de drones y la tecnología más puntera. Además, ha creado en silencio la tecnología de inteligencia artificial más avanzada del mundo, al igual que en la significativa carrera espacial ha logrado poner a varios astronautas en el espacio y una nave en la cara oculta de la Luna. Mientras la NASA y la Agencia Espacial Europea prometen que tienen planes, los chinos están llevando a cabo esos mismos planes sin anunciarlos mucho y sin alharacas. Es algo así como una política de hechos consumados. «Trump es un trilero que destruye las reglas porque sabe que no puede ganar lo suficiente dentro de ellas y está perdiendo frente a una China que ha sabido adaptarse y aprovecha el sistema de manera eficaz», señala Máriam Martínez-Bascuñán.[4]

Finalmente, el 11 de junio, China y Estados Unidos cerraban un nuevo acuerdo entre los dos países. Dicho acuerdo regulaba un nuevo marco comercial tras las implosiones provocadas por la puesta en marcha de los aranceles. El flujo entre ambos países es el mayor de la historia de la humanidad. A nadie le sorprenderá ya que Trump mienta.

En realidad, la chulería que muestra con otros países —especialmente con los latinoamericanos y con Europa— se la come con China. No puede vender a la opinión pública que gana por goleada. Entonces, hace y dice lo que quiere, de modo que, para él,

la verdad es una cosa secundaria que siempre está por debajo de su relato.

1798 (formas de atacar a los inmigrantes)

«¿Por qué queremos a toda esta gente de países de mierda aquí?».[1]

En 1789, el mundo cambió con la Revolución francesa. Desde entonces, se produjeron una serie de modificaciones en la organización social que marcaron, y marcan, un antes y un después. Fue entonces cuando nuestra sociedad empezó a adquirir la forma que tiene ahora.

Fue uno de los momentos más importantes de la historia de la humanidad.

En esa época, Estados Unidos libraba su «casi guerra» contra Francia. En el contexto de este enfrentamiento, nueve años después de la Revolución, en 1798, se dictó una ley que permitía al presidente detener o deportar inmigrantes en tiempos de guerra, si bien el concepto de guerra se extendía a todo lo que se considerara una invasión o amenaza.

Esta ley solo podía ponerse en práctica si el «enemigo» tenía más de catorce años o no estaba nacionalizado. Tras ser invocada en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial para expulsar a personas de origen alemán, austrohúngaro o japonés, los especialistas siempre han considerado que es una norma que vulnera el derecho a la defensa y que no ofrece garantías al deportado.

Esta norma está trasnochada, pero a alguien se le olvidó anularla. Cuando comenzó esta época nuestra tan negra, alguien le susurró al oído al presidente de Estados Unidos que había una ley a la que se podía recurrir para expulsar a extranjeros.

Trump se guardaba este as en la manga.

El presidente invocó esa norma para facilitar la expulsión de miembros de la banda Tren de Aragua, una red criminal extendida por varios países y que, según Trump, tiene vínculos con el Gobierno de Maduro, en Venezuela. Antes de comenzar la oleada de deportaciones, Trump incluyó a Tren de Aragua en la lista de organizaciones terroristas.

Al figurar en esa lista, es mucho más fácil argumentar el estado de guerra, ya que Estados Unidos declaró la guerra al terrorismo tras el 11-S, en el año 2001. Y utilizando este argumento es mucho más sencillo conseguir la aprobación de la justicia para poder trasladar a los inmigrantes al Cecot, en El Salvador. Todo estaba muy preparado...

En el momento de escribir estas líneas, la ley ha sido usada 238 veces —en total, hasta cinco mil personas han sido conducidas hasta su origen— para expulsar a estos venezolanos, pero las cosas son tan anormales que, en vez de ser devueltos a su país, se han enviado a El Salvador, a la cárcel de máxima seguridad que construyó su presidente, Nayib Bukele.

En casi ningún caso los deportados habían cometido delito alguno, pero eso no importaba. Se trataba de deportar por deportar. Parece que ambos, Trump y Bukele, disfrutaron de ese acuerdo. No tenía ningún sentido. El juez Boasberg, de Washington, tampoco debió de encontrarle sentido alguno a esta práctica. Logró paralizar el proceso y detener la salida del país de uno de los detenidos, por lo que todo quedó a la espera de la decisión del Tribunal Supremo.

El Tribunal Supremo es el órgano judicial más importante de Estados Unidos. Desde hace algún tiempo, la mayoría conservadora en las cámaras se ha traducido, lógicamente, en una orientación conservadora. Esta tendencia existe desde los años sesenta y hasta la actualidad: de nueve jueces, tres son progresistas y seis

conservadores. Aunque hubo matices, el Tribunal Supremo autorizó y validó la decisión de Trump. De ese modo, en 2025 se daba por buena una ley de 1798. El anacronismo es más que evidente...

La situación más preocupante se produjo con el caso de Kilmar Armando Ábrego García. Este hombre fue detenido y, al ser considerado violento e indocumentado, se determinó su expulsión del país. Sin embargo, el Gobierno estadounidense decidió detener la deportación poco después, pero el juez dijo, más o menos, cuando se dio la orden, que ya no podía hacer nada, que Kilmar ya iba camino a la cárcel. Mientras tanto, desde El Salvador también decían: «Ya está aquí, es tarde, lo siento...».

Pese a ser como era, lo que se sabía de él no lo convertía en ningún delincuente. Vivió una época en la que la violencia era extrema en El Salvador. Su padre era taxista y su madre tenía un puesto de tortillas. Ambos lo ayudaron a salir del país y se estableció en Maryland.

Allí fue padre en dos ocasiones. Lo detuvieron junto con otras dos personas. Alguien lo había acusado de formar parte de MS-13 (Salvatrucha), la mara responsable de gran parte de la violencia en su país de origen. Durante el proceso se determinó que aquel hombre era un pobre diablo, pero no un pandillero ni un peligroso asesino. Entonces el juez le concedió un estatus especial, según el cual no podría ser extraditado, pese a que había tenido comportamientos violentos y agresivos contra su mujer.

Aunque su mujer justificó su conducta, su esposo fue detenido y enviado al Cecot. En unas fotos de los nuevos presos, su mujer lo pudo identificar. Ya era tarde...

Para justificar su deportación, Trump mostró algunas fotografías que certificaban su pertenencia a las pandillas. Tenía tatuados en sus nudillos una hoja de marihuana y un rostro. No había ningún

otro indicio. Solo por sus tatuajes se determinó que era uno de los malos. Ya cuando todos habían metido la pata hasta el fondo, nadie se echó atrás. Para disimular, se lo llevó a otra cárcel con mejores condiciones que el Cecot. «Quizá sí o quizá no», dijo el juez conservador J. Harvie Wilkinson III respecto a su pertenencia a una mara.[2] Y se quedó tan pancho. Así funciona este maldito mundo: el IV Reich puede mandar a alguien al infierno y le importa un comino, la verdad. Finalmente, tras muchos giros de guion, Kilmar fue devuelto a Estados Unidos. Ese es, al menos, el penúltimo capítulo. Seguramente, cuando estas líneas vean la luz se habrán escrito varios episodios más...

En septiembre de 2025 se produjo un aumento de la tensión en el conflicto entre Venezuela y Estados Unidos. Un mes antes, los miembros del Tren de Aragua fueron entregados a Venezuela tras su paso por El Salvador, en lo que parecía una operación exitosa de la diplomacia venezolana. Sin embargo, poco después, aduciendo que había un riesgo real para la seguridad nacional de Estados Unidos —un argumento que, legalmente, le permite a Trump hacer muchas más cosas—, el ejército estadounidense bombardeó varios barcos que, supuestamente, portaban droga con destino a sus propias costas. Al mismo tiempo, Trump colocó cerca de Venezuela varios barcos de guerra y acusó al presidente, Nicolás Maduro, de encabezar las bandas de narcotraficantes de su país.

Con cada palabra que escribo me viene a la mente algo más...

En esta ocasión me acuerdo de la cárcel de Guantánamo, en Cuba, una prisión que usó George Bush durante su gobierno. Todos los presos estaban acusados de ser terroristas. Poco después, WikiLeaks filtró unos expedientes que mencionaban las torturas a las que estos eran sometidos. Desconocemos si hoy sigue activo el documento, pero el expediente señala que todos los presos que

fueran enviados a Guantánamo pasarían este «examen», que también se practicó durante el primer gobierno de Trump. En total, ha ordenado que estén preparadas treinta mil camas para posibles reclusos.

Según el documento de WikiLeaks, los presos eran tratados como perros a los que había que someter a padecimientos inenarrables: «El objetivo es provocar desorientación y desorden de los sentidos», afirmaba el expediente.[3]

Conviene no olvidarnos de ciertas cosas. Trump era el mismo desnortado y la misma mala persona en su primer mandato que en el de ahora. No es que su locura fuera menor, es que no lo acompañaban tantos locos como ahora. Esto lo digo porque, por aquel entonces, también estuvo obsesionado con los inmigrantes. En 2018 firmó una orden ejecutiva mediante la cual su política de «tolerancia cero» contra los sin papeles provocó que se separara a niños de sus padres y... ¡los encerraran en jaulas!

Aunque en la segunda campaña electoral Trump efectuó algunas de las declaraciones más que terribles contra los inmigrantes, él y sus seguidores, tanto fuera como dentro de Estados Unidos, afirmaron que, en realidad, está en contra de la inmigración ilegal, no de la inmigración en sí. Esa distinción la hace para evitar comentarios que lo acusen de racismo, aunque, visto lo visto, es ya muy difícil de evitar...

El Trump de 2016 protagonizó discursos muy duros contra los extranjeros, pero en una de sus primeras entrevistas en medios «explicó» muy claramente cómo funciona la comunicación política. Sabe que la realidad hay que fabricarla, algo que en este IV Reich se hace muy bien. Para ellos, quien maneja el relato maneja la realidad. A veces, la razón de las mentiras que crean escenarios es extender

ideas y conceptos. Y esas ideas y conceptos deben ser emocionales, de impacto, expresados con pocas palabras, pero con mucha fuerza.

Durante su primer mandato, las cifras de deportaciones fueron abrumadoras. Según diferentes estadísticas, entre 2017 y 2020 se llevaron a cabo 1,5 millones de deportaciones. El ritmo fue mayor al principio de su presidencia: veinte mil en la primera semana. Luego disminuyó su intensidad, pero en los primeros cien días deportó de Estados Unidos a 150.000 personas. En el momento de escribir estas líneas, todavía no hay cifras definitivas de su segundo mandato, pero los datos estiman que quizá se multiplique por cinco o seis el número de expulsados.

La verborrea de Trump —que en no pocas ocasiones genera hilaridad— ha deparado momentos para enmarcar, aunque también ha despertado vergüenza ajena. Esto lo digo porque asistí, la noche del 10 de septiembre de 2024, al debate entre Kamala Harris y Donald Trump. En ese acto, el ahora presidente estuvo más ágil, rápido, enérgico y soez que su rival.

Mientras lo estaba viendo, leía en redes sociales los diferentes comentarios de miles de personas. Este tipo de interacción está provocando que los periodistas estemos inmensamente conectados todo el tiempo. Es algo que nos puede emborrachar de datos, pero en nuestro haber está el saber manejarnos y discernir entre tanta información. En mitad del debate, de repente, todos nos preguntamos si habíamos oído bien.

Trump acababa de decir que los inmigrantes haitianos comían gatos.

Parece increíble, pero sí, lo dijo.

Trump, junto con su número dos, Vance, llevaban varias semanas diciendo eso en diversos comunicados. El hecho real era que se habían producido diversos robos de animales, y la posterior fantasía

—ridícula, pero creada por estos dos personajes— se desarrolló en torno a la idea de que los ladrones —que, por supuesto, eran inmigrantes— se los habían comido.

Los hechos habrían ocurrido en la localidad de Springfield, en el estado de Ohio. No es casual que fuera ahí: Ohio es uno de esos «estados bisagra» esenciales para las elecciones estadounidenses. Trump lo sabía. Además, contaba con una serie de mitos y leyendas sobre el tema que ya estaban asentados entre los habitantes de ese lugar. Con aquel comentario, provocaba enervar aún más a quienes se los creían.

De los haitianos se dice en Ohio que hacen rituales y que comen animales. Cuando Trump dejó la presidencia por primera vez, ya había dicho que su lucha estaba justificada, ya que había inmigrantes —los haitianos, por ejemplo— que contagiaban y propagaban enfermedades. De hecho, Musk también lo había afirmado en varias ocasiones. Cosas que tienen los matrimonios: aunque se rompan, están unidos por las tonterías que han hecho y dicho.

No hay ninguna prueba ni sospecha sobre las acusaciones a los haitianos. No es más que una leyenda urbana que, al igual que muchas otras —que ya analicé en el libro *Mentiras populares*—,[4] está vinculada con el nacionalismo y las tendencias proteccionistas del ser humano. Al igual que Hitler seguía las indicaciones del libro *Los protocolos de los sabios de Sion*, gran parte de las estrategias de Trump consistían en fomentar el odio contra los inmigrantes, aunque fuera a base de decir cosas tan ridículas como la de que los haitianos se comen a los gatos.

Cuando lo dijo, me acordé de una ilustración de 1898 que fue publicada en *Judge*, un periódico de Estados Unidos. El dibujo, titulado «El salvaje español», mostraba a un español sujetando un

cuchillo tras haber mordido a otra persona.[5] Era una época en la que interesaba subrayar lo perversos que éramos. Dimes y diretes hirientes que no tenían más objetivo que extender la idea de que era necesario ir a la guerra contra los españoles en Cuba. Y lo consiguieron.

Durante el nazismo, un vecino podía delatar a otro si sospechaba que era judío. La época de Trump ha revivido esas mecánicas. Tal es el odio que se ha insertado en el corazón de la gente, que delatar al vecino se ha convertido en un servicio casi religioso, en un deber místico. Quien participa de esta salvajada contra los inmigrantes se siente parte de un plan divino.

En su obra *Psicopolítica*,[6] el filósofo coreano Byung-Chul Han analiza el concepto de sociedad disciplinaria. Es un tipo de organización social que se está extendiendo, y la sensación es que la vida está regulada y que nos controlan, sean quienes sean —aunque en realidad somos nosotros mismos—. El ser humano, según Han, se estaría autoexplotando. Sin embargo, cuando esa vigilancia deja de ser laboral o personal, pasa a ser política. Lo llama «poder disciplinario»: «El topo es el animal de la sociedad disciplinaria», señala Han.[7]

Se trata de una idea con la que podemos analizar mejor las normativas impuestas por legisladores republicanos de Misisipi o Misuri: unas leyes que establecen una recompensa de mil dólares para aquellas personas que aporten datos que sirvan para identificar a personas que no tienen sus papeles en regla. Una invitación a llevar a cabo una cacería humana: las cazas de brujas medievales, pero en pleno siglo XXI...

Existe incluso la posibilidad de autodeportarse. Trump lo llama «salida voluntaria». Es recomendable, según afirma, porque de esta manera se evita ir a la cárcel o someterse a los interrogatorios —o a

los golpes, añado yo— de los funcionarios. La salida voluntaria, en algunos casos, puede ayudar a preservar la opción de reingresar legalmente en el futuro. En la web oficial del Departamento de Estado de Estados Unidos, un artículo de mayo de 2025 informa a los inmigrantes ilegales de las «ventajas» de la autodeportación: «La deportación voluntaria es una forma digna de salir de Estados Unidos y permitirá a los extranjeros ilegales evitar ser detenidos por el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos (ICE)». Unas líneas después, se puede leer: «Un inmigrante ilegal al que la Administración Biden permitió ingresar en nuestro país utilizó recientemente el programa para recibir un boleto para un vuelo de Chicago a Honduras. Ya se han reservado más boletos para esta semana y la próxima».[8]

En esta época distópica en la que vivimos, el Departamento de Seguridad Nacional señala que para autodeportarse es necesario no tener antecedentes penales graves, demostrar «buen carácter moral» —no sé a qué se refieren con esa expresión—, tener capacidad financiera para cubrir los gastos del vuelo —una cosa es ser autodeportado, otra cosa es que salga gratis—, un pasaporte en vigor...

Las normas son realmente angustiosas. Incluso aunque se vaya voluntariamente, el extranjero no puede volver a Estados Unidos durante diez años...

¡Ah!

Al menos, te pagan mil dólares. Sin comentarios.

El plan Kalergi

«El mes pasado no entró nadie a nuestro país, echamos a muchos delincuentes que llegaron con Biden, y ustedes están permitiendo que esto les pase a sus países, tienen que detener esta horrible invasión que está ocurriendo en Europa».[1]

Se está produciendo un viraje hacia posiciones conservadoras en todo el mundo. Esto no sería ningún problema —ser progresista o conservador es lícito— si esas posiciones no derivaran en afirmaciones falsas que encuentran respaldo en una sociedad que acepta una visión del mundo también falsa.

En todo el planeta, pero especialmente en Europa, se está extendiendo un relato que señala el fenómeno de la inmigración como parte del plan de ciertas «élites» —nadie ha explicado cuáles son ni a quiénes se refieren con esa expresión— para sustituir a la población blanca y judeocristiana por negros o musulmanes.

Los actos organizados por la Conferencia Política de Acción Conservadora (CPAC), un movimiento que es algo así como la Internacional fascista, tienen mucho que ver con esta trama. Al lector de este libro le sonará el nombre porque, como ya vimos, durante la celebración de una de sus reuniones —efectuada pocos días después de la primera victoria de Donald Trump— varios de sus máximos representantes efectuaron el saludo nazi. Nada es casualidad.

Para conocer el nacimiento de este relato, es necesario bucear en el origen de la teoría del «gran reemplazo». Esta teoría de la conspiración, aunque mayormente desconocida, ha tenido una fuerte influencia en la sociedad. Se ha impuesto en diferentes países un discurso, visceral y que ignora el contexto, contra la inmigración. Como ya hemos visto, esta es una de las características de

movimientos de este tipo: nutrirse del impulso emocional y de la descontextualización.

El origen del «gran reemplazo» tiene que ver con Richard Coudenhove-Kalergi, un conde y pensador paneuropeo que se puede considerar como precursor de la actual Unión Europea. Sin embargo, sus ideas han sido profundamente tergiversadas. El plan Kalergi lleva su nombre y lo considera como uno de los grandes pensadores del movimiento, pero su plan para sustituir a la población nunca existió. Abogaba, tal y como expuso en su libro *Pan-Europa*,[2] por la creación de algo parecido a los Estados Unidos de Europa.

Todo se empezó a distorsionar dos años después de la publicación del libro, cuando publicó otro título, *Idealismo práctico,*[3] donde hablaba de la existencia en un futuro próximo de una raza mestiza originaria de África y Asia. Dicha idea es una reflexión sobre el futuro, una teoría, pero en ningún momento fue la exposición de un plan urdido por la Unión Europea para sustituir a la población.

Sin embargo, todos los defensores de la teoría del «gran reemplazo» —Abascal en España, Salvini en Italia u Orbán en Hungría— afirman que es un plan que existió y que sigue desarrollándose hoy día.

El culpable de esta distorsión fue un escritor neonazi llamado Gerd Honsik. En su libro *Adiós, Europa. El plan Kalergi, un racismo legal*,[4] Honsik afirmaba que la Unión Europea planeaba traer a muchos inmigrantes para convertir a los blancos en una minoría. De ahí lo del gran reemplazo. El autor, que también es un negacionista del Holocausto, sostiene que al frente de ese plan estaba la familia Rothschild (una familia de millonarios de origen judío que desde el siglo XVIII tiene una enorme influencia en las grandes instituciones mundiales) y... George Soros, el icónico enemigo número uno de los movimientos conservadores extremistas.

El término «gran reemplazo» fue empleado por primera vez en 2012 por el escritor francés Renaud Camus. Con él se refería a la supuesta conspiración para acabar con la civilización europea. Pero aún hay más. El objetivo del plan sería lograr que la gente fuera más obediente. ¿Cómo? Pues porque, según ellos, los inmigrantes suelen ser más sumisos. Aunque el origen de esta teoría es totalmente nazi, su extensión ha calado hondo en sectores sociales alejados del nazismo. Ahí está el gran problema: que se apoyan teorías nazis sin saberlo.

Arremeter contra los extranjeros es la base de la ideología de Trump. Habla de «invasión». Además, en la campaña electoral de 2024 hizo declaraciones realmente agresivas contra los inmigrantes, a los que calificaba de enfermos mentales y violadores, y los vinculaba con el tráfico de drogas. Llegó a sugerir —no hay pruebas de ello ni ha pasado nada similar, por supuesto— que países extranjeros sacaban a los peores presos de la cárcel para mandarlos a Estados Unidos. Hacía lo que tantas leyendas urbanas hacen: inventarse historias, crear un mito y una narrativa falsa que entroncan con un miedo social. De esta manera consiguen insertar una idea y un relato en la población, y el resto se hace solo. Su estrategia ha adquirido tal grado de perversión que a esa leyenda urbana hoy la llamamos *hoax*, pero es lo que es: leyenda y... mentira.

Trump aseguró que las políticas de asilo permitieron la entrada de asesinos en Estados Unidos. Ocurrió en 2024, después de su juicio por falsificación de documentos. Esto multiplicó el interés por sus palabras. Echó, para variar, la culpa a Joe Biden: «Está dejando que entren en nuestro país millones de personas que salen de cárceles, de prisiones, de manicomios, de instituciones mentales, y traficantes de drogas».[5] Uno de los muchos grupos que se dedican a verificar

las informaciones transmitidas por líderes políticos, PolitiFact, señaló que no hay ninguna evidencia de que tal cosa ocurriera.

Al igual que hizo Hitler con los judíos, Trump define a los inmigrantes como personas genéticamente malas. En numerosas ocasiones ha señalado que los inmigrantes tienen la maldad en la sangre y que son criminales por naturaleza. «Está en sus genes», aseguró en el programa independiente de radio *The Hugh Hewitt Show:* «Tenemos muchos genes malos en nuestro país ahora mismo».[6] Afirmaba que todo esto estaba provocando que la sangre estadounidense se estuviera contaminando. Desde luego, dichas afirmaciones son muy nazis, pero a Trump le importa un comino esa comparación. No es —que sepamos— admirador de Hitler. Al menos, no hay ninguna declaración que lo demuestre explícitamente, pero muchas de sus ideas podrían haber salido de la boca del líder nazi.

Ya antes de la campaña electoral había afirmado cosas de ese estilo. Por ejemplo, en un mitin en New Hampshire celebrado el 16 de diciembre de 2023 aseguró que las nuevas políticas de inmigración habían facilitado la entrada de quince millones de personas peligrosas: «Cuando hacen eso, tenemos mucho trabajo que hacer. Están envenenando la sangre de nuestro país». En otro mitin celebrado en Iowa, afirmó: «Están arruinando nuestro país y es verdad que están destruyendo la sangre de nuestro país. Eso es lo que están haciendo».

Lo que sí está claro es que sus afirmaciones hielan la sangre. Evidentemente, no la contaminan, pero nos dejan de piedra. Y nos hacen preguntarnos qué demonios está pasando para que alguien como él tenga tanta repercusión y se haya convertido en el líder del mundo.

La teoría de los caballos de carreras

«Si te juntas con perdedores te conviertes en un perdedor».[1]

«America First». Esta frase es una de las que repite Donald Trump de forma constante. Es un mantra con el que pretende mostrar las preferencias de los estadounidenses. Su ideología es extremadamente nacionalista: el eslogan —y el movimiento que encabeza— es MAGA: «Make America Great Again». En español diríamos algo así como: «Hagamos que América vuelva a ser grande». Una vez leí que está convirtiendo la ideología del Partido Republicano en la del MAGA. Y es verdad. En cierto modo, es una forma de decir que sus ideas van más allá de su partido. Trump representaría al Partido Republicano 2.0 y MAGA sería esa nueva etapa.

No es un lema original. Ronald Reagan, a quien seguramente podemos considerar el más importante de todos los presidentes republicanos de la historia de Estados Unidos, ya usó algo parecido en 1980. Al igual que Trump, no era un político, o no solo. Era un actor —bastante malo, por cierto— que había encaminado su carrera a otro sector y que usaba sus dotes para representar un Estados Unidos diferente, un país superior formado por gente superior. Sin embargo, algunos presidentes del otro lado del espectro político —Bill Clinton, por ejemplo— también han usado un lema similar. Y es que no deja de ser un eslogan que viene a decir que Estados Unidos ha perdido su papel y su relevancia históricos y que, quien se apropia del lema, los va a recuperar. Por cierto, el país jamás ha

perdido nada, pero la posverdad siempre hace creer que las cosas van mal.

Esa retahíla de que hemos dejado de ser tan grandes o importantes como en épocas pasadas es algo que repiten muchos líderes de distintos Estados en la actualidad. Es una idea que nos remite a un pasado supuestamente mejor y que está profundamente arraigada en el supremacismo. Para Donald Trump, el estadounidense es un ser superior que debe estar a la cabeza de todos los seres. Para él, el estadounidense alumbra al resto y está un escalón por encima. Es por ello que considera necesario proteger al país de los que vienen de fuera, de los que podrían contaminar la sangre estadounidense.

No deja de ser un planteamiento muy similar al del alemán ario de un pasado casi mítico, heredero de un tiempo y de una raza superiores. «Ustedes tienen buenos genes. Lo que importa son los genes, ¿no creen? Es como la teoría de los caballos de carreras, ¿acaso piensan que somos tan diferentes de estos animales? Ustedes tienen buenos genes en Minnesota», dijo a los asistentes de un mitin en el año 2020.[2] La teoría a la que se refiere afirma que hay que aparear a los mejores caballos de carreras con otros ejemplares de su especie para mejorar o preservar sus características y mantener su valor.

Una teoría que fácilmente se convierte en racismo cuando el animal a preservar es el ser humano. En este caso, nos adentraríamos en el pantanoso territorio de la eugenesia. Esta corriente, nacida a finales del siglo XIX de la mano de pensadores como Francis Galton, primo de Darwin, defendía una idea errónea sobre la teoría de la evolución. Con ella nacieron conceptos que justificaban el racismo y el determinismo genético. Evidentemente, sus propuestas no tienen ninguna base científica. Eso sí: cuando se

aplica a la política, puede ser una estrategia muy rentable para ganar votos, pero sigue siendo muy peligrosa para la humanidad.

En agosto de 2025, la actriz estadounidense Sydney Sweeney salió en una serie de anuncios en televisión para promocionar tejanos que, según no pocas voces, eran una apología de la eugenesia.

La actriz es rubia y de ojos azules: «Mi cuerpo está determinado por genes», decía en el *spot.*[3] La campaña publicitaria causó revuelo; la polémica se hizo mayor cuando trascendió el hecho de que la actriz estaba registrada como votante republicana.

«Es el anuncio más sexi que hay», dijo Trump, para calentar aún más el asunto.[4] La marca de vaqueros que anunciaba, American Eagle, tuvo que emitir una nota en la que se desligaba de la polémica y en la que aseguraba que solo se estaba refiriendo a los vaqueros, pero lo cierto es que Trump volvió a aprovechar la ocasión para dejar clara su postura sobre el asunto.

Uno de los primeros países en practicar la eugenesia fue Suiza, en el año 1928, aunque después otros también la llevaron a cabo, como Suecia, que esterilizó a más de sesenta mil enfermos mentales. Los calificaban como personas de calidad racial baja. Aunque no era algo del todo nuevo. «En Estados Unidos se esterilizó forzosamente a cincuenta mil personas entre 1909 y 1970, en su mayoría mexicanos, homosexuales, epilépticos o retrasados mentales con un cociente intelectual por debajo de setenta», escribe Juan Eslava Galán en una obra inmensa y monumental llamada *Enciclopedia nazi contada para escépticos*.[5] «También Churchill fue partidario de la eugenesia activa: [argumentaba que] el crecimiento nada natural de las clases insanas y débiles mentales, sumado a la incesante reducción de las clases fuertes y saludables, constituye una amenaza a la raza y a la nación que no podemos exagerar», decía. «Los nazis, desprovistos como estaban de escrúpulos, idearon un Estado

biopolítico y fueron un paso más lejos en los dos posibles sentidos: asesinando a los tarados titulares de una vida que no merece ser vivida... y fomentando la fecundación de hembras de fina estampa aria por garañones rubios de calidad racial óptima», resume Eslava Galán.

En España hubo algún intento de ese corte y pelaje. Corría el año 1937 y el psiquiatra franquista Antonio Vallejo Nágera escribió en su libro *Eugenesia de la hispanidad*: «La raza, que no quiere estar subyugada por los inferiores y débiles de cuerpo y de espíritu, debe engrandecer los biotipos de buena calidad... La nación que quiera velar por el porvenir de su raza debe crear una aristocracia eugenésica, tanto en la esfera corporal como en la espiritual y moral».[6]

La periodista Mónica González me habló de Ravensbrück, un campo de concentración situado a noventa kilómetros al norte de Berlín, al que fueron enviadas mujeres españolas —cuatrocientas, para ser exactos— que llegaron hasta allí, hacinadas en trenes de la muerte. Según los cálculos efectuados por los historiadores, 132.000 mujeres pasaron por el también llamado «puente de los cuervos». Mónica me contó que se utilizaba a los presos como cobayas humanas, se les amputaban las piernas y se les volvían a coser para ver cómo cicatrizaban, les arrancaban los globos oculares... En definitiva, se les hacían todas las perrerías posibles para saber si eran capaces de soportar el dolor. Ravensbrück era un lugar brutal, frío, formado por barracones hechos de madera en donde las mujeres estaban hacinadas, apiladas unas encima de otras.

Entre aquellas mujeres estaba la española Neus Català, que se había exiliado de España durante la guerra civil y acabó formando parte de la resistencia francesa contra los nazis. Su casa se convirtió en punto de encuentro de los que formaban parte de las redes de

resistencia a la ocupación de Francia por Alemania. La Gestapo, la policía política de Hitler, la detuvo en 1943 y fue enviada a Ravensbrück.

Allí la despojaron de su nombre y le dieron un número. Le quitaron su identidad para convertirla en la presa 27534. Y es que eso somos para quienes gobiernan nuestro destino: cifras, somos cifras. A los militares nazis que dirigían aquella cárcel de odio les era más fácil arrastrar a la número 27534 por el suelo, golpearla y castigarla que hacérselo a una persona con nombre propio... Eso es la deshumanización: la mejor forma de destruir a tu rival es quitarle características humanas.

En una entrevista para La Sexta Noticias emitida en 2012, Català recordaba que, cuando se echaba a dormir, después de duras jornadas de trabajo entre golpe y golpe, deseaba no volver a despertarse. Su sueño era dormir para siempre. «A la enfermería no había que ir ni con fiebre, porque hacían experimentos. Y a los niños, cuando nacían, los tiraban contra la pared. Los golpeaban en la cabeza y luego los ahogaban».[7]

Todas las mujeres fueron usadas como cobayas en los crueles experimentos nazis. Hitler había usado como abrigo para ello una norma de 1933 que se titulaba *Ley para la prevención de la descendencia de las personas con enfermedades hereditarias*, que no escondía sino una operación de eugenesia para «limpiar» su país de todo aquel que lo incordiaba para convertir el Reich alemán en la patria de los arios. Mediante esta ley, los médicos eran obligados a realizar un cierto número de operaciones de esterilización, ordenadas por los mandos, que establecían cuotas obligatorias. Las víctimas eran pobres, enfermos mentales, sordos... También se esterilizó a los llamados «haraganes», a los que el poder nazi consideraba como débiles.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el uso de esta ley se reactivó. A partir de entonces, las víctimas de ese proceso de «higiene racial» no solo eran los diferentes por raza, sino también los que eran distintos por pensamiento. Más de cuatrocientas mil personas fueron esterilizadas y setenta mil fueron asesinadas. Muchas fueron mujeres, a las que se torturó y se esterilizó mientras estaban presas en los campos de concentración. Mónica González me contó que utilizaban el mismo utensilio para todas: las embarazadas apenas tenían posibilidad de sobrevivir, y sus hijos, menos; hijos que muchas veces eran de los guardianes, porque las violaban. Incluso mataban a los niños delante de las madres.

Pero, como hemos visto antes, en 1921 ya se había implementado una campaña nacional de eugenesia en treinta y tres estados de Estados Unidos, que se ensañó con sordos, ciegos, esquizofrénicos...

Casualmente, los indios y los afroamericanos fueron las principales víctimas de esa salvajada. Y es que, antes de aparecer en Alemania, el nazismo, con otro nombre, pero con la misma conducta, se dejaba ver en leyes como esta. Es un tipo de comportamiento que se ha repetido a lo largo de la historia, al margen de que se asocie a un movimiento determinado. Y, al igual que los nazis consideraban sus campañas de esterilización como un mal necesario, en Estados Unidos presumieron de la norma que impidió a casi medio millón de personas tener hijos. No nos sorprenderá, entonces, que durante los juicios de Núremberg los médicos nazis dijeran que todo lo que hacían lo habían aprendido de las limpiezas étnicas estadounidenses...

Pero si el nazismo como conducta ya existía antes de la Segunda Guerra Mundial, tras la contienda los ganadores mantuvieron viva su llama. A muchos de los científicos y militares alemanes que participaron en la guerra les encargaron llevar a cabo campañas en

diversos países europeos y estadounidenses. Fue el ya mencionado caso de Wernher von Braun, el padre de la aeronáutica alemana, que más tarde se convertiría en el primer gran líder científico de la carrera espacial estadounidense.

Otro de ellos fue Klaus Barbie. Durante la guerra era conocido como «el carnicero de Lyon» —no hace falta explicar por qué—, pero tras la derrota no fue encarcelado, sino que formó parte de los ejércitos secretos de la CIA en América del Sur. Para llevar a cabo sus misiones, que no eran otras que desintegrar las ideologías contrarias a los intereses capitalistas, le cambiaron el nombre y su aspecto. Fue el director de operaciones del Plan Cóndor, que comenzó a ejecutarse en los años setenta. Su trabajo estaba claro: organizar golpes de Estado y dictaduras en diferentes países de América Latina, como Argentina, Brasil, Uruguay, Chile... No fue hasta 1992 cuando se encontraron los papeles y los documentos que lo inculpaban.

Uno de los «hijos» de la Operación Cóndor fue Alberto Fujimori, que llegaría a ser presidente —y más tarde dictador— de Perú. Se educó en Francia y Estados Unidos, y su formación militar tuvo lugar en la Escuela de las Américas, una organización de la CIA con sede en Honduras por la que pasaron muchos de los dictadores que durante aquellos años gobernaron en diferentes países latinoamericanos. Ya en el máximo cargo, en 1995 llevó a cabo un proyecto que se asemejaba mucho a los que ejecutó Hitler. Se llamaba *Ley General de Población.* Fujimori envió a sus médicos a las zonas habitadas por la población indígena. En total efectuaron más de cuatrocientas mil esterilizaciones, sobre todo a mujeres. Estas operaciones se presentaban a las afectadas como solo una revisión médica. Sin embargo, las víctimas eran sometidas a intervenciones sin asepsia ni anestesia, durante las cuales se les cortaban las

trompas de Falopio y se les extirpaba el útero. El genocidio, porque es lo que fue, se llevó la vida de miles de personas e impidió que las supervivientes pudieran tener descendencia. Este plan de control demográfico tenía como objetivo cortar de raíz la subsistencia de muchas poblaciones nativas que, de esta forma, quedaban condenadas a la desaparición.

Años después, grupos de supervivientes y agrupaciones de defensa de los derechos de los indígenas iniciaron una campaña para intentar que se hiciera justicia. Lograron que esta terrible historia se conociera en todo el mundo y que se supiera como las técnicas creadas por los nazis siguieron en vigor gracias a sus herederos políticos, que se presentaban ante sus pueblos con ropajes ideológicos que ocultaban su verdadero rostro. En una primera sentencia dictada en enero de 2014, los jueces determinaron que no había delito en lo que el Gobierno peruano había hecho y que no podía considerarse un genocidio, pero en julio de 2024 se dictó una sentencia clara y condenatoria contra uno de los responsables del proceso por parte de la Sala de lo Penal del Poder Judicial de Lima.

«Todo esto hace que sintamos rechazo ante la especie humana, y que pensemos que no todas las togas son respetables», dije al concluir el reportaje que hice para *La rosa de los vientos* sobre este asunto. Fue uno de los más duros que he realizado. Mientras lo redactaba y preparaba las diferentes grabaciones, me estremecí en no pocas ocasiones. La voz de los maridos que vivieron como sus esposas iban a una simple revisión médica y volvían muertas me llegó al alma, como también lo hicieron aquellas mujeres que siguen luchando en Perú para que se conozca lo que ocurrió. Muchos de los médicos que participaron eran perfectamente conscientes de que se trataba de un genocidio, que, por cierto, parecían defender. Y es que

esa era la filosofía el proyecto de Fujimori: acabar con los indígenas para que su país estuviera habitado solo por aquellas personas que se consideraban de primera, y no por los nativos, que vivían aislados, hablaban lenguas extrañas, tenían costumbres raras...

Pese a que hoy sabemos que Fujimori y sus colaboradores cometieron todo tipo de crímenes contra la humanidad, su figura sigue siendo recordada y admirada por muchos habitantes del país. Y no es algo que ocurra solo allí, sino que en muchas sociedades sigue siendo habitual que los dictadores, aun habiendo sido brutales en sus políticas, mantengan un gran apoyo social. Es por ello que digo y recuerdo, una y mil veces, que no podemos despistarnos ni un segundo, porque actos como los de Fujimori demuestran que estas barbaridades pueden ocurrir en cualquier momento. Y en el Estados Unidos de Trump hay resortes ultranacionalistas y clasistas que han generado el marco ideológico necesario para ir un paso más allá.

Ahora, desde MAGA, se busca impulsar la natalidad. Diferentes sectores próximos a ideas supremacistas blancas han promovido la organización del movimiento NatalCon, que organiza eventos y conferencias pronatalistas en Estados Unidos. Algunos de los participantes han defendido la idea de la reproducción selectiva, la teoría del «gran reemplazo» o proyectos como el de Kalergi.

Dos figuras clave en NatalCon son Malcolm y Simone Collins. Este matrimonio, al encontrar vínculos entre sus ideas y las de Trump, decidieron presentar al presidente una serie de proyectos para aumentar la tasa de natalidad en el país. Una de esas medidas, por ejemplo, consistiría en otorgar medallas a las mujeres con más de seis hijos. Otro de los miembros de la organización es Michael Anton, director de planificación del Departamento de Estado, que promueve políticas natalistas en la administración de Trump. Anton usa

normalmente como ejemplo a Elon Musk, que en el momento de escribir estas líneas ha sido padre en catorce ocasiones.

El evento más importante hasta la fecha de NatalCon ha sido el encuentro que se llevó a cabo el 28 y 29 de marzo de 2025 en Austin, Texas. En esta conferencia hubo ponencias que tenían por objeto informar de las campañas que promueven la natalidad, pero que lo hacen desde un punto de vista cercano a los extremistas: consideran únicamente la natalidad blanca. El organizador del evento fue un hombre llamado Kevin Dolan, conocido por defender la eugenesia y la superioridad de la raza blanca. Pese a que presume de no posicionarse políticamente, dice estar alineado con Elon Musk —que en 2023 afirmó que, si las tasas de natalidad seguían cayendo, la humanidad podría desaparecer— y J. D. Vance. La entrada al evento costaba diez mil dólares, pero, según la organización, la ocasión lo merecía, ya que Jordan Lasker, el principal defensor de la eugenesia en Estados Unidos, iba a exponer sus ideas sobre el tema. Eso no se podía dejar de lado. Tan tétrica era la historia, que se promocionaba también como un encuentro apto para que los solteros encontraran su media naranja.

Entre los responsables del evento de NatalCon en Austin se encontraba Jack Posobiec. El nombre, seguramente, no te diga nada, pero si te cuento que es uno de los responsables de difundir el bulo de Pizzagate..., ¡igual todo encaja!

Pizzagate es la leyenda urbana que más difusión e influencia social y política tuvo en las primeras elecciones que ganó Donald Trump.

En aquel entonces, Posobiec era un oficial de inteligencia de la Marina de Estados Unidos. Se lo conoce por su apoyo a Donald Trump, con quien se «alió» en 2016 tras la filtración de unos mensajes electrónicos de John Podesta, el jefe de prensa de Hillary Clinton.

Según las historias que divulgaron personajes como Posobiec, había una red de pornografía infantil que involucraba a varios locales, y el más importante de ellos era el Comet Ping Pong, una pizzería ubicada en Washington. En los sótanos de ese bar se reunían, según esta teoría, una serie de personas de las altas esferas: políticos, empresarios, jueces...

Se decía que aprovechaban la oscuridad del local para violar, asesinar y traficar con personas, especialmente niños. El bulo creció y creció. Se utilizó como herramienta a favor de Trump. Prometió que iba a acabar con esas cosas. La voracidad de la mentira hizo que se creyera que detrás de la trama estaba una secta satánica que la orquestaba. Y que por encima de todo ello se encontraban los Clinton y algunos políticos del Partido Demócrata.

Jamás hubo una prueba: todo era falso, pero...

Hasta tal punto llegó la mentira, que a un muchacho con problemas psíquicos se le ocurrió ir al restaurante con un fusil. Empezó a disparar. Creía que estaba salvando a la humanidad. Afortunadamente no mató a nadie...

Con un par

«Estados Unidos es, y siempre debe ser, una nación de ley y orden».[1]

A la segunda fiesta de coronación de Trump, muchos presidentes del mundo entero no estaban invitados. Tampoco creo que quisieran estar ahí...

Pero los que sí recibieron una invitación eran un reflejo de lo que circula por la mente de este nuevo monarca y su entorno. Seguramente muchos de ellos se preguntaron qué pintaba allí Mike Tyson. Y no, no pintaba nada, por muy buen boxeador que sea, pero estaba y su presencia era un mensaje.

Su relación, en realidad, no era reciente: en los años noventa, Donald Trump se convirtió en uno de los mecenas de Tyson. El boxeador tuvo uno de sus mayores momentos de gloria cuando le arrancó, de un mordisco, un cacho de oreja a Evander Holyfield en lo que algunos llamaron el combate del siglo. Tuvo lugar el 28 de junio de 1997. Fue una auténtica demostración de la brutalidad en la que se puede convertir este deporte. Evidentemente, habrá mucha gente, y gente de bien, que defienda el boxeo. Ellos son los primeros que saben que ese tipo de escenas, aunque resultaran muy «divertidas» en ese momento, no son representativas. ¡Son barbaridades!

Parece que el boxeo se le ha quedado pequeño a Trump. Seguramente piense que los boxeadores, al estar sometidos a unas normas, no pueden exhibir toda su fuerza. Estos modernos gladiadores pueden llegar a actuar en una especie de teatro. Es el caso de la WWE (World Wrestling Entertainment), una suerte de liga

que mueve a millones de espectadores y millones de dólares. Las peleas de la WWE entre gladiadores son muy visuales, pero a la vez muy ficticias. Es puro teatro. Todo es mentira. Es posible que el más conocido de los luchadores de la WWE sea un hombre llamado Hulk Hogan. Era simpático, caía bien y hacía reír. Esto seguramente lo pudieron comprobar los invitados a la coronación de Trump, porque Hogan también acudió. Su postura estaba clara. Ya se le había visto con una camiseta en la que podía leerse: «Trumpmania». Falleció justo mientras yo escribía este libro, el 24 de julio de 2025, por un infarto que acabó con su vida a los 71 años.

Sin embargo, otra de las personas a las que Trump recibió en la ceremonia pertenece a otro tipo de luchadores. En este caso, ya no hablamos de un teatrillo, sino que el deporte que practica está en alza y consiste en darse de tortas en un ring octogonal que se convierte en una especie de jaula. No hay muchas normas. Menos que en el boxeo. Aquí son más bestias. Las artes marciales mixtas (MMA por sus siglas en inglés) consisten en zurrar sin escrúpulos al oponente. En abrirle la cabeza. Se golpean donde pueden. Gana el que ha dejado al otro más destrozado y ensangrentado. Eso de «dar cera, pulir cera» de las películas de *Karate Kid* se ha quedado en, sencillamente, «repartir cera».

De lo poco que sé —o sabré, ya que no me resulta demasiado interesante— de este deporte, parece que, a nivel mundial, la mayor estrella, o por lo menos la más conocida, es Conor McGregor. Aunque se ha demostrado, dentro y fuera del cuadrilátero, su agresividad y su violencia —destaca la existencia de una condena por agresión sexual—, fue recibido en la Casa Blanca el 17 de marzo de 2025. Se celebraba San Patricio, patrón de Irlanda, su país de nacimiento. McGregor posó ante los medios en el atril presidencial junto a la portavoz de la Casa Blanca. A mí, personalmente, eso ya

me pareció un espectáculo un poco soez. Lo asombroso es que realizó valoraciones políticas y aseguró que su país de origen estaba en riesgo porque estaba perdiendo identidad por culpa de la inmigración, a la que también acusó de estar causando otros estragos en la sociedad. Que esa valoración la haga un inmigrante —él lo es en Estados Unidos, aunque supongo que se considera de los puros— y un hombre que ha conseguido triunfos por ser un gran destrozador de caras y cabezas y provocar chorros de sangre en sus rivales...

Por otro lado, a lo largo de la campaña electoral tuvo mucha repercusión el apoyo de Joe Rogan a Trump. Este hombre es el presentador del pódcast más seguido y escuchado de Estados Unidos. Trump ha podido llegar hasta donde está porque ha sabido acercarse a la legión de personas que no se informan a través de los medios habituales. Las fuerzas democráticas de derechas y de izquierdas lo han obviado. Olvidan ese mundo. Que será un submundo, sí, pero si hay millones de personas dentro y que siguen a sus promotores es que algo los ha hecho acercarse.

Como tampoco es casual que Rogan sea uno de los más importantes valedores de la MMA. Gracias a él, un magnate amigo suyo, Dana White, se convirtió en el presidente de la UFC, que es la competición más importante de la MMA. La fotografía de ambos junto a Trump en la Casa Blanca, el día de la toma de posesión, es un síntoma del universo violento que rodea al presidente de los Estados Unidos.

Y ese síntoma no es una excepción, sino que la violencia se ha normalizado dentro de estas esferas. El violento se ha convertido en un actor político más. Me parece muy significativo que, unos días después de su triunfo electoral, Trump se fuese a celebrar su victoria con Elon Musk a un combate de la UFC. Sucedió el 9 de noviembre,

cuando Musk y Trump fueron de la mano al mítico Madison Square Garden de Nueva York a ver cómo se lanzaban patadas y se desangraban dos luchadores llamados Jon Jones y Stipe Miočić. Los acompañaron varios de los nuevos gobernantes de Estados Unidos, entre ellos el futuro secretario de Sanidad, Robert F. Kennedy Jr. ¿El máximo responsable sanitario yendo a un combate en el que gana quien más neuronas del rival mata? Resulta paradójico. Kennedy Jr. fue, como ya hemos visto, uno de los máximos defensores del negacionismo en la pandemia y un conocido antivacunas.

En una ocasión, a raíz de que Ilia Topuria —uno de los más importantes luchadores del mundo en la UFC— se convirtiera en una celebridad en España, escribí un mensaje en redes sociales. Trasteando con mi ordenador, me topé con algunas fotos de él mientras peleaba.

Me parecieron desagradables. El rostro de su rival estaba destrozado. Tenía sangre, heridas, huesos rotos... Antes del combate, al igual que en el boxeo, los rivales hacían tonterías delante de la cámara. Allí estaba su hijo, que le gritaba: «¡Papá, pártele la nariz!». ¿Qué escucha y ve ese niño en casa para que suelte semejante cosa ante las cámaras de televisión? Pero lo más sorprendente es que algunos opinaron que el niño ya daba muestras de coraje y valentía. «Tiene un par», decían de él en redes sociales. Esta era la imagen sobre la que escribí un mensaje. Evidentemente, tengo derecho a que no solo no me guste ese deporte, sino a que me parezca mal que exista.

La reacción a mi mensaje fue masiva. Inesperadamente se convirtió en *trending topic,* pero los comentarios no eran de apoyo. Todos los que me respondían lo hacían para insultarme. Me decían que detrás de la MMA existía una filosofía basada en distintas artes marciales. Que había mucho entrenamiento. A lo largo de tan solo

unos minutos recibí tantos insultos como los que haya podido recibir durante media vida. «Si tuvieras lo que hay que tener, no dirías eso», me dijeron. «[Topuria] Tiene un par, no como tú, que solo hace falta verte la cara para saber que eres una niñata y que tienes las rodillas con heridas de tanto chupar».

Y así, mil expresiones soeces.

Ya estoy curado de espantos. A mí no me afectan estos comentarios. Los responsables de estas persecuciones forman hordas. No conocen nada de quien es objeto de esos insultos, pero suelen repetir patrones similares a lo dicho por otros. Gestan quedadas virtuales para lanzar dardos a quien ha osado decir algo que para ellos es *woke*. Y, en este caso, para ellos es *woke* estar en contra de este tipo de peleas que, en todo el mundo, están creciendo. En España, algunos *influencers* han organizado veladas a las que han asistido miles y miles de personas. Incluso en alguna de ellas se han producido cánticos insultantes contra algunas personas y saludos nazis...

Trump no elogia a un atleta. Tampoco va a ver a un nadador. Ni se maravilla con un partido de tenis. Pero sí manifiesta admiración por un luchador que, en cuanto se expresa, no tarda en manifestar tendencias ultras, extremistas, algo xenófobas, patriarcales... Y este fenómeno no se produce solo en Estados Unidos. Evidentemente, Trump se ha convertido en una especie de modelo del auténtico macho alfa, que es como se conoce en biología al líder de una manada y, popularmente, en los tiempos actuales, al jefe de un grupo, que ejerce su dominio gracias a la imposición. Podría decirse que ha llegado tan lejos que se ha convertido en el presidente de la nación más importante del planeta. Pero este mismo comportamiento se manifiesta también, por ejemplo, en la Argentina de Milei, que utiliza la motosierra —la imagen sería anacrónica en

otros tiempos, pero ahora es ensalzada por sus defensores— para demostrar su presunto carácter; una sociedad que, aunque inestable, presenta unas condiciones sociales bastante similares a la española. En cualquier sitio, los representantes de los movimientos ultras se expresan con términos absolutos y algo violentos. Por ejemplo, si alguien de los que ellos llaman «malos» alude al conflicto en Gaza, del que después me encargaré (Trump siempre ha defendido la violencia israelí contra los árabes en Palestina), tanto aquí, como allí, como allá, se levantan en grupo para arremeter contra el osado que ha criticado el conflicto. Son tan agresivos y tribales en sus gritos que sus posiciones destacan tanto que, aunque no representen a una mayoría, acaba pareciéndolo.

Hasta ahora, este tipo de gente se ha mantenido escondida gracias a las máscaras que ofrecen las redes sociales. Sin embargo, estos personajes representan un riesgo real cuando logran formar grupos y se reúnen dos, cien o mil. Cuando el fascismo emergió, Mussolini organizó un ejército de voluntarios formado por los miles de seguidores de sus ideas. Los mismos voluntarios que marcharon sobre Roma en 1922, cuando Mussolini todavía no estaba en el poder: lo estuvo dos días después. La violencia de los camisas negras —especialmente virulenta contra izquierdistas, comunistas y socialistas— fue vital para que consiguiera hacerse con él. En realidad, no hubo un golpe de Estado, sino un ejército de voluntarios que dio tanto miedo que el Gobierno anterior fue poco a poco huyendo mientras él se iba acercando. ¿No te recuerda a lo que sucedió en el asalto al Capitolio?

Un último apunte.

El viernes 30 de mayo de 2025 se produjo otra de esas comparecencias en la Casa Blanca que dieron la vuelta al mundo. Fue el día en que se oficializó la marcha de Elon Musk del gobierno

de Trump. Apenas habían pasado cuatro meses desde que había entrado. Era más tiempo del que muchos esperaban que el empresario aguantara. Más allá de las razones de su salida, lo que llamó la atención fue que Musk acudió al despacho oval con un ojo morado.

¿Se había caído como consecuencia de la ingesta de sustancias estimulantes, como sugirió *The New York Times* al día siguiente?[2] Según aquella más que arriesgada información, Musk había consumido ketamina, hongos y otras drogas de diseño durante la campaña electoral. El magnate aseguró que el periódico mentía, pese a que sus gestos, movimientos y expresiones «extraños» no pasaron desapercibidos. Sin embargo, sí reconoció que años atrás su médico le había recetado ketamina, y que le sirvió para hacer frente a los «agujeros negros de la mente».

Su explicación sobre ese ojo morado fue que se lo había hecho su hijo X. En una pequeña discusión padre-hijo, Musk le habría dicho al niño: «¡Pégame!». Y el niño habría hecho caso. Ya he hablado de su estelar aparición en el despacho oval.

Y es que los de la generación *antiwoke* tienen hijos con un par...

Por cierto, al día siguiente de producirse esa escena había elecciones presidenciales en Polonia. Las ganó, por poco más de un punto, Karol Nawrocki. Había sido el candidato apoyado por Trump. Era nacionalista, contrario a los derechos de los homosexuales y al matrimonio igualitario. Vamos, como Trump. Años antes había participado junto con grupos ultras y nazis en varios disturbios. Y... ha dedicado media vida al boxeo.

Desculturizar

«Voy a llevar a cabo acciones muy agresivas para recuperar, por fin, nuestro sistema educativo superior de las manos de la izquierda marxista y comunista».[1]

Trump toma dos tipos de decisiones. Por un lado, están las asociadas a grandes temas —inmigración, conflictos bélicos, comercio, etcétera—, y luego las asociadas a temas «menores». Entre estas últimas están las relativas a la guerra cultural.

Las primeras suelen significar un cambio continuo. En el tema de los aranceles, por ejemplo, hay un tira y afloja permanente. Es como si en primer lugar intentara provocar estupefacción y, después de ese *shock* inicial, comenzara a introducir los cambios.

Se dedica a negociar sobre esa sorpresa, porque para él todo es un negocio. Primero propone aranceles del 25 %, luego sube al 40 %, después al 100 % y finalmente llega hasta el 141 % —son cifras reales—, luego establece treguas para anularlos temporalmente, reduce las cifras, fija nuevos porcentajes...

Una de las obsesiones de Trump es que la sociedad está infectada por una serie de ideas —una vez más, lo que él llama la ideología *woke*— que se insertan en la mente de la gente a través de la educación y la ciencia. Es lo que llamamos guerra cultural. Los aranceles son una forma de premiar y castigar a quienes tienen o no esas ideas. Es una obsesión patética, pero no por ello tiene menor repercusión. No olvidemos que se trata del presidente de los Estados Unidos...

Una de estas medidas para frenar a lo que él considera de izquierdas y comunista fue retirar de la televisión el programa infantil *Barrio Sésamo*. Parece broma, pero ocurrió. El hecho es que, desde

hace ya muchos años, dos de los personajes de esta serie se burlan de algunas de las cosas que dice Trump. Y el presidente ve en esto una clara representación de la ideología *woke*. Por ello, el camino para lograr que dejen de comer el tarro a los niños —que eso es lo que dice que está pasando— es anular cualquier tipo de subvención a la empresa que produce la serie. El propio Trump aludió en su red social a esta iniciativa: «Los republicanos deben dejar de financiar y desvincularse totalmente de NPR y PBS [los canales que emiten *Barrio Sésamo*], los monstruos de la izquierda radical que tanto dañan nuestro país».[2]

Lo mismo ocurrió con los institutos y las universidades, a los que ya antes de llegar al poder había amenazado con recortar su financiación si promovían ideologías de género u ofrecían apoyo a determinadas causas. En su opinión, a los padres se los ha despojado del poder de decisión sobre ciertos asuntos en favor de funcionarios que forman parte de esa «izquierda radical».

Prometió acabar con un sistema que favorece el apoyo a diferentes minorías, como fue el caso de las protestas universitarias contra la guerra en Gaza. Del mismo modo, asegura que hay una campaña a nivel nacional de promoción de la ideología de género y de la defensa de los derechos LGTBI. Una situación que, según él, está provocando confusión en los jóvenes y un incremento en la tasa de homosexuales y personas trans.

Para Trump, estas instituciones educativas han sido tomadas por las fuerzas progresistas: «En las escuelas se extiende el marxismo y una ideología agresivamente hostil hacia las enseñanzas judeocristianas», señaló en la Casa Blanca en febrero de 2025, en los actos previos a la firma del decreto «Sin hombres en los deportes femeninos». Y añadió: «Hay que localizar a los radicales que se han infiltrado en el Departamento de Educación».

Y así fue como llegó Linda McMahon a ser la secretaria de Educación. Tiene un perfil ideológico afín a Trump: aborrece el sistema educativo actual, que considera que se ha convertido —siempre con esta obsesión— en *woke*. No sé si es lo más normal poner al frente del sistema educativo a una persona que lo aborrece...

Pero ya veréis que ahora encaja todo.

Y es que ella forma parte de las personas que dan forma a ese mundo del que hablaba en el capítulo anterior, ese que ensalza el tenerlos «bien puestos»...

En 1980, ella y su pareja crearon una empresa llamada Titan Sports, que se encargó de convertir la lucha libre en una actividad lucrativa. Dos años después, la compañía compró las divisiones profesionales de la WWE. Fue por aquel entonces que McMahon se inventó el concepto de *hulkamania*, con el que pretendían elevar la figura de Hulk Hogan a icono de la cultura popular. ¿Entiendes ahora qué pintaba este personaje en la coronación de Trump?

Linda McMahon creó, gracias a la fortuna que había amasado, algo parecido a una televisión basura centrada en los luchadores. Tras adquirir varias cadenas, se dedicó a compartir mensajes que ensalzaban la supervivencia del más fuerte o el desprecio por la cultura, a la que consideraba una puerta de entrada para las ideas comunistas. El periodista Luis Bonilla-Molina dice lo siguiente en la revista *Viento Sur:* «El mayor logro "cultural" de la industria de McMahon, con el apoyo del complejo industrial cultural, fue convertir la lucha libre en parte de la cultura popular, conectándose con el *ethos* violento, despreciativo de la literatura, el pensamiento crítico y la empatía social, elementos que pasarían a ser constitutivos de la ultraderecha estadounidense».[3]

McMahon se muestra abiertamente a favor de la agenda de Trump, aunque en realidad su apoyo data de la época de su primer mandato. «Sus ideas en sus trabajos son un simple *marketing* para su idea política: considera que la educación es un negocio sometido a las leyes de la rentabilidad», añade Bonilla-Molina. Ella fue la que instigó la idea de que había que devolver a los padres el poder de decisión sobre la formación académica de los niños.

Con esta enfermiza creencia de que la educación es un negocio, McMahon propuso un sistema de préstamos para estudiantes. De esta manera, las becas se otorgarían solo a aquellos estudiantes que pudieran devolverlas con intereses. Recordemos que es la máxima autoridad del Departamento de Educación de Estados Unidos.

Según McMahon, para conseguir la excelencia académica es necesario alejar a los profesores de la influencia de los sindicatos y multar a aquellos que promuevan ideas en favor de la igualdad de género o de la diversidad. A mí me cuesta creer que una sola persona en la tierra esté en contra de afirmar que mujeres y hombres son iguales. ¡Con lo fácil que sería convertir el mundo de la enseñanza en algo valioso para la sociedad y enseñar a los chavales cosas que les ayuden a crecer!

Perfiles como el de Linda McMahon son fundamentales para Trump. Son los encargados de llevar a cabo la batalla cultural y convertir en realidad planteamientos tan retrógrados como las terapias de conversión en las universidades.

Sabiendo quién es este personaje y lo que representa, se puede entender mucho mejor que uno de los propósitos de Trump sea, básicamente, desmantelar el Departamento de Educación. Hay que tener la cabeza muy agujereada para que alguien considere un privilegio trabajar en un Gobierno que tiene como norma acabar con tu trabajo. Ese fue el decreto que firmó el presidente el 20 de marzo

de 2024, inspirado por Elon Musk. La «misión» era clausurar muchos de los proyectos de integración asociados al departamento. Uno de los objetivos fundamentales era traspasar determinadas competencias del Gobierno federal a los estados. Por alguna razón, se potenció desde las altas esferas del poder la idea de que eso significaría otorgar a los padres más poder de decisión sobre la educación de sus hijos. Es muy fácil decir eso y conseguir el aplauso de la gente, pero es una auténtica barbaridad. La educación debe estar en manos de profesionales, pero la demagogia funciona así y lo determinante es el apoyo de los votantes.

El decreto de Trump ordenaba a su pupila «tomar todas las medidas necesarias para facilitar el cierre del Departamento de Educación y devolver la autoridad educativa a los estados». Y añadía: «Vamos a cerrar el Departamento de Educación y vamos a cerrarlo lo más rápido posible. No nos está sirviendo para nada».[4] Se refería también a los 15.800 millones de dólares que el departamento gestiona para los programas de apoyo escolar a estudiantes discapacitados. Sin embargo, para Trump y Musk, y por supuesto para McMahon, ese dinero y ese apoyo no sirven «para nada».

Esa obsesión por lo «puro» quedó demostrada cuando el 5 de mayo, apenas unas semanas después de la firma del decreto, Linda McMahon le envió una carta a Alan Garber, presidente de la Universidad de Harvard, que fue filtrada a la prensa. En ella, McMahon le canta las cuarenta al presidente de la institución. La carta —de tres páginas, nada menos— estaba llena de errores gramaticales. Había faltas de ortografía, frases inconexas, un uso erróneo de los tiempos verbales y de las mayúsculas, que solo parecían usarse en las palabras consideradas «importantes». Que la jefa de la educación en Estados Unidos escribiera una misiva así —

llena de reproches e incorrecciones— a una de las instituciones educativas más importantes del mundo provocó muchas bromas, memes y risas. En ningún momento se le ocurrió dar el texto a un profesional para que se lo adecentara. Ese aire de superioridad es muy típico de estos personajes. Se creen capacitados para todo...

En la carta, la secretaria de Educación le comunicaba al destinatario que Harvard ya no iba a recibir subvenciones ni ayudas estatales. Además, lo acusaba de violación de la ley federal (que tiene unos estándares poco éticos), así como de despreciar los Estados Unidos. McMahon también afirmaba que la universidad adolecía de una mala gestión y de no saber abordar adecuadamente el antisemitismo en el campus —tras las protestas por la guerra en Gaza—. Subrayaba en su escrito que Harvard estaba favoreciendo la llegada de estudiantes extranjeros, a los que acusaba a su vez de comportamientos violentos.

Tras la carta, la secretaria de Seguridad Nacional, Kristi Noem, se dirigió por escrito a Alan Garber para comunicarle la decisión del Gobierno de impedir la matriculación de ciudadanos extranjeros. Aunque un juez dejó en suspenso la norma, este tipo de eventos son los que provocan que la normalidad se altere.

No subestimemos a Trump: cuando inicia una ofensiva, lo hace porque tiene prevista cualquier posible consecuencia y, aunque sea una apuesta osada, sabe que existe un resquicio legal que le va a permitir poder ejecutar parte de su plan. En su guerra cultural sabe dónde dispara: «No está loco, no es solo un payaso y un ignorante, sino que sabe perfectamente lo que hace y lo que puede conseguir», me dice José Antonio Marina, uno de los grandes sabios de este país.

Gracias a la conversación con Marina, recuerdo algo que creo que es muy importante al hilo de lo que estábamos contando. Desde el

Gobierno estadounidense se ha propuesto la idea de analizar los mensajes en redes sociales de aquellos estudiantes que soliciten una plaza en las universidades del país. De este modo, solo aprobarían esa criba quienes, voluntaria o involuntariamente, formaran parte del rebaño ideológico de Trump.

José Antonio Marina también ve similitudes entre el mundo de Hitler y el de Trump. Como señala el filósofo, las Juventudes Hitlerianas educaron a la gente en la falta de compasión y en la deshumanización. «Y en cuanto se inocula a la gente el virus del odio, el siguiente paso es mucho más fácil». De esta manera, la población acepta medidas como la de las deportaciones o la de que se envíe a los inmigrantes a una cárcel en la que van a sufrir torturas. «Trump sabe que puede persuadir a la gente de lo que quiera: lo hace usando trucos muy elementales, pero efectivos», concluye. Y una de estas tácticas es la de recurrir a la imagen del macho alfa. De este modo, se fortalece la ley del más fuerte e ideas muy patriarcales y machistas.

Volviendo al tema de las universidades, para Trump la prohibición a los estudiantes extranjeros forma parte de sus estrategias de negociación. A China, por ejemplo, le dijo que le ofrecía admitir a universitarios chinos en sus instituciones si esta aceptaba ciertas imposiciones sobre los aranceles. Pero las medidas no solamente las usa como un medio para negociar: no deja de ser determinante el hecho de que, en el caso de Harvard, estudiantes y profesores habían tomado una posición muy clara respecto a la guerra en Gaza.

Sus ataques a esta institución en particular eran, por un lado, una venganza, y, por otro, una forma de imponer su creencia moral de cómo deben ser las cosas. Si en Harvard estaban a favor de acabar con la guerra, se iban a enterar. Macarena Vidal Liy, periodista de *El País*, siguió con asombro el camino de Trump: «Apenas horas

después del veto judicial, firmó una orden ejecutiva sobre el "estándar de oro científico" en la que dejó claro, en blanco sobre negro, su desconfianza hacia la comunidad investigadora y establecía a la Administración como filtro para decidir qué es lo que constituye una ciencia válida», escribió.[5]

Josep M. Vallès, catedrático emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona y experto en política, se preguntaba si se puede evitar una quema de libros como la que ejecutó Hitler en Alemania. Ese fue uno de los momentos más importantes en la historia de la humanidad. El mundo todavía no era consciente de lo que se le venía encima: los nazis quemaron en la Universidad de Berlín aquellos libros que ponían en tela de juicio los principios morales y culturales del régimen.

Vallès no cree que los hechos se vayan a repetir, al menos no del mismo modo, pero sí piensa que detrás hay mundos parecidos. «No es descartable una quema virtual mediante el control de redes sociales, la coacción sobre los medios independientes y la asfixia económica de la investigación», señala en su artículo del 21 de abril de 2025 en el diario *El País*. «El movimiento hitleriano creció porque contó con tolerancia e incluso con la connivencia de un estado profundo que suspiraba por restaurar la monarquía autoritaria», concluye.[6]

Trump, por mucho que él lo crea, no es plato de buen gusto para todo el mundo, pero muchas de las ideas que promulga acaban infiltrándose en la sociedad. El mundo y la sociedad están constantemente azotados por hechos que ahondan en la corrosión del sistema, pero en esta ocasión quienes se quejan son las fuerzas más conservadoras. Ahora, el que va de rebelde mira hacia el pasado y quiere volver a lo de siempre...

La Universidad de Harvard es uno de los centros científicos —especialmente médicos— más importantes del mundo. Cada vez que tomamos una pastilla, gran parte de las investigaciones que han ayudado a desarrollarla se han efectuado allí. Sin embargo, el hecho de que esta universidad haya decidido posicionarse del lado de los palestinos —como no podía ser de otra forma, pues la cultura y la ciencia deben defender ideas basadas en la paz y la humanidad— ha provocado que el Gobierno de Trump arremeta contra ellos.

Uno de los ataques más directos de esta suerte de IV Reich al mundo de la ciencia es la congelación de miles de millones de dólares en fondos federales destinados a la investigación en Harvard. La administración ha manifestado, como decíamos, preocupaciones sobre los programas de diversidad de la universidad y ha acusado de un presunto antisemitismo como justificación. Esto, unido a que el Gobierno de Trump pretende mandar al paro a diez mil trabajadores sanitarios, provocaría que numerosas investigaciones en curso —sobre cáncer o esclerosis múltiple, por ejemplo— se suspendan.

Y aquí quiero señalar algo muy importante.

Todo lo que tiene que ver con el Gobierno estadounidense tiene una influencia directa en la geoestrategia mundial y en el comercio. Sin embargo, como vengo señalando, el gran problema es que su Gobierno y la ola de extremismo a nivel mundial son el síntoma (y también la causa) de que algo está cambiando en la mente colectiva. Hemos dado paso a estas corrientes, pero para imponerse no han necesitado pegar ni un solo tiro. La guerra cultural está abriendo una grieta que ya nadie va a poder cerrar.

Decisiones como la cancelación de fondos para la investigación con tejido fetal ya han tenido un gran impacto. Se han congelado pagos a grupos de investigación extranjeros, incluso aquellos que colaboran en proyectos liderados por Estados Unidos. Este tipo de

decisiones no provoca la caída de las bolsas, pero sí pone en riesgo la vida de cientos de miles de personas que dependen de los avances contra el cáncer, el sida o la esclerosis múltiple.

El conflicto abierto entre la administración de Trump y Harvard, con demandas judiciales de por medio, genera un clima de incertidumbre para la comunidad científica. La retórica empleada contra las universidades de élite y las exigencias de cambios en sus políticas internas contribuyen a esta inestabilidad, lo que podría desalentar la investigación y la colaboración internacional.

A modo de ejemplo, en Harvard se estaban descubriendo muchos vínculos entre el virus Epstein-Barr y el desarrollo de la mononucleosis infecciosa, que a su vez causaría la esclerosis múltiple. Gracias a ese hallazgo, la universidad estaba realizando trabajos sobre el tratamiento de la enfermedad. En Estados Unidos hay más de doscientos mil afectados y en España más de cincuenta mil, y varios miles de ellos están en sillas de ruedas. Todas estas personas —entre las que me incluyo— van a ver que los avances que los podían salvar de una mierda de vida se han detenido porque estos estudios los realizan mujeres y extranjeros, ya que muchas de las investigaciones científicas las realizan ellas y ellos: una unión inconcebible para Trump.

En resumen, las investigaciones científicas en Harvard, especialmente aquellas que dependen de fondos federales, colaboración internacional o personal extranjero, se encuentran en riesgo de dejar de existir debido a las políticas y las acciones de la Administración Trump.

En tan solo unos días, el presidente ha destruido décadas de trabajo, pero nos equivocaríamos si pensáramos que es por su ineptitud o por un mal trabajo. Todo ello forma parte de su estrategia política, de su manera de pensar. Y por eso se le vota.

Evidentemente, no todos los que deciden votar por él comparten sus ideas, pero sí lo hacen muchos, y son esos muchos lo que lo han colocado en un lugar privilegiado para poder llevar a cabo su agenda, aunque eso suponga destruir décadas de liderazgo mundial. Y es que, precisamente, la ideología de Trump es contraria a los principios y a los valores del mismo.

En el caso de Harvard, hay que tener en cuenta que las patentes que se desarrollan se venden en todo el mundo. Solo en 2024 registraron 155 patentes. Muchas de ellas llegan luego a Europa, donde la Agencia Europea del Medicamento las aprueba para insertarlas en nuestros sistemas. Además, muchos de los elementos necesarios para el desarrollo de los estudios vienen de países sometidos a los aranceles de Trump. La revista *Nature* ha publicado que los costes de las investigaciones que se siguen realizando podrían incrementarse por culpa de la guerra comercial hasta un 20 %. En ese mismo reportaje se expone que hasta un 75 % de los científicos de Estados Unidos está pensando en marcharse.[7] El país que antes atraía talento, al que soñaban con irse los mejores expertos, es ahora el lugar del que quieren huir. Lo alucinante es que esto no se percibe como un fracaso: los trumpistas creen que es un éxito, porque tiene que ver con esa batalla cultural que dicen estar librando. Mientras tanto, el mundo se hace algo más pobre...

Trump y Musk: el final del amor

«Fui salvado por Dios para hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande».[1]

A primeros de junio de 2025, el idilio entre Elon Musk y Donald Trump llegó a su fin. Ambos habían sido la imagen del poder en la Casa Blanca. Aunque el vicepresidente era J. D. Vance, nadie dudaba de que el número dos del gobernante era Musk. Ambos habían protagonizado algunos momentos surrealistas y distópicos...

Con su entrada en el gobierno de Trump, se calcula que Musk perdió 113.000 millones de dólares. Desde luego, la cifra es mareante. Aun así, tan solo representaba el 25 % de su fortuna. Claramente, no iba a pasar hambre, pero esta pérdida le hizo abandonar el puesto de hombre más rico del mundo, que pasó a ostentar, al menos temporalmente, Larry Ellison, propietario de la empresa tecnológica Oracle.

Sabemos que no fue un final amistoso, pero en el momento de escribir estas líneas todavía no hay unanimidad sobre cuáles fueron las razones que provocaron la salida de Musk.

Aunque la participación del magnate en el Departamento de Eficiencia Gubernamental (DOGE por sus siglas en inglés) iba a ser únicamente de tres o cuatro meses, la ruptura fue abrupta. No olvidemos que el DOGE se creó especialmente para él, con el objetivo de identificar aquellas áreas del Gobierno en las cuales se pudieran reducir los presupuestos.

La hipótesis que se mantiene con más fuerza sobre su dimisión es la que señala las pérdidas económicas que sufrió Musk durante su participación en el gobierno. Además de las ya mencionadas, el

precio de las acciones de Tesla bajó de forma considerable: un 33 %. Por otro lado, el deterioro de la reputación del empresario ha sido enorme. Incluso se produjeron algunos incidentes muy llamativos, vandálicos y desgraciados: personas que devolvían sus coches Tesla, ataques a vehículos de la marca, incidentes en sus tiendas...

Aunque, como decía, no hubo una explicación oficial, una de las justificaciones de la salida de Musk del gobierno de Trump tuvo que ver —además de las discrepancias por las políticas arancelarias, que perjudicaban algunos de los negocios de Musk— con la ley fiscal de gasto público que quería presentar —y efectivamente presentó— Donald Trump. Esta implicaba que millones de personas se quedarían sin el seguro médico —Medicaid— impuesto por el Gobierno de Barack Obama, gracias al cual, por primera vez en mucho tiempo, se establecía una implicación del Estado en la sanidad de los estadounidenses. Era como si a Musk le parecieran demasiado suaves esos recortes, aunque la ley también indicara una subida en gasto público para defensa y seguridad.

También sufrió las consecuencias la red social X que el magnate tecnológico había adquirido en 2022. Si en su momento Musk pagó 44.000 millones de dólares, su valor parece haberse desplomado.

Como ya hemos señalado, las redes sociales se han convertido en un terreno abonado para la difusión de posiciones radicales. Esto, unido a que Musk haya manifestado unos posicionamientos políticos tan claros, provocó que millones de personas dejaran de usar X, que se había convertido en la plataforma por excelencia de la derecha y de la extrema derecha. Y es que era cada vez más obvio que los algoritmos favorecían y viralizaban los mensajes de usuarios con tal perfil ideológico, mientras que el alcance de los de izquierdas era cada vez más limitado. Sin embargo, muchos organismos oficiales,

tanto dentro como fuera de Estados Unidos, siguen usando esta red social como canal de comunicación oficial.

Por otra parte, las políticas de ahorro alentadas por el propio Musk le perjudicaban seriamente. El tipo se estaba pegando un tiro en su propio pie. Por ejemplo, los aranceles afectaban directamente a muchos de sus productos tecnológicos, que se fabrican en el extranjero. Es de locos, pero es real: las normas que él mismo había impulsado le estaban perjudicando. ¡Se estaba poniendo aranceles a sí mismo!

Por si fuera poco, él mismo había cortado el grifo a los créditos destinados a la compra de vehículos eléctricos. Cuesta creer que Musk, a quien todo el mundo considera —aún no sé por qué— un genio superdotado, haya echado piedras contra su propio tejado. Sigo sin explicármelo...

Con el paso de las semanas, fue ganando peso la teoría que afirmaba que los amigos decidieron poner fin a su «romance» como consecuencia de la carrera especial. Hay que partir de un hecho, y es que Musk deseaba —y desea— pasar a la historia como el hombre que hizo posible el viaje espacial a Marte.

A nadie escapa que la llegada del hombre a la Luna el 21 de junio de 1969 marca uno de los momentos más importantes de la historia de la humanidad y, a la vez, el triunfo de Estados Unidos en la Guerra Fría. Fue Kennedy quien dio el impulso definitivo a ese proyecto tras dotar a la NASA de un presupuesto descomunal.

Aunque tampoco podemos descartar la posibilidad de que la ruptura haya sido una escenificación destinada a cortar una relación cuya imagen perjudicaba a ambos, el tema de la NASA no es baladí.

Todo empezó cuando a comienzos del 2025 se filtró que un hombre llamado Jared Isaacman podría ser el próximo administrador de la NASA.

Aquel posible nombramiento llamaba la atención debido al escaso currículum científico de Isaacman. No olvidemos que ese puesto es uno de los más importantes del mundo y, desde luego, el más relevante en cuanto a asuntos científicos.

El hecho de que Musk e Isaacman fueran amigos no es casualidad...

La relación entre ambos se remonta a 2021. Ese año, Isaacman se convirtió en el primer turista espacial. Se trataba de la misión Inspiration4, de la que fue su comandante y su financiador principal. Viajó a bordo de la cápsula Crew Dragon, perteneciente a SpaceX, la empresa de asuntos espaciales de Musk.

En ello tuvo mucho que ver que Isaacman invirtiera veintisiete millones de dólares en SpaceX, cantidad que, desde luego, estrechó la amistad entre ambos personajes. Está claro que, por tanto, aquel nombramiento era una propuesta de Elon Musk. Al colocarlo al frente de la agencia especial le estaba devolviendo el favor. Además, se trataba de su apuesta personal para acabar provocando la conversión de la NASA en SpaceX. Sin embargo, poco después, y sin que Musk lo supiera, el presidente anunció que iba a proponer a otro director para la NASA. Pocos días después se produjo la filtración del recorte presupuestario de la agencia espacial para el año 2026, que le complicó aún más el panorama a Musk, que abandonó poco después el gobierno.

La reducción era monumental y pasaba de 25.000 millones a 18.000 millones de dólares. Es, hasta la fecha, el mayor recorte de presupuesto de la NASA. Además, una de las partidas que se verían más afectadas son las relativas a misiones e investigaciones efectuadas por SpaceX a partir de contratos efectuados con la agencia y con otros organismos oficiales.

La obsesión contra la ciencia y la cultura del entorno de Trump había supuesto, esta vez, una bofetada directa a Musk. Con intención o sin ella, este recorte perjudicaba sus planes. Alrededor de esas fechas, había sucedido algo en lo que ambos magnates sí habían logrado ponerse de acuerdo. La NASA había decidido anular su decisión de que viajara una mujer y alguien de color en las primeras misiones espaciales a la Luna y a Marte. Al igual que en otros asuntos, la amenaza de recorte fiscal había servido para poner límite a diversos planes de diversidad.

Ya fuese para disimular o no, además de las relativas a la NASA, se filtraron las críticas de Musk al plan de recortes fiscales que había preparado Trump. Un proyecto que suprimía la protección social —a través de Medicare, una especie de seguridad social de mínimos, que había efectuado Obama— a más de diez millones de personas. Sin embargo, en ese plan se incluían gastos de otro tipo, los cuales molestaron al magnate.

Después de aquello, los que habían sido los mejores amigos del mundo empezaron a intercambiarse diferentes acusaciones. La más peligrosa de todas era que, según Musk, Trump aparecía en los archivos del caso Epstein, que siguen pendientes de ser desclasificados. Según aquel, los documentos en los que aparecería se habían mantenido en secreto, precisamente para ocultar su implicación, y eso que prometió que los iba a dar a conocer.

El caso de Jeffrey Epstein es uno de los temas más recurrentes en los círculos conspirativos de los defensores de Trump. Este financiero estaba muy bien relacionado con personajes de diferentes ámbitos sociales. Fue acusado de tráfico y abuso de menores. Tras una primera condena en 2008, la investigación se reabrió en 2019. Antes del juicio en su contra —las pruebas eran abrumadoras—, el magnate se suicidó en prisión. Al tiempo, se fueron conociendo

detalles que certificaban que personajes públicos relevantes habían participado de sus perversiones. El más conocido de ellos fue el príncipe Andrés de Inglaterra, pero llegaron a aparecer nombres como el de los Clinton. Jamás hubo ninguna prueba contra ellos —ni siquiera la más mínima sospecha—, pero la aparición en el caso de muchos enemigos de Trump provocó que se construyera una realidad paralela en la cual, incluso, Epstein habría estado involucrado con la red de pederastia del Pizzagate y con otros casos relacionados con abusos de menores y prostitución. Fue cuando se habló de la existencia de un informe donde el financiero habría dejado escritos los nombres de todas las personas que participaron en sus fiestas. Trump prometió dar a conocer esa lista...

Cuando Musk «reabrió» el caso, su insinuación provocó un auténtico terremoto y lo que había sido uno de los caballos de batalla de Trump empezó a volverse en su contra. Aunque este último negó entonces que existiera tal lista, no pudo frenar el hecho de que aparecieran imágenes de él y Epstein juntos. Al parecer había incluso una sólida amistad entre ellos. Este extraño asunto hizo que otra bandera que defendían los suyos acabara volviéndose en su contra. El propio Hunter Biden —el hijo de Joe Biden— llegó a decir —eso sí, sin ninguna prueba que lo respaldara— que Trump conoció a su mujer, Melania, gracias a que Jeffrey Epstein los presentó.

La escasa presencia pública que ha tenido Musk tras su salida del poder nos hace pensar que la batalla la ganó Trump, aunque le hiciera daño con este caso. ¿Dónde está Musk ahora? ¿Harán las paces? ¿Iniciará una carrera política al margen de Trump? ¿Abrazará el Partido Demócrata, tal y como sugiere el presidente que puede llegar a hacer? ¿Hará sombra a Trump con el Partido Americano, la organización política que creó pocas semanas después de dejar su

cargo en el gobierno? Seguramente, cuando estas líneas vean la luz ya se habrán empezado a resolver algunas de las cuestiones.

¿Los nuevos diamantes de sangre?

«He pasado de ser un hombre de negocios MUY exitoso a estrella de televisión, a presidente de los Estados Unidos (en el primer intento). Creo que eso puede considerarse no solo de ser inteligente, sino de ser un genio... ¡Y un genio muy estable!»[1]

Estados Unidos es la primera potencia mundial. Esta afirmación no es nada llamativa: nadie dudará de ello. Pero, eso sí: no es una potencia mundial por tener acceso a todas las materias primas de la tierra, sino porque funciona como un gran mercado comercial y porque tiene un ejército monumental. Sin embargo, alguien le dijo a Trump que tenía que hacerse con los materiales que están en la base del dominio del mundo y midió un poco mal las cosas. Entonces llegaron los aranceles para, además, cobrarles a todos aquellos que fabrican los productos que luego ellos venden.

Vamos a poner un ejemplo.

Es una empresa que conocemos todos: Apple. En algunos momentos ha sido la empresa más grande del país. Su importancia responde a muchos factores, pero quizás el más importante es porque tiene en China —y en otros países de Asia— muchas de sus fábricas. Allí se encuentran algunos de los materiales y minerales necesarios para hacer sus ordenadores, aparatos y teléfonos.

Una vez que se fabrican, esos objetos viajan a Estados Unidos y, desde ahí, se venden por todo el mundo. A Apple, la fiebre de los aranceles no le venía nada bien. La empresa, dirigida por Tim Cook —que había estado en la coronación del presidente naranja—, tenía que pagar un extra por todos sus productos cuando entraban en Estados Unidos.

«Apple viaja ligero de equipaje», dice Riccardo Staglianò, autor del libro *Gigacapitalistas*.[2] En una entrevista que mantuve con él,

me hablaba de como esta empresa fabrica muchos de sus componentes en el continente asiático, mayoritariamente a través de otra empresa llamada Foxconn, que hace unos años sufrió una oleada de suicidios entre sus trabajadores debido a las infames condiciones de trabajo. Pero los trabajadores de esta no figuraban como empleados de Apple.

Su proximidad a Trump —que quedó muy clara cuando el propio Tim Cook participó en una de las comparecencias del presidente en la Casa Blanca, donde anunció que iba a fabricar algunos de los componentes del iPhone en Estados Unidos— han provocado que las cosas hayan cambiado en la empresa. Y es que los directivos de estas compañías ya no están cerca del poder, «sino que se han convertido en el poder», dice Staglianò.

Esta situación privilegiada hizo que, finalmente, algunos de sus productos se libraran de los aranceles. No es algo nuevo: Trump se ha echado para atrás en muchas de las cosas que ha dicho o hecho. Suelta la bomba y después esconde la mano. Sus impulsos lo llevan a decir barbaridades que luego debe rectificar. Se ha convertido, incluso, en una frase recurrente la de que «Trump siempre se echa para atrás». Y si la decimos en inglés, las siglas de la frase son TACO *(Trump Always Chickens Out),* expresión que se utiliza como burla al presidente. Y cuando en alguna rueda de prensa se le ha hecho referencia a ese nombre..., ¡le entran todos los males!

Tras la Segunda Guerra Mundial, el mundo se dividió en dos polos: Estados Unidos y la URSS. La Guerra Fría fue la situación geoestratégica más relevante del mundo durante más de medio siglo. Después del 11-S, parecía que la situación se acercaba más a un mundo multipolar. Sin embargo, todo cambió cuando, unos años después de su final, tomó fuerza China. Hoy por hoy, el mundo vuelve a tener dos polos de poder bien claros, pero con un pequeño

matiz. La fuerza de la globalización ha hecho que esos dos polos —Estados Unidos y China— se necesiten, y que la grandeza de uno también sea la del otro.

Puede decirse que durante la presidencia de Joe Biden esta situación geoestratégica se consolidó, aunque fuera tomando forma desde principios de siglo. China había ido creciendo año a año. En la pandemia alcanzó su punto álgido y se afianzó gracias a su política de profundas restricciones. Además, durante la crisis sanitaria, el ocio se convirtió en algo más imprescindible que nunca para el ser humano, gracias a la tecnología. Una tecnología que tenía origen en China.

Para poder dominar el mundo hay que tener acceso a los recursos naturales, especialmente a los llamados minerales críticos. Los principales grupos de minerales de este tipo se pueden dividir así:

- Litio, cobalto, níquel y grafito: fundamentales para las baterías de iones de litio utilizadas en vehículos eléctricos y sistemas de almacenamiento de energía.
- Tierras raras: esenciales para imanes permanentes en turbinas eólicas y motores de vehículos eléctricos, así como en tecnologías digitales y de defensa.
- Cobre y aluminio: ampliamente utilizados en redes eléctricas, cableado y diversas tecnologías relacionadas con la electricidad.
- Galio, germanio e indio: empleados en electrónica avanzada, semiconductores y paneles solares.
- Magnesio, wolframio y coltán: usados en diversas aplicaciones industriales, desde aleaciones hasta componentes electrónicos.

Los diamantes, el oro y el platino ya no son piedras preciosas. Ahora lo que realmente tiene valor no se cuelga del cuello ni se usa para broches o anillos. Ahora, el dinero está en otro tipo de piedras: está en estos minerales, porque son fundamentales para fabricar los

objetos tecnológicos. Sin ellos, la producción de muchas tecnologías avanzadas se vería seriamente comprometida. Todos son importantes, pero las tierras raras se han convertido en el santo grial.

Las tierras raras están en lugares de difícil acceso, pero son esenciales en el tablero político actual. Sin ellas, no se puede empezar la partida. China tiene hasta un 49 % de las reservas. En el gigante asiático se concentran el 70 % de las minas que los extraen. Todo esto quiere decir que la diversificación es importante, pero la naturaleza y la suerte han puesto a este país en una posición de liderazgo absoluto.

Lo fundamental, más allá de la extracción, es el proceso de refinamiento que permite que se utilicen. Para lograrlo, se usa una serie de tecnologías que también controla China, con un 80 % o más del mercado. O sea, casi todo.

Nadie les puede ganar. Esto los coloca a la cabeza del mundo. Es imposible quitarles el puesto.

Por otro lado, muchos otros de los minerales críticos se encuentran en América del Sur, cuyos países han firmado acuerdos muy importantes con los del Cono Norte. Una situación que explica parte del odio a China que hay en Estados Unidos.

Pero no solo eso...

Sin coltán, cobalto, estaño o litio tampoco pueden fabricarse todas aquellas tecnologías. Y estos minerales están en África. En este asunto, una vez más, China se ha adelantado. Mientras nadie miraba, conseguía acuerdos de colaboración con diferentes países, lo que le ha servido para poder importar esa materia prima y usarla en sus fábricas.

A finales del año 2024, aparecieron noticias sobre la vuelta a las andadas de la guerrilla M23. Era una guerrilla originada en Ruanda

que se enfrenta a la República Democrática del Congo, con especial arraigo en la región congoleña de Kivu del Norte, que es, precisamente, donde se encuentran las minas de coltán.

Hace unos años, la guerra era especialmente cruenta. Se escribieron algunos de los momentos más terribles de la historia de la humanidad. Detrás de todo ese horror había un botín: el control de las minas de Kivu. En consecuencia, las autoridades internacionales hicieron algunos intentos para ignorar lo que había detrás de la extracción del mineral. Se supo que muchas de las minas controladas por las guerrillas usaban a niños como mano de obra —eran auténticos esclavos— y obligaban a los trabajadores a estar allí dentro en jornadas de treinta o cuarenta horas. No hacer caso a los capataces y a los militares significaba un tiro en la nuca...

La cuestión es que Trump tomó posesión de su cargo el 20 de enero de 2025. Apenas dos o tres días después, la guerrilla M23 volvió a aparecer. El 26 de ese mismo mes entró en Goma, la capital de Kivu del Norte, lo que parecía su objetivo. La propia ONU sugiere la autoridad de Ruanda sobre esa guerrilla. Y no solo eso: determinados elementos de Europa y Estados Unidos parece que siempre han estado prestando apoyo a los guerrilleros.

Con la aparición de Trump cambió la historia de este conflicto. Aseguró que estaba negociando un acuerdo de paz para poner fin a la guerra. Su presencia parecía confirmar que Estados Unidos estaba detrás de la ofensiva de la M23.

Para el acuerdo había una condición: el Congo o Ruanda deberían garantizarle el acceso a sus minerales. Si había minerales para Estados Unidos, habría paz. Si no, la guerra continuaría. Pero es que la cosa va a peor: para la negociación, Trump había nombrado a Massad Boulos como su asesor principal. Casualmente, Boulos es el suegro de su hija Tiffany Trump. Según el presidente, este tipo de

acuerdos ayudan a la reindustrialización de Estados Unidos —no me explico cómo— y promueven la seguridad nacional.

Ante los ataques furibundos del M23, el presidente del Congo, Félix Tshisekedi, escribió una carta a Trump en la que le rogaba que interviniera como mediador. Había claudicado: le daba acceso al coltán y al resto de los minerales, pero le pedía ayuda para hacer carreteras, ferrocarriles y diferentes proyectos energéticos.

«Con el tiempo, el pueblo congoleño verá quiénes son sus mejores socios», aseguró Boulos. «El acuerdo con el Congo es mucho mayor, porque es un país mucho más grande y tiene muchos más recursos, pero Ruanda también tiene muchos recursos y capacidades y potencial en el área de la minería», explicó a Reuters.[3] Era una forma de decir que Trump se salió con la suya... (y con los minerales del Congo).

Pero la guerra viene de lejos.

Como decía, la crisis del coronavirus en el año 2020 provocó una serie de cambios en nuestros hábitos. El confinamiento hizo que el ocio girara, a partir de entonces, todavía más en torno a los dispositivos electrónicos que teníamos en casa. Sin litio, cobalto y coltán, que son los nuevos diamantes de sangre, no habría sido posible.

Conviene saber que «coltán» es solo un nombre con el que se denomina a las piedras que se extraen en la región congoleña, pero que en realidad contienen dos minerales: la columbita y la tantalita. El geólogo Jesús Martínez Frías, en un artículo publicado el 26 de septiembre de 2007 en *El País* junto con la también geóloga Rosario Lunar Hernández,[4] dice lo siguiente: «El coltán es fundamental para el desarrollo de nuevas tecnologías: telefonía móvil, fabricación de ordenadores, videojuegos, armas inteligentes, implantes en

medicina, industria aeroespacial, etcétera. Esto es debido a sus singulares propiedades».

El coltán que se extrae en Kivu del Norte es entregado por los dueños de las minas —controladas por guerrilleros que trabajan para los terratenientes— a Ruanda y Uganda, cuyos militares protegen las zonas. El Ejército Patriótico Ruandés, el grupo militar del presidente Kagame, ha organizado toda una estructura en la región para facilitar el tránsito del material. Los sobornos y las guerras hacen el resto para mantener a raya a los militares del Congo, que apenas pueden acceder al lugar.

Un minero gana aproximadamente un dólar por jornada y puede llegar a extraer un kilo cada día. De esta forma, la tonelada cuesta al productor unos mil dólares en mano de obra. Después, el coltán sale del Congo a través de diferentes vías —casi ninguna de ellas legal—, pero la mayor parte lo hace en grandes camiones que atraviesan la frontera de Ruanda. Allí, las cargas se depositan en los almacenes de la Somirwa (Sociedad Minera de Ruanda), regentada por una mujer pakistaní-burundesa llamada Azazi Gulamani Kulsum, antigua contrabandista.

Entre las empresas que sacan el coltán de Ruanda también está Eagle Wing Resources (EWR), un fondo de riesgo formado por empresas estadounidenses y holandesas cuyo representante en Kigali, la capital, es, precisamente, el cuñado del presidente del país. Hilos así pueden unirse a decenas...

Gracias a este circuito, el coltán se «blanquea». Aunque existe una normativa —voluntaria, como casi todas las normas que intentan «impedir» crímenes sin señalar a los culpables— impuesta por Barack Obama en 2010 para que los fabricantes estadounidenses no trabajen con coltán del Congo, la realidad es

que los turbulentos viajes de este mineral, desde las minas hasta los destinatarios, hacen que se pierda su rastro.

Aunque nos echemos las manos a la cabeza al descubrir esta realidad, casi toda nuestra vida está gobernada por artefactos hechos con este material. Eso, por desgracia, no lo podemos cambiar. Lo que sí podemos hacer es utilizar estos mismos artefactos, creados con la sangre de mineros explotados, para denunciar la situación y poner un grano de arena que se convierta en cemento en las conciencias.

En medio de esta historia tan demencial, Trump acudió a la empresa de mercenarios Blackwater —que se hizo muy conocida por su participación en la guerra de Irak— para que formaran parte del equipo negociador. En ese equipo está un viejo amigo de Trump, Erik Prince, que encabeza las negociaciones. Esperemos que no se cumplan los temores de algunos de que estos acuerdos, con la excusa del acceso a la materia prima, puedan hacer volver los tiempos en los cuales el abuso de los derechos humanos y el trabajo infantil estaban a la orden del día.

En enero, uno de los decretos relacionados con este asunto decía que Estados Unidos estaba viviendo una «emergencia energética nacional». La orden ejecutiva señalaba que, para hacer frente a esa emergencia, Estados Unidos debía controlar el tántalo y el niobio. A los que sabían un poco sobre el tema no les pasó desapercibido que ambos elementos eran... ¡el coltán!

Y en toda esta historia aparecen otros minerales.

Por ejemplo, el litio. Para dominar el mundo también hay que dominar el litio.

Es un metal blando y de color plata claro. Se utiliza, entro otras cosas, para fabricar todo tipo de baterías: para coches, móviles, ordenadores...

Aunque hay unos treinta mil millones de toneladas en todo el mundo, es muy escaso para la demanda que genera. Los principales yacimientos se encuentran en Argentina, Chile, Perú y Bolivia. De nuevo, se ha perseguido dominar el país donde se produzca litio, tener control sobre su Gobierno y derrocarlo si no es amigo del poder propio.

En las órdenes ejecutivas de Trump, este material aparece citado en numerosas ocasiones. Su relevancia hace que sea una de sus principales preocupaciones. Por ello está intentando certificar por todos los medios que hay yacimientos del mismo en algunos rincones de Estados Unidos.

Otro de los minerales que necesita Estados Unidos —y el mundo— es el cobalto. Al igual que el litio, es esencial para fabricar baterías. De hecho, las de litio no funcionarían sin el cobalto. Unas pocas piedras bastan para que las baterías de los aparatos electrónicos funcionen, pero el mineral es extremadamente escaso.

Hay poco, y ese poco se encuentra en países como Madagascar, Sudáfrica o Cuba, pero la mayor parte, más de tres millones y medio de toneladas métricas, se encuentra, una vez más, en la República Democrática del Congo. Allí está una gran parte de todas las reservas del mundo. Casualmente, el mismo país donde hay, como ya hemos visto, las mayores reservas de coltán.

Uno de los líderes políticos del mundo que han mostrado una enorme cercanía a Trump es Javier Milei, el presidente de Argentina. Esta cercanía dio momentos un tanto histriónicos en la coronación del presidente estadounidense. Milei estaba exaltado. A veces parecía estar fuera de sí, como cuando saludó a Santiago Abascal en una de las salas. En cuanto lo vio, le tocó la oreja y el rostro de una forma más bien extraña.

Milei ya era famoso por su motosierra imaginaria, con la que simbolizaba los recortes en los presupuestos oficiales. Es una metáfora, pero también se convirtió en una realidad. La imagen de Milei regalándole una motosierra real a Musk es uno de esos momentos que avergüenzan a la historia. El hecho de que alguien tan excéntrico y poco estable como Milei tenga tanto poder... Y, desde luego, lo podemos considerar uno de los personajes que forman parte del póker de ases del IV Reich.

Pero nada es casual. No se le ríen las gracias porque sus ideas sean las de un genio loco. Lo hacen porque Argentina forma parte, junto con Chile y Bolivia, del llamado Triángulo del Litio. Estos tres países son la clave mundial en cuanto a este integrante de la vida moderna.

¡Ah! Uno de los países más ricos del mundo en tierras raras es Ucrania. Trump ya se aseguró, en el acuerdo que efectuó con el presidente Volodímir Zelenski, el acceso de Estados Unidos a las reservas de tierras raras. Seguramente, así se entiende mejor el interés del estadounidense en el final de la guerra en Ucrania.

Fake news: una «guerra» que comenzó en 2015

«Sinceramente, en su mayoría [la gente de los medios de comunicación] es muy muy deshonesta; son malas personas».[1]

El bulo y la mentira están presentes en casi todos los ámbitos de nuestra cultura. Han pasado a formar parte del día a día. Ya no sabemos si todo lo que creemos es cierto o si se ha colado alguna falsedad en nuestra cotidianidad.

O si, en realidad, todo es un poco mentira.

Bueno, hagamos un poco de arqueología en esta historia.

El 5 de abril de 2015, el Parlamento Europeo se ocupó del tema en su sesión plenaria. Se abordó la necesidad de controlar las noticias falsas, especialmente aquellas que se imponen por su repetición en redes sociales y que acaban creando una realidad paralela. El mundo está cambiando. En la actualidad, prácticamente la mitad de las personas de entre dieciséis y treinta años se informan de lo que ocurre en el mundo exclusivamente a través de esos medios, según el Eurobarómetro de febrero de 2025.

Desde el Parlamento Europeo se trazaron diversos caminos. Algunos miembros se mostraron favorables a la autorregulación. Otros abogaron por la imposición de multas y sanciones. Hubo también quien se negó a cualquier medida, porque se corría el riesgo de silenciar y censurar a los usuarios de internet. Algunos creían que, si algún organismo se encargaba de la regulación, lo que se estaba haciendo era crear una suerte de Ministerio de la Verdad, como aquel que aparecía en la novela *1984*, de George Orwell,[2] donde el Gran Hermano decidía lo que era verdadero o falso. Lo que parecían olvidar estos últimos es que Orwell fue el primero en

denunciar la existencia de mentiras que creaban una realidad paralela. Paradójicamente, ahora son los fabricantes de la posverdad los que usan a Orwell para defender sus ideas. Y es que una de las estrategias favoritas de estos personajes es hacer creer al mundo que ellos son los rebeldes.

No hubo acuerdo entre los líderes europeos, pero sí hubo consenso a la hora de definir el problema. Las empresas tecnológicas que gestionan redes sociales anunciaron que tomarían medidas legales, aunque sea difícil actuar judicialmente cuando los bulos surgen constantemente. Lo importante es poder conocer cómo esas *fake news*, la expresión de moda, redibujan la imagen del mundo que tenemos. Porque una de las cosas que se consiguen con ellas es hacernos creer que el mundo está patas arriba...

La historia, repasada brevemente en aquella sesión del Parlamento Europeo, nos señala dos momentos claves en lo que se refiere a las noticias falsas y a su lucha contra ellas. Por un lado, la derrota de Clinton —los bulos fueron determinantes para que Trump llegara al poder por primera vez—, y, por otro, el deterioro de la imagen pública de Emmanuel Macron, el presidente de Francia, que es uno de los blancos predilectos de los creadores de *fake news*. La lucha de la Eurocámara empezó cuando se descubrió que todas esas mentiras, en ambos casos, tenían que ver con la existencia de organizaciones rusas que favorecían su creación y distribución. En España incluso se determinó —ya en 2015 y por decisión del Departamento de Seguridad Nacional— que las noticias falsas eran una amenaza para la seguridad nacional.

A pesar de que no se llegara a una resolución definitiva en aquella reunión del Parlamento Europeo, sí que se optó por la creación del llamado Grupo de Trabajo East StratCom. Ese grupo distribuye semanalmente un boletín en el que se señala qué noticias son falsas

y qué noticias son auténticas. También se acusaba a grupos periodísticos rusos de divulgar bulos.

Poco después se produjo la derrota de Clinton frente a Trump en las elecciones estadounidenses. Unos comicios en los que la injerencia rusa fue clave. Pese a la inexistencia de pruebas definitivas sobre la intromisión, en la opinión pública mundial ha triunfado la idea de que las redes sociales son las culpables de los resultados.

A raíz de las sospechas, Hillary Clinton encargó al exagente de los servicios secretos británicos Christopher Steele un informe sobre las noticias falsas y la injerencia rusa en las elecciones.

En este, se afirmaba que las empresas digitales generan emociones en sus usuarios, compartidas colectivamente, pero no son responsables de la información que se les transmite. Los experimentos han demostrado que esta se puede manipular, pero también que existe una anomalía en el sistema.

Una anomalía que fue perfectamente diseñada...

La información tiene que crear distracciones. Luego, ha de crear problemas y ofrecer soluciones. La estrategia de la gradualidad y de la diferencia es fundamental. Pero, sobre todo, es muy importante hablar al público como si fueran niños. Utilizar argumentos emocionales por encima de los racionales. Favorecer la ignorancia y la mediocridad, y estimular la complacencia con la situación. En todo este proceso es muy necesaria la culpa, hacer que el destinatario se sienta responsable de las cosas que ocurren. Y es muy importante prever con precisión las reacciones del público.

Todo esto lo dijo Noam Chomsky, para quien la desilusión con las instituciones ha creado el caldo de cultivo ideal para que las *fake news* generen olas de extremismo, racismo, injusticias... Y es que la propaganda se ha confundido con la información. Eso es lo que

quieren algunos Gobiernos: que haya ideas de las que no pueden asumir como suyas que se escuden en la opinión general para legitimarlas.

El mismo Chomsky, en relación a la Gran Depresión de 1929, y comparándola con los tiempos actuales, decía: «Se tenía la idea de que juntos se podía vencer a la crisis. Y eso se ha perdido. Ahora vivimos la sensación de que estamos solos y de que no hay nada que hacer».[3]

La revista *Science* publicó un estudio —se titulaba *La difusión de noticias verdaderas y falsas en línea*, estaba elaborado por varios investigadores del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) y se dio a conocer el 9 de marzo de 2018— que analizaba la velocidad a la que las *fake news* se compartían en la red en comparación con las noticias reales. El estudio concluyó que la mentira viaja un 70 % más rápido que la verdad.

El especialista Alex Rayón, ingeniero de la Universidad de Deusto, me afirmó durante una charla que la veracidad ya no importa y que estos bulos han confeccionado un mundo en el que la posverdad es más importante. Señala la existencia de un sesgo de confirmación: el usuario solo busca informaciones que refuercen sus percepciones de la realidad. Las *fake news*, al apelar al prejuicio y al sentimiento, validan, aunque sean falsas, las creencias previas. Y añadía: «Tengo la sensación de que la gente está convencida de que lo que lee no es verdad». Venía a decir que la mayoría de las personas no se cree los bulos. Pero quienes los difunden los utilizan para validar sus argumentos y por eso los transmiten como si fueran información auténtica.

Durante décadas hemos luchado contra la propaganda, pero ahora la hemos hecho nuestra. Ha triunfado. Dudamos y cuestionamos, pero no verificamos. Soltamos y soltamos datos, creemos que nos

dan cuerda para ganar los debates, pero estamos atados cada vez más en corto.

Cuando se duda de todo, se abre paso a situaciones donde hay una falta de control. Y con ello, también al populismo y a la «mano dura». Otro experto, el pensador y periodista Edward Schumacher-Matos, decía que las *fake news* son síntoma de un problema más grave. Según él, antes de determinar qué contenido es una noticia falsa, es necesario tener en mente que existen diversos tipos de falsedad. Hay tres tipos. Por un lado, lo que llama *misinformación*, que sería la propaganda compartida sin intención de engañar; por el otro, la desinformación, las verdades a medias con un fin específico; finalmente, la mala información, que es la que genera discursos de odio y hostigamiento.

Las *fake news* son solo una parte del problema. Son el síntoma de la realidad que se ha creado: un conjunto de ideas asumidas y los sesgos en los que cae la sociedad. Vivimos en el desorden, pero para arreglar la situación no es suficiente con acabar con el problema evidente, las mentiras. Fomentar el pensamiento crítico y el análisis de la información es el camino. Sin olvidar, por supuesto, que la verdad no es lo que nos dicen...

Si caemos en la trampa de la desinformación, la mentira y el bulo, seremos obreros de la fábrica de tontos en la que se está convirtiendo el mundo. Al frente del bando de los manipuladores se encuentra Donald Trump. Cuando ganó las primeras elecciones, usó en su favor todo lo que tenía que ver con las noticias falsas. Ahí comenzó su carrera.

Scroll: la herramienta del IV Reich para conquistar el mundo

«En realidad no van a por mí, van a por ti. Yo solo estoy en medio».[1]

El año 2013 marcó un antes y un después. Ese año, los teléfonos inteligentes superaron en ventas a los analógicos. El primer iPhone llegó en 2007 y el primer Android en 2008. Hasta entonces, los teléfonos —aunque desde la década de los noventa del siglo XX había habido algunos con funciones especiales— eran para hablar con otros. Nosotros decidíamos cuándo y para qué los usábamos. A partir de 2013, la situación se invirtió y el teléfono pasó a ser el dueño y el ser humano el esclavo.

Desde ese momento vamos para atrás.

Tanto que la humanidad ha entrado en una nueva fase. La sociedad es infantil. Simple. De reacciones primarias. De impactos. Es una sociedad del «me gusta».

Repetimos, repetimos, repetimos...

Nosotros ya no decidimos. Son otros los que deciden. Somos marionetas. Y somos felices siéndolo. Vivimos en un mundo de ventrílocuos. No hablamos por nosotros. El otro habla por el otro, el otro por ese, ese por aquel... La sociedad se ha vuelto mediocre. Y no solo eso, sino que se premia lo vulgar y lo que es realmente bueno parece ser, en no pocas ocasiones, una basura.

El mundo se ha aplanado. Y es en este contexto en el que debe situarse la llegada de Trump y similares al poder. La infantilización de la sociedad es tan rápida como los fuegos artificiales. Y esa es la llave del poder. «Donald Trump ha sentado las bases de la oligarquía en Estados Unidos, reclamando para sí, como hombre

inmensamente rico, el más alto grado de inteligencia práctica. Su cerebro, asegura, es el de "un genio"», escribe la intelectual Marilynne Robinson, que añade: «Esto le justifica para pisar normas y tradiciones de los mortales de menor rango».[2]

Ya no triunfan películas poéticas. Triunfa el pan y el circo. Triunfan las nuevas películas de indios y vaqueros, pero ahora los indios y los vaqueros se visten de héroes con poderes mágicos. La realidad no interesa. La hemos cambiado por la ficción. Hasta la crítica social tiene que vestirse de ficción para poder impactar.

Después de la aparición del teléfono inteligente —que nos ha abierto un campo de posibilidades inmenso, pero que es tan maravilloso como alienante—, aparecieron nuevas funcionalidades. Quizá una de las más importantes sea el *scroll* infinito: una interfaz que permite bajar, bajar y bajar —o subir, subir y subir, como se hace en algunas redes sociales— de forma ilimitada en la pantalla del móvil con el impulso del dedo.

Y, aunque lo creamos, no es un invento reciente. Siempre fue un santo grial de la tecnología. En los años noventa se desarrollaron los primeros sistemas que facilitaban el movimiento en las pantallas. Entonces, se utilizaba en los ordenadores con la ayuda de los primeros ratones. En ese momento, los teléfonos analógicos y los móviles eran todavía esos cacharros —«zapatófonos», los llamábamos— que servían solo para hablar a distancia. Poco después apareció el ancestro del *smartphone* actual. Era el IBM Simon, que no dejaba de ser un teléfono unido a un ordenador, pero que ya era capaz de mandar señales para activar, por ejemplo, una impresora. Ese aparato contaba con una suerte de agenda y varios blocs de notas. Lo más novedoso, sin embargo, era que presentaba una innovación que acabaría siendo toda una revolución: su pantalla era táctil. Aunque costaba un dineral, su aparición marcó el camino a

seguir, que después fue desarrollado por la empresa del sector más poderosa del momento, Nokia.

Su modelo 9000 supuso otro gran paso. Media década después aparecieron las BlackBerry, aunque estos teléfonos móviles aún estaban a medio camino entre los analógicos y los digitales. Las BlackBerry, que contaban con una especie de «boli» para utilizar la pantalla, tenían un teclado físico completo. Las utilizaban los empleados de grandes empresas, personas de alto poder adquisitivo y algunos esnobs. Piensa en dónde estabas... ¡Descubrirás que no fue hace tanto tiempo!

Para algunos, como decía, el *smartphone* es, junto con la inteligencia artificial, el avance más importante de la historia de la informática. Y no se les puede quitar la razón: en el año 2006 se acabó de desarrollar el *scroll* infinito.

El hombre responsable de ello fue Aza Raskin, uno de esos genios que ha dado el mundo de la informática. Nació en 1981. Ya con diez años manejaba las primeras interfaces que había desarrollado junto con sus padres, Linda S. Blum y Jef Raskin, uno de los hombres que habían participado en la programación de Firefox y Mozilla. En 2006 —con tan solo veinticinco años— presentó el *scroll* infinito, que con el tiempo lo ha catapultado a ser uno de los treinta inventores más importantes de todos los tiempos, según una lista de Forbes.

Este mecanismo fue ganando importancia a medida que los teléfonos evolucionaban. Cuanto mejor era el software de los aparatos, mejor funcionaba el sistema que permitía el *scroll*. Los primeros móviles inteligentes de uso masivo comenzaron a coger cuota de mercado en 2010, y en 2013, como decía, ya superaban a los analógicos; unos cinco años después eran ya más del 99 % de los dispositivos. Deslizamos lo que nos aparece en la pantalla del móvil durante varias horas al día. Eso significa que, durante todo ese

tiempo, las personas reciben información de manera continuada. De todos esos estímulos solo nos quedamos con las primeras palabras que vemos: simplificamos el contenido y nos quedamos con lo que emocionalmente nos ha impactado. En este sentido, podemos considerar que la posverdad también entra en nuestras mentes gracias a los mensajes simples y descontextualizados que encontramos haciendo *scroll*.

En una entrevista de 2016 en la BBC, Aza Raskin afirmó estar arrepentido de haber creado esta función. Definió el efecto que tiene sobre nosotros como una «cocaína conductual». Dijo que el sistema que había desarrollado genera un impulso tras otro. ¡Lo dijo el mismo inventor del sistema! Quizá ahora te expliques por qué la gente no mira al frente cuando camina por la calle, va como abstraída y usa el móvil de forma compulsiva. Ya no solo las redes sociales, sino también los correos electrónicos o cualquier página web hacen uso del *scroll*. Es por ello que vamos como borregos por la vida, siempre con prisa. Y es que, en realidad, necesitamos recibir la siguiente dosis de estímulos cuanto antes. El sistema, al estar repleto de taras, lo que hace es elevar a tarados al poder.

Hay algo que es la clave de todo: la dopamina.

¿Qué es? No me perderé en disquisiciones. Es un neurotransmisor que libera nuestro cerebro cuando estamos a punto de obtener una recompensa. También es conocida como la hormona del placer. El ser humano necesita dopamina. Y el *scroll* la genera. Durante la pandemia de COVID, que marcó un punto de inflexión en los hábitos, el uso de los teléfonos móviles —y, por tanto, del *scroll*— se multiplicó de forma exponencial. Un aumento que puede parecer lógico por la situación, pero el hecho de que la recuperación de la crisis sanitaria no fuera brusca causó que el ser humano no se

desenganchara de su nueva droga, que se convirtió en una forma de *fast food* cultural.

«Escrolear es fácil, no requiere ningún esfuerzo, está diseñado para que nos desplacemos sin pensar horas y horas [...], pero la realidad es otra, lo que encontramos es casi siempre igual, aburrido, sin emociones, y apenas lo recordamos», dice Philip Gable, profesor de la Universidad de Delaware.[3] Buscamos y buscamos, pero no encontramos nada, con lo cual el río de dopamina no desemboca en el mar, sino que da vueltas por nuestra cabeza. Esta sobrecarga agrieta nuestras defensas y, una vez que tenemos el cerebro agujereado, admitimos cualquier cosa que nos dé soluciones simples a problemas complicados. Hemos llegado a vaciar nuestra mente, hacerla débil, y ahora... ¡somos como niños enjaulados en la ignorancia!

Hemos cambiado el conocimiento por lo que vemos en la televisión, en redes sociales... Abrazamos el impacto. El impulso. El espectáculo. Los fuegos artificiales.

Damos las cosas por hechas antes de pensarlas.

Creemos que lo ingenioso es lo bueno, pero lo ingenioso ya no es lo inteligente.

El mundo se ha vuelto banal e infantil.

¿De quién es la culpa?

La culpa es de los que se benefician de eso.

En esta sociedad cada uno se explota a sí mismo. Nos hemos hecho empresarios de nuestras neurosis y gestores de nuestros miedos, pero ya no los intentamos vencer. Las personas nos estamos volviendo evitativas y solo miramos de frente los fuegos artificiales, muy visibles y vistosos, aunque no sean necesariamente relevantes ni importantes.

Este mundo de la posverdad no surge por generación espontánea. Es consecuencia de un largo proceso relacionado con la manipulación de las emociones, y cuyo origen se sitúa en los inicios de la publicidad y las relaciones públicas. Una de las características de este fenómeno es que busca conquistar nuestros sentimientos, no la razón. En realidad, la posverdad nos vende ideas y utiliza las mismas herramientas de las que se sirve para vender casas, coches o muebles.

El padre de estos mecanismos publicitarios es Edward Bernays, un hombre que tenía claro que en el mundo hay dos clases de personas: las que forman parte de la masa y las que son individuos. La masa no piensa y es fácil de manipular. En su opinión, la publicidad debía convertir a los individuos en aquella, es decir, despersonalizarlos. Esto es lo mismo que plantean ciertas corrientes políticas actuales. Bernays pensaba que, para conseguir su objetivo, la publicidad debía nutrirse de todo el bagaje cultural de tópicos, ideas preconcebidas, expectativas, creencias, anhelos comunes...

Sus palabras fueron tomadas como una lección por el ministro de propaganda nazi, Joseph Goebbels. Posteriormente, a Bernays lo contrataron algunas grandes empresas para publicitar sus productos, pero también algunos Gobiernos. En política, sus propuestas tenían un objetivo claro: promocionar mensajes e ideas inaceptables y conseguir que la gente los tomara como algo razonable y que no se planteara su origen.

Inventó algo que ahora es muy habitual: «comprar» a la gente que tenía cierta proyección social para acceder, con su altavoz, a las voluntades del resto de las personas. De esa forma, se empezó a utilizar el lenguaje para manipular a la gente y hacerla comulgar con lo que antes era inimaginable. Para él, un buen eslogan podía

generar hábitos en las personas, y una de las mejores formas para difundirlo era pagando a gente influyente para que lo utilizaran.

Otro de los fundamentos de sus técnicas publicitarias consistía en la repetición. Si algo se repite mucho, genera un nivel de aceptación mayor y la gente puede llegar a creer que lo malo es bueno, por ejemplo. «Nos gobiernan, moldean nuestras mentes, forman nuestros gustos y nos sugieren nuestras ideas, en gran medida, hombres de los que nunca hemos oído hablar», decía Bernays.[4] Era su lema. Ahora es el principio que rige el mundo...

Voy a poner un ejemplo de algo que hizo. En los años cincuenta fue contratado para presentar la guerra como algo inevitable. Lo contrató para ello el Gobierno de Estados Unidos. En Guatemala había ganado las elecciones una opción política militar que hizo presidente a Juan Jacobo Árbenz, que no era del gusto de Washington. Bernays se encargó de alimentar la idea de que en Guatemala habían ganado los comunistas y que era necesario derrocarlos del poder, aunque fuera a través del uso de las armas.

Además, el nuevo Gobierno había prometido una serie de medidas para beneficiar a los indígenas y a los propietarios de las tierras. A los suyos. Bernays convenció a la sociedad, a través de notas de prensa y de la repetición de ideas, de que eran planteamientos negativos para el desarrollo de la sociedad. Poco a poco fue cambiando la mentalidad de la gente. Consiguió que los jóvenes se alistaran en masa en el ejército, donde había muchas personas contrarias al presidente.

El Gobierno estadounidense y la CIA, para la que había trabajado Bernays, advirtieron que esas medidas serían contraproducentes para la multinacional más importante en aquel momento, la United Fruit Company, que poseía gran parte de las tierras de Guatemala. Y las cultivaba. Al publicista no le importaba la verdad, una verdad

que decía que aquella empresa vendía sus frutos a otros países a un precio menor para poder enriquecerse, aunque fuera a costa del sufrimiento y la falta de derechos de los trabajadores.

La mayor parte de esos terrenos en riesgo eran plataneros. Eso le sugirió a Bernays una expresión para referirse al país. Una idea que hoy, medio siglo después, seguimos repitiendo para hablar de naciones dirigidas de forma desastrosa. Dijo al Gobierno que estaba convirtiendo el país en una «república bananera». Una expresión que utilizamos sin saber de dónde viene.

Vamos con otra obra suya. Hoy en día sabemos que fumar es un atentado contra nuestro cuerpo y nuestra salud, y que quien lo hace se hace daño. Pese a ello, el fumador no es un suicida, sino la víctima de un sistema que ha conseguido convertir tal actividad en algo que no parece un crimen contra uno mismo, sino algo completamente normal. Bernays tuvo mucho que ver. Convirtió a los fumadores en cómplices pasivos. Le importaba un comino la salud de la gente. Intentó enganchar a las mujeres, ya que originalmente era cosa de hombres. Convenció a sus clientes de que había que cambiar la realidad. Hizo que el Gobierno pagara a directores de cine y televisión para sacar en la gran pantalla a mujeres fumando. Y convertir así ese acto, en las mentes de los espectadores, en un símbolo de lucha, libertad e independencia. Convenció a las mujeres de que fumar era encender «antorchas de libertad». Así duplicó el mercado. En nuestro país, durante la Transición, también se convirtió en un síntoma de libertad, pero él fue quien originalmente consiguió, gracias a sus mensajes, que se unieran ambos conceptos. Bernays vinculó la idea de libertad con el acto de fumar.

Otra de sus frases icónicas fue: «Tenemos que controlar la mente de la gente sin que se note». Sus ideas —que ahora ya rigen nuestras sociedades y son las que causan, como decía, que perso-

najes como Trump lleguen al poder— esclavizaron a las personas. Decía que para conseguirlo había que definir, en primer lugar, unos objetivos. Luego, investigar a las personas. Convertirlas en clientes de ideas y objetivos. Decidir qué estrategia es necesario seguir. Desarrollar mensajes y tácticas. Ese era su planteamiento. Con esas ideas, que se encuentran en su libro *Propaganda*,[5] sedujo a los constructores del nazismo...

Decía que el *buen gobierno* puede venderse a una comunidad como cualquier otro artículo. Había que apelar a las emociones. Como hemos visto, este es el dogma fundamental de la publicidad. Y también el fundamento de la posverdad: despertar los sentimientos más primarios para lograr sus objetivos. En definitiva, la posverdad emplea ideas del creador de la publicidad moderna para lograr que creamos mentiras y convertirnos en faros y banderas de la falsa realidad.

Al preparar un reportaje para la radio en el que hablaba sobre la deriva de la sociedad, consulté a varios expertos. Quería saber por qué no existían ya ideales, sino únicamente intereses. Por qué nuestra sociedad se había convertido en una tan poco interesada en la realidad y más bien centrada en lo que conviene a esos intereses. Y cómo se había alcanzado el grado de despreocupación actual, donde parece que solo nos interesa hacer tonterías infantiles delante del móvil. Uno de los pensadores con los que conversé fue el filósofo Francisco Martorell Campos, que, respecto a los mandatarios y algunos personajes populares, afirmaba: «Son incapaces de pensar a largo plazo, sin sentido alguno del interés general, sin rastro alguno de pensamiento crítico, nos hemos convertido en personas que consumen píldoras de pensamiento sin ningún tipo de profundidad. Todo se ha simplificado».[6]

Él mismo me señaló que los favores son ahora un pago a plazos y con intereses. El mundo es una caricatura en la que solo nos interesa el dinero. Tras pensar en ello, qué mejor que preguntar a Atxe, una ilustradora que ha hecho un trabajo excepcional y que en sus libros y dibujos ha ido más allá de las apariencias. Me dijo: «Hemos convertido la vida en una esclavitud de las deudas. A las personas se las ha endeudado para poder seguir comprando, de modo que el capitalismo se ha convertido en más voraz».[7] Nos hemos pasado toda la vida trabajando para ganarnos el derecho a una jubilación, a la que solo accedemos si hemos cumplido con nuestras «obligaciones», que ahora no son otra cosa más que deudas y plazos. Trabajamos para pagar, y pagamos para «vivir» y comprar. La vida se ha convertido en una rueda en la que luchamos para llegar a final de mes gracias a no vivir durante ese mes. «Se nos ha empujado a niveles de consumo cada vez más altos, desbocados y absurdos. Cada vez consumimos más cosas innecesarias. Necesitamos poco para vivir, pero queremos el último móvil, las últimas zapatillas o la última colonia, pero no dignidad en la vida, un sueldo justo y recursos para el día a día», me contaba hace unos años la periodista Brenda Chávez.[8] «El consumo es como un anestésico», me explicó la experta, autora de un libro que me marcó mucho: *Tu consumo puede cambiar el mundo.*[9]

La fiebre consumista es la que está detrás de una serie de comportamientos que han hecho del ocio una forma de promocionar lo que, precisamente, hay que odiar. Que ocio y odio se diferencien en una letra no es casualidad. Se ha convertido el ocio en un canal de expresión de lo que es bueno y de lo que es malo. «Vivimos en una sociedad de consumo que nos consume y en la que cada vez somos más el producto, la reflexión se reemplaza por la repetición, el pensamiento por la imagen vacía; no hay metáforas ni palabras,

solo hay ideas vacías que se repiten hasta el infinito con el dinero», me contaba el escritor y actor Javier Tenías en una de las muchas y largas conversaciones que hemos tenido.

Uno de los grandes pensadores de la historia de la antropología, Marvin Harris, sitúa en el siglo XIX el nacimiento del consumismo moderno. La revolución industrial amplió el mercado y el número de bienes materiales que hasta entonces solo estaban al alcance de las clases altas. El desarrollo de la publicidad acercó los productos a la sociedad, y la clase media se sintió más cerca de la clase alta para comprar y acumular.

En cierto modo —o sin el «cierto»—, Trump maneja su país como si fuera una empresa. Es asombroso que haya algunas personas a quienes les parece bien esta gestión. Se está levantando un muro que separa cada vez más dos formas distintas de ver el mundo.

Poco antes de escribir este libro, fui a dar un paseo con mi pareja por la zona de Madrid en la que yo había vivido al llegar a la capital. Evidentemente, cuando yo vivía allí era una zona barata. Entonces mis recursos eran limitados. Mi casa era un estudio de poco más de veinte metros cuadrados, tan pequeño que podía cocinar con las manos en la cocina y los pies en el salón. Allí fui muy feliz; lo inmaterial me hizo feliz, algo que hemos perdido hoy en día, cuando vinculamos el gozo al bolsillo y no a la cabeza. El alquiler me costaba tan solo cincuenta mil pesetas al mes, unos trescientos euros de ahora. Era 1995, más o menos. Había pequeños comercios, mercados de alimentos (de aquellos en los que se compraba solo lo que hacía falta), zapaterías donde te arreglaban los zapatos...

El piso estaba en la calle Fuencarral de Madrid, entre la Gran Vía y la glorieta de Bilbao. Esa birria cuesta hoy cuatro veces más. En ese paseo, mi novia y yo encontramos sitios fantásticos. Pero las tiendas de barrio y los comercios tradicionales habían desaparecido. Las

cafeterías ya no son el bar de Fulanito, sino cadenas, y todos los establecimientos son de grandes marcas y tienen nombres tan conocidos como repetidos.

Eso sí, había muchas luces. Que iluminación no falte para ver aquello que (no) podemos comprar. Generar frustración es un arma en este mundo en el que vivimos. Básicamente la zona antes era cañí, pero ahora es muy comercial y «modernilla». Un tipo de transformación que han sufrido mil lugares, especialmente en el centro de las ciudades, que han pasado de ser sitios especiales a auténticos centros comerciales al aire libre.

Es buen momento para recordar las palabras del filósofo Gilles Lipovetsky sobre este asunto: «Las sociedades consumistas se emparientan con un sistema de estímulos infinitos, de necesidades que intensifican la decepción y la frustración cuanto más resuenan las invitaciones de felicidad al alcance de la mano».[10] Y es que, como nos recuerda el escritor Javier Garcés Prieto: «El sistema económico necesita ciudadanos adictos al consumo, y se ha esforzado en crearlos y mantenerlos así, aunque el precio haya sido destruir la esperanza de una sociedad más humana y un desarrollo personal más pleno para todos».[11] Y para lograrlo, se nos hace creer en la felicidad; por ello la publicidad siempre ha vendido ilusiones de la misma. La posverdad consiste en eso: en vender falsa felicidad. Y si no se consigue, se genera frustración. Y ese mundo es el que explica que personajes como Trump —contrarios a los que, dicen ellos, nos han vendido falsas esperanzas— hayan recibido apoyo.

Negamos las cosas. Soltamos insultos. Debatimos sin argumentos, y solo a base de impulsos. Las redes sociales se han convertido en un espejo de lo que es hoy el mundo. Reflexionar se ha demonizado. La conciencia se apaga. Nuestra personalidad es un lienzo en blanco,

en el sentido de que nuestra posición sobre el mundo se basa en seguir opiniones ajenas. Nadie se moja. Nadie usa el diálogo para argumentar. Simplemente asentimos. Si pensamos por nosotros mismos, corremos el riesgo de parecer raritos. Antes, quien tenía las repisas llenas de libros era un referente, pero ahora es un bicho extraño. Antes se le miraba con admiración, ahora con desprecio. De este modo, la sociedad está convirtiéndose en una colección de grises.

«Es preocupante que la cultura popular sea la base del olvido. La sociedad se basa en eso: en olvidar rápido para generar contenidos vacíos. Estamos creando una sociedad despreocupada de cuestiones importantes para centrarnos en chistes y en vulgaridades, pero para parecer modernos, llamamos a esas cosas memes», me decía el cineasta Mikel Navarro en una de nuestras charlas.

Ya no podemos volver atrás. El mundo está del revés. Lo bueno es malo. La maldad y los pensamientos negativos se han convertido en algo casi habitual.

Somos pesimistas, aupamos a los malos y... ¡no importa!

Epílogo
Ego contra ego

> «¿Que si creo que [la tortura por ahogamiento simulado] funciona? Absolutamente».[1]

Bajó la escalinata del Air Force One con una lentitud pasmosa. Veinticinco escalones. Cada paso duraba todo un segundo. Su mano apuntaba siempre a la izquierda. En ningún momento dejó de agarrar la barandilla. Bajó cabizbajo. Con dificultades. Lento. Con los ojos medio cerrados, hacia el suelo. Con el rostro serio. ¿Cansado?

Traje azul oscuro que le quedaba un poco grande. Corbata roja. Unos pasos por detrás de él, iba uno de sus hombres de seguridad. Otros dos, vestidos de militares, lo esperaban abajo, cada uno a un lado de la rampa. A la derecha, otros cuatro. Dos mujeres y dos hombres. Tenían las manos cruzadas sobre el vientre. Seguramente eran conscientes de que se iba a producir uno de los momentos más importantes de la historia del siglo XXI. Sin lugar a dudas, era el momento más trascendente de la era de Donald Trump...

En una pista cercana había aterrizado minutos antes el Ilyushin IL-96-300PU, el avión presidencial ruso. Apenas tenemos datos sobre cómo es. Sabemos que mide 55 metros de largo y sesenta de envergadura. Son quince metros de longitud menos que el del yanqui, que en los últimos meses se había convertido en algo así

como un plató de televisión: el escenario donde Trump daba una especie de rueda de prensa, de pie, junto a uno de los pasillos, con pinta de acabar de salir del baño. Siempre aprovechaba ese momento para, con expresión soberbia, lanzar advertencias y decir burradas —un nuevo arancel, otra deportación, una queja sobre algún enemigo...

El presidente de pelo naranja tardó más de cuarenta minutos en salir de su nave. Se mantuvo dentro del Air Force One hasta que el avión presidencial ruso aterrizó y se clavó en la pista, 31 minutos más tarde que el estadounidense. Tres minutos después de que Trump iniciara la bajada, la puerta del avión ruso se abrió.

Vladímir Putin salió con fuerza. Con seguridad. Veinticuatro escalones. Diecisiete segundos. Casi ni se sujetó, aunque mantuvo su mano derecha cerca de la barandilla. Si debatían en lenguaje no verbal, desde luego, ganó el ruso. Abajo lo esperaban dos agentes de seguridad. Uno de ellos se dirigió a él, pero apenas le hizo caso.

Donald Trump era el anfitrión. El escenario era la inmensa base militar Elmendorf-Richardson, situada en las inmediaciones de Anchorage, la ciudad más grande del estado de Alaska, que compró Estados Unidos a Rusia en 1867 por algo más de siete millones de dólares. Desde luego, todo era extraordinariamente simbólico...

Trump llegó al punto de encuentro 39 segundos antes que Putin, e incluso le aplaudió. El gesto, desde luego, aumentaría la ansiedad del estadounidense, que, por primera vez en su vida, tuvo que esperar a su «invitado». Ambos se dirigieron a un pódium decorado con el letrero «Alaska 2025». En el camino, Trump se llevó la mano a la sien para efectuar el saludo militar. Mientras, a Putin solo parecía importarle más dar la mano más fuerte y más veces. Mostraban, desde luego, dos egos distintos. El de Trump se

manifestaba en la apariencia y en hablar fuerte. El de Putin era un ego de silencio, un ego de matar callando...

Durante tres horas estuvieron reunidos allí mismo. Sin testigos. El objetivo era alcanzar la paz en Ucrania, un país que no fue invitado a la cita. Estaban «discutiendo» sin el tercero en discordia, el país donde se libraba, desde hacía tres años, una guerra que no parecía tener fin y que era, desde luego, el conflicto que más estaba desestabilizando el mundo. Rusia había logrado conquistar algunos territorios del este del país, en especial las regiones de Lugansk y Donetsk. Estaba ganando, pero lentamente. La guerra estaba causando un mal mayúsculo, pero no estaba siendo el paseo militar que se esperaba de Rusia, pese a que la fortaleza de su ejército hubiera provocado un daño atroz.

La reunión fue calificada por Trump como muy productiva, pese a que nadie más la definió así. No sirvió de nada. El objetivo del presidente estadounidense era conseguir el final de la guerra. Su acercamiento a Rusia —inaudito en algunos momentos, tanto que casi parecía que fueran amigos y que irían en el mismo bando en caso de contienda mundial— solo se cuestionó durante las semanas anteriores al evento, en las que Trump pareció darse cuenta de que había cortejado demasiado a Putin...

Tras la reunión hubo algunas críticas. Pese a las expectativas que Trump había creado, no hubo ni tregua ni alto el fuego. Sin embargo, no dejó de presentar el encuentro como un avance para la paz. La realidad chocaba contra su obstinación. Incluso respondió airado a quienes osaban dudar de los beneficios de la cita, comentarios que Trump se tomó como un ataque personal. «He terminado con seis guerras en seis meses. [...] Mi promedio es una guerra por mes», alegó en la Casa Blanca en julio.[2] Y se quedó tan ancho. Es más, llegó a sugerir que se merecía el Premio Nobel de la

Paz. «Nunca me darán el Premio Nobel de la Paz [...] Es una lástima. Me lo merezco, pero nunca me lo darán», dijo, e insinuó que algunas fuerzas del Estado profundo tramaban algo contra él.[3] ¿Vive en otra realidad o simplemente es un provocador?

Sus palabras siempre han sido estremecedoras.

De todos sus comentarios, el más escandaloso fue el del 7 de julio de este mismo año. Trump y el primer ministro de Israel, Benjamín Netanyahu, cenaron juntos en la Sala Azul de la Casa Blanca. Justo unos instantes antes de que les sirvieran la comida, Netanyahu se levantó y entregó un sobre a Trump. En dicho sobre, el primer ministro israelí recomendaba para el Premio Nobel de la Paz a Trump, que se mostró agradecido por la deferencia.

Desde luego, la propuesta parecía una broma del mal gusto. Genera espanto y desprecio. Es curioso que quien hacía esta propuesta tuviera prohibida la entrada en muchísimos países como consecuencia de una orden de arresto, emitida por el Tribunal Penal Internacional, por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad —Netanyahu había ordenado atacar Gaza, donde habían muerto y siguen muriendo, mientras escribo estas líneas, decenas de miles de palestinos—. Sin embargo, Trump protegió al israelí y no ejecutó la orden, que era igual que la que pesaba sobre Vladímir Putin. El resto se cuenta solo: el hombre que había vulnerado la orden de arresto contra uno y otro por crímenes contra la humanidad era recomendado para ser galardonado con el Premio Nobel de la Paz por uno de ellos. Es, cuanto menos, pavoroso.

Trump dijo que acabaría con las guerras de Gaza y Ucrania nada más ser investido presidente. La realidad y el tiempo han demostrado que no era cierto.

Y también han demostrado que no le importa no haberlo conseguido.

Posiblemente, el momento más oscuro y terrible de Donald Trump fue el que protagonizó el 4 de febrero de 2025, unos meses antes de la cena con Netanyahu, cuando compareció ante los medios junto al israelí. Quien más, quien menos, quedó petrificado cuando Trump mencionó la posibilidad de hacerse con el control de la franja, expulsar a los palestinos y desarrollar un proyecto urbanístico que acabaría convirtiendo la zona en «la Riviera de Oriente Medio». Trump calificó ese proyecto de hermoso. Y dijo que podría generar muchos empleos y ser muy rentable...

Días después, el 26 del mismo mes, compartió en Truth Social, su propia red social, un vídeo efectuado con inteligencia artificial donde se veía Gaza convertida en una ciudad de vacaciones, con rascacielos, casinos y restaurantes. El edificio más llamativo era un hotel, el Trump Tower. Esto lo hizo a sabiendas de que el lugar llevaba meses convertido en una tumba y sometido a los bombardeos de Israel: todo estaba destruido, la gente pasaba hambre, el 80 % de las casas habían sido bombardeadas y todos los hospitales había quedado reducidos a cenizas... El mundo entero estaba empezando a calificarlo como un genocidio y Trump, mientras tanto, divulgaba ese vídeo siniestro. ¿Alguien normal y en sus cabales haría algo así? No hay que ser un sabio para saber que no...

En su momento, fui seleccionando textos de especialistas y psiquiatras que valoraban la posibilidad de que la mente de Donald Trump sufriera algún tipo de desequilibrio. Tras la aparición de imágenes de varios niños enjaulados que iban a ser deportados, un equipo de especialistas en salud mental se puso a trabajar en esta hipótesis. Al frente estaba Bandy X. Lee, psiquiatra y profesora de la Universidad de Yale. El equipo elaboró un informe titulado *El peligroso caso de Donald Trump*.[4] En total, veintisiete psiquiatras concluían que el presidente estadounidense era un personaje

peligroso: «Observamos signos de inestabilidad mental y peligrosidad social, crueldad, personalidad narcisista, falta de compasión, de ética y empatía e indiferencia ante las consecuencias de actos ofensivos contra otros».

La investigadora recogió también testimonios de varios trabajadores de la Casa Blanca: ellos habían visto a Trump muy de cerca y habían estado a punto de convivir con él, y le confirmaron que el presidente tenía momentos erráticos y en los que parecía estar fuera de sí. «Me llamaron en octubre de 2017 y me aseguraron que su comportamiento los asustaba y que creían que se estaba desmoronando», escribió en *The Conversation* el 13 de septiembre de 2018. «La discapacidad de Trump es un patrón familiar para una experta en violencia como yo, pero dado su nivel de gravedad, no hay que ser un especialista para saber que es peligroso».[5]

Hay decenas de valoraciones similares. No es una broma. «Quedar cautivados por sus declaraciones es precisamente el objetivo de sus palabras. En cierto modo, quedamos a su merced cuando nos atrapan y nos paralizan. Aunque hay motivos para indignarse, no podemos dejar que esa indignación nos inunde y nos bloquee la mente. Porque este es el momento de comprender las pasiones fascistas que alimentan esta descarada lucha por el poder autoritario», escribió Judith Butler, profesora de la Universidad de Berkeley, en un artículo para *The Guardian*.[6]

Justo unas horas antes de que me sentara a escribir estas líneas, agentes del FBI registraban la casa de John Bolton, que había sido consejero de Seguridad Nacional durante el primer mandado de Trump. Recientemente se había mostrado crítico con el papel del presidente durante la reunión con Putin. Dijo que esta había sido poco más que una puesta en escena. Que no había servido de nada. Al de la cara naranja le molestó la postura de su antiguo aliado.

Y acto seguido, el FBI se presentó en su casa. Un último vistazo a las noticias me revela que Trump acaba de despedir al jefe de Inteligencia del Pentágono, Jeffrey Kruse, que había escrito un informe crítico con el ataque a Irán por parte de Estados Unidos el 22 de junio de 2025. Este había dicho que la Operación Martillo de Medianoche —así se llamaba— no había logrado destruir el programa atómico de Irán. Según su expediente, no había sido tan destructiva como el presidente había dicho... Le llevó, pues, la contraria. Resultado: despido. Así es Trump. Vengativo, narcisista, sádico, anticientífico, anticultura, machista, homófobo, xenófobo, racista, soberbio, malhumorado... ¡Da miedo! Pero lo que más miedo da es que sea venerado por parte de la sociedad.

Madrid, domingo 24 de agosto de 2025, 02:51.

Agradecimientos

Este libro jamás hubiera sido posible sin la participación y ayuda de Ángeles Aguilera y el equipo de no ficción de la editorial Planeta. Las características de este trabajo hacen que el proceso de realización sea distinto. Aunque haya sido arduo, gracias a su labor, todas las referencias y citas de la obra están justificadas y documentadas. Ahora, cuando ves el libro, tiene empaque y rotundidad. Ella y los suyos son los responsables. Les estaré eternamente agradecido.

También quiero dar las gracias a todos los corresponsales, articulistas y periodistas —citarlos uno a uno sería imposible— que desde Estados Unidos o desde cualquier otro lugar del mundo han dado información y referencias sobre el día a día de Trump. Todos han ido formando mis posiciones y nutriendo mi conocimiento.

Por supuesto, quiero recordar a todas las personas que han respondido a mis cuestiones, participado en entrevistas, y a quienes les he pedido asesoramiento o ayuda. Evidentemente, a mis compañeros de Onda Cero y a los colaboradores del programa de radio que dirijo, *La rosa de los vientos:* Fernando Rueda, Manuel Carballal, José Manuel Escribano, Mado Martínez, Miguel Pedrero, Josep Guijarro y Juan José Sánchez-Oro. Quiero igualmente agradecer a mi amigo, el escritor y poeta Javier Tenías, su ayuda y colaboración para revisar cada línea. Gracias a ellos soy quien soy y este libro es el que es.

Por último, quiero recordar la figura de Donald Trump. Sin él, este libro no existiría. Sin embargo, desprecio todo lo que representa. No le estoy agradecido. Son unos pocos como él y sus palmeros del IV Reich los que están haciendo de este mundo un lugar infernal, pero muchos luchamos por ayudar a la humanidad a salir del pozo en el que la están metiendo. Que no se olvide: pese a gente como él, la lucha continúa.

Notas

Introducción. Heil Donald

1. O'Brien, Timothy L., *TrumpNation: The Art of Being the Donald*, Grand Central Publishing, Nueva York, 2005.

2. Bharade, Aditi, «Trump dice que está bien haber conseguido una buena foto porque "normalmente hay que morir para conseguir una imagen icónica"», *Business Insider*, 15 de julio de 2024, trad. de Aguiar, Alberto R. En línea en <https://www.businessinsider.es/politica/trump-dice-bien-haber-conseguido-buena-foto-porque-normalmente-hay-morir-conseguir-imagen-iconica-1395618>

3. Newsom, Gavin (@GavinNewsom), «Trump's parade is nothing more than a vulgar demonstration of just how weak he is», X, 13 de junio de 2025. En línea en <https://x.com/GavinNewsom/status/1933623930193129852>

La bacanal

4. Trump, Donald J., citado en O'Brien, *op. cit.*

El búnker

1. US Department of State, «Discurso de toma de posesión del presidente Trump», 20 de enero de 2025. En línea en <https://www.state.gov/translations/spanish/discurso-de-toma-de-posesion-del-presidente-trump>

2. Marrs, Jim, *The Rise of the Fourth Reich*, William Morrow, Nueva York, 2008.

Elon y Peter

1. US Department of State, *op. cit*.

2. Chris McGreal, entrevistado por Amy Goodman, *Democracy Now!*, 11 de febrero de 2025. En línea en <https://www.democracynow.org/es/2025/3/27/elon_musk_south_africa>

3. *Ibid.*

4. Thiel, Peter, «The Education of a Libertarian», *Cato Unbound*, 13 de abril de 2009.

5. Cardeñosa, Bruno, *Triple A*, Cúpula, Barcelona, 2011.

6. Sacks, David O., y Thiel, Peter, *The Diversity Myth*, Independent Institute, Oakland, 1998.

Proyecto 2025

1. Downen, Robert, y Melhado, William, «Trump vows retribution at Waco rally: "I am your warrior, I am your justice"», *Louisiana Illuminator*, 26 de marzo de 2023. En línea en <https://lailluminator.com/2023/03/26/trump-vows-retribution-at-waco-rally-i-am-your-warrior-i-am-your-justice/>

El Gran Hermano

1. The White House, «The Inaugural Address», 20 de enero de 2025. En línea en <https://www.whitehouse.gov/remarks/2025/01/the-inaugural-address/>

De aquellos polvos, estos lodos

1. Trump, Donald J., y Schwartz, Tony, *The Art of the Deal*, Penguin Random House, Nueva York, 1987. Disponible en castellano: *Trump. El arte de la negociación*, Grijalbo, Barcelona, 1989.

2. Vallés, Vicente, *Trump y la caída del imperio Clinton*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.

3. Agencia EFE, «Trump: "Podría disparar a gente en la Quinta Avenida y no perdería votos"», *El Mundo*, 24 de octubre de 2016. En línea en <https://www.elmundo.es/internacional/2016/01/24/56a4c8cb46163f7d788b4636.html>

4. Federal Election Commission, *Federal Elections 2016*. En línea en <https://www.fec.gov/introduction-campaign-finance/election-results-and-voting-

information/federal-elections-2016/>

5. Carpio, J. Á. *et al.*, «Estados Unidos gira a la derecha: la victoria de Donald Trump, en mapas y gráficos», RTVE, 6 de noviembre de 2024. En línea en <https://www.rtve.es/noticias/20241106/elecciones-eeuu-2024-claves-resultados/16317750.shtml>

6. En junio de 2025, el Gobierno de los Estados Unidos aún no había ofrecido los datos oficiales, pero sí la fuente más fidedigna que existe: la Universidad de California en Santa Bárbara. Según la institución, Kamala Harris consiguió un 48,34 % de los votos, mientras que Donald Trump se hizo con un 49,81 %. «The American Presidency Project», UC Santa Barbara. En línea en <https://www.presidency.ucsb.edu/statistics/elections/2024>.

7. Federal Election Commission, *op. cit.*

Saludos nazis

1. El 28 de febrero de 2016, Trump retuiteó en su perfil de X el mensaje: «It's better to live one day as a lion than 100 days as a sheep». El tuit provenía de un perfil automatizado que se dedicaba a publicar citas del dictador italiano Benito Mussolini. Cuando Trump fue preguntado por ello en el programa *Meet the Press* de la NBC, su respuesta fue: «Quiero que se me relacione con frases interesantes. [...] Mussolini fue Mussolini, ¿qué cambia eso? He captado tu atención, ¿no?». Redacción BBC, «Trump retweets quote attributed to fascist leader Mussolini», *BBC News*, 28 de febrero de 2016. En línea en <https://www.bbc.com/news/world-us-canada-35682844>

2. Se denomina «la zona» a todos aquellos asuntos del ámbito informativo. Steve Bannon, citado en Lewis, Michael, *The Fifth Risk*, Allen Lane, Londres, 2018.

3. RTVE, «Brexit». En línea en <https://www.rtve.es/noticias/brexit/referendum/>.

4. Cadwalladr, Carole, y Graham-Harrison, Emma, «Revealed: 50 million Facebook profiles harvested for Cambridge Analytica in major data breach», *The Guardian*, 17 de marzo de 2018. En línea en <https://www.theguardian.com/news/2018/mar/17/cambridge-analytica-facebook-influence-us-election>

5. Zuckerberg, Mark, «It's time to get back to our roots around free expression. We're replacing fact checkers with Community Notes, simplifying our policies and focusing on reducing mistakes. Looking forward to this next chapter», vídeo de

Facebook, 5:17, publicado el 7 de enero de 2025. En línea en <https://www.facebook.com/watch/?v=1525382954801931>

6. Sanches, Mariana, «Steve Bannon: "Derrubem o processo contra Bolsonaro, derrubamos as tarifas"...», *UOL*, actualizado el 17 de julio de 2025. En línea en <https://noticias.uol.com.br/colunas/mariana-sanches/2025/07/10/steve-bannon-derrubem-o-processo-contra-bolsonaro-derrubamos-as-tarifas.htm?cmpid=copiaecola>

7. Silva, Brenda, «"Leave Bolsonaro alone," says Trump as he criticizes action against former president», CNN Brasil, actualizado el 7 de julio de 2025. En línea en <https://www.cnnbrasil.com.br/politica/deixem-bolsonaro-em-paz-diz-trump-ao-criticar-acao-contra-ex-presidente/>

8. Embajada y consulados de Estados Unidos en Brasil, 31 de julio de 2025. En línea en <https://br.usembassy.gov/president-donald-j-trump-addresses-threats-to-the-united-states-from-the-government-of-brazil/>

9. Rodríguez Álvarez, Sabela, «Steve Bannon, el padrino de la ultraderecha que confía en Vox», *infoLibre*, 31 de marzo de 2019. En línea en <https://www.infolibre.es/internacional/steve-bannon-padrino-ultraderecha-confia-vox_1_1168891.html>

La Ilustración oscura

1. US Department of State, *op. cit.*

2. Åsa Wikforss, *Hechos alternativos*, Tecnos, Madrid, 2024.

3. Cardeñosa, Bruno, «La Ilustración oscura», Onda Cero, 32:01, 10 de marzo de 2025. En línea en <https://www.ondacero.es/programas/la-rosa-de-los-vientos/audios-podcast/edad-mentira/ilustracion-oscura_2025031067ce76eebd6bf000014ca574.html>

4. Supran, G., *et al.*, «Assessing ExxonMobil's global warming projections», *Science*, 13 de enero de 2023. En línea en <https://www.science.org/doi/10.1126/science.abk0063>

5. Fraguas, Toño, «La "Ilustración oscura": la secta filosófica ultracapitalista tras la extrema derecha», *eldiario.es*, 8 de marzo de 2025. En línea en <https://www.eldiario.es/cultura/ilustracion-oscura-secta-filosofica-ultracapitalista-extrema-derecha_1_12111492.html>

Objetivo Groenlandia

1. Mars, Amanda, y Faus, Joan, «Trump dice que los colegios estarían seguros con profesores armados y con entrenamiento militar», El País, 23 de febrero de 2018. En línea en <https://elpais.com/internacional/2018/02/21/estados_unidos/1519248799_494589.html>

2. Mayes-Osterman, Cybele, et al., «What do Americans think of Trump's plans to acquire Greenland? Half say it's a bad idea», USA Today, 15 de enero de 2025. En línea en <https://eu.usatoday.com/story/news/world/2025/01/15/trump-greenland-poll/77668938007/>

3. Redacción LaSexta.com, «Trump quiere Groenlandia a toda costa y no descarta utilizar la fuerza militar: "Necesitamos el país con urgencia"», LaSexta, 4 de mayo de 2025. En línea en <https://www.lasexta.com/noticias/internacional/trump-quiere-groenlandia-toda-costa-descarta-utilizar-fuerza-militar-necesitamos-pais-urgencia_202505046817d8b55d71dc778a9879ac.html>

4. *La rosa de los vientos*, Onda Cero, 20 de enero de 2025. En línea en <https://www.ondacero.es/programas/la-rosa-de-los-vientos/audios-podcast/edad-mentira/hay-tierras-raras-groenlandia_20250120678dc20a0c57370001be63d7.html>.

5. Puede consultarse en la página web oficial: <https://qinersineq.gl/>

6. Torralba, Carlos, «El independentismo moderado gana las elecciones en Groenlandia», *El País*, 12 de marzo de 2025. En línea en <https://elpais.com/internacional/2025-03-12/el-independentismo-moderado-gana-las-elecciones-en-groenlandia.html>

7. *Ibid*.

8. *El País*, «Primera ministra de Dinamarca: "Groelandia no está en venta"», vídeo de YouTube, 1:16, 3 de febrero de 2015. En línea en <https://www.youtube.com/watch?v=hVmb9SenmVU#:~:text=La%20primera%20ministra%20danesa%2C%20Mette%20Fredriksen%2C%20ha,adquirir%20la%20isla%20no%20era%20una%20broma>

El negocio de destrozar el Ártico

1. Trump y Schwartz, *op. cit*.

2. Mian, Marzio G., *Ártico*, Ariel, Barcelona, 2019.

3. *Ibid.*

4. Fernando Valladares entrevistado por Bruno Cardeñosa, «Siempre que la humanidad se acerca a un problema se acaba negando la realidad», Onda Cero, 26 de enero de 2025. En línea en <https://www.ondacero.es/programas/la-rosa-de-los-vientos/audios-podcast/entrevistas/siempre-que-humanidad-acerca-problema-acaba-negando-realidad_202501266795b8c947e9a00001e8f27a.html>

5. Mian, *op. cit.*

6. *Ibid.*

El canal de Panamá o el canal del imperio

1. US Department of State, *op. cit.*

2. TVN Media, «Presidente Mulino: es clara la soberanía panameña sobre el canal de Panamá», vídeo de DailyMotion, 30 de enero de 2025. En línea en <https://www.dailymotion.com/video/x9d9j82>

La posverdad

1. Trump, Donald J., y McIver, Meredith, *How To Get Rich*, Ballantine Books, Nueva York, 2004.

2. En línea en <https://www.cis.es/es/detalle-ficha-estudio?origen=estudio&codEstudio=3428>

3. Instituto Nacional de Estadística, «Brecha salarial de género (no ajustada a las características individuales) en salario por hora por edad y periodo». En línea en <https://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=10888>

4. Instituto Nacional de Estadística, «Estadística de violencia doméstica y violencia de género (EVDVG). Año 2024». En línea en <https://www.ine.es/dyngs/Prensa/EVDVG2024.htm>

5. López Veneroni, Felipe, *Entre mitos y realidades,* Canal Once, 10 de febrero de 2018.

6. Suskind, Ron, «Faith, Certainty and the Presidency of George W. Bush», *The New York Times*, actualizado el 17 de octubre de 2004. En línea en <https://www.nytimes.com/2004/10/17/magazine/faith-certainty-and-the-presidency-of-george-w-bush.html>

7. Hatfield, James, *El Nerón del siglo xxi: George W. Bush, presidente*, Apóstrofe, Buenos Aires, 2004.

8. Roberts, David, «Post-truth politics», *Grist*, 1 de abril de 2010. En línea en <https://grist.org/article/2010-03-30-post-truth-politics/>
9. Breeur, Roland, *Mentira, impostura, estupidez*, Malpaso y Cía, Barcelona, 2021.
10. Statista Research Department, «Número de homicidios en El Salvador de 2014 a 2023», *Statista (es)*, 12 de septiembre de 2024. En línea en <https://es.statista.com/estadisticas/1337015/el-salvador-tasa-de-homicidios/>
11. Redacción BBC News Mundo, «Elecciones en El Salvador: Nayib Bukele gana los comicios presidenciales según resultados parciales y rompe con treinta años de bipartidismo en el país», 4 de febrero de 2019. En línea en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-47112059>
12. Statista Research Department, *op. cit*.
13. Viana, Israel, «"¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!": la ignorada atrocidad del papa Inocencio II en Béziers», *Abc*, 9 de enero de 2023. En línea en <https://www.abc.es/historia/matadlos-dios-reconocera-suyos-ignorada-atrocidad-papa-20230105004923-nt.html>
14. Grupo Banco Mundial, «El Salvador: panorama general», 17 de abril de 2025. En línea en <https://www.bancomundial.org/es/country/elsalvador/overview>
15. AFP/Agencia EFE, «Tribunal electoral oficializa arrasadora victoria de Bukele en El Salvador», *Primicias*, 9 de febrero de 2014. En línea en <https://www.primicias.ec/noticias/internacional/votacion-bukele-resultado-final-elsalvador/>
16. Snyder, Timothy, *Sobre el autoritarismo*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017.
17. Alemán, Marcos, «Nayib Bukele, el "dictador más *cool* del mundo mundial", se apresta a otros cinco años más de mandato», *Los Angeles Times*, 5 de febrero de 2024. En línea en <https://www.latimes.com/espanol/internacional/articulo/2024-02-05/nayib-bukele-el-dictador-mas-cool-del-mundo-mundial-se-apresta-a-otros-cinco-anos-mas-de-mandato>
18. Garret, R. Kelly, y Bond, Robert M., «Conservatives' susceptibility to political misperceptions», *Science Advances*, 7 (2021): 23. En línea en <https://www.science.org/doi/10.1126/sciadv.abf1234>

La guerra contra lo *woke*

1. US Department of State, *op. cit*.

2. Marín, Rossana, «Elon Musk denunció haber sido engañado para permitir la transición de género de su hija: "Perdí a mi hijo"», Infobae, 23 de julio de 2024. En línea en <https://www.infobae.com/estados-unidos/2024/07/23/elon-musk-denuncia-haber-sido-enganado-para-permitir-la-transicion-de-genero-de-su-hija-perdi-a-mi-hijo/>

3 . Bloomberg Podcast, «President Trump & Elon Musk in the Oval Office: Full Remarks», vídeo de YouTube, 11 de febrero de 2025. En línea en <https://www.youtube.com/watch?v=gAuTb-yMNk4>

4. Crew, Jemma, «Trump signs order to "make America's showers great again"», *BBC*, 10 de abril de 2025. En línea en <https://www.bbc.com/news/articles/cm2eeggyppzo>

5. Arnás, Macarena, *Las firmas de Napoleón, Stalin, Hitler, Elvis... y otras historias de la grafología, Almuzara, Córdoba, 2024.*

El virus conspiranoico

1. Fahrenthold, David, «Trump recorded having extremely lewd conversation about women in 2005», The Washington Post, 8 de octubre de 2016. En línea en <https://www.washingtonpost.com/politics/trump-recorded-having-extremely-lewd-conversation-about-women-in-2005/2016/10/07/3b9ce776-8cb4-11e6-bf8a-3d26847eeed4_story.html>

2. Unicef, «Los casos de sarampión se disparan en todo el mundo». En línea en <https://www.unicef.org/es/historias/casos-sarampion-se-disparan-mundo>

3. Unicef, «Los brotes de sarampión han aumentado en todo el mundo debido a que más de veinte millones de niños no han recibido la vacuna en los últimos ocho años», 25 de abril de 2019. En línea en <https://www.unicef.org/es/comunicados-prensa/brotes-sarampion-han-aumentado-20-millones-ninos-no-han-recibido-vacuna>

4. SMC España, «Aumentan los casos de sarampión en España: cuál es la preocupación y qué medidas tomar», 26 de febrero de 2025. En línea en <https://sciencemediacentre.es/aumentan-los-casos-de-sarampion-en-espana-cual-es-la-preocupacion-y-que-medidas-tomar>

5. Comunicado de prensa conjunto de la Organización Mundial de la Salud y los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de los Estados Unidos, «Aumentan los casos de sarampión en el mundo: 10,3 millones de personas se

infectaron en 2023», 14 de noviembre de 2024. En línea en <https://www.who.int/es/news/item/14-11-2024-measles-cases-surge-worldwide--infecting-10.3-million-people-in-2023>

6. Stabile, Angelica, «Vitamin A as measles treatment? RFK Jr.'s comments spark discussion of benefits and risks», *Fox News*, 6 de marzo de 2025. En línea en <https://www.foxnews.com/health/vitamin-measles-treatment-rfk-jr-comments-spark-discussion-benefits-risks>

7. *Le Monde* y AFP, «États-Unis : un chercheur français refoulé pour avoir exprimé "une opinion personnelle sur la politique menée par l'administration Trump"», 19 de marzo de 2025. En línea en <https://www.lemonde.fr/international/article/2025/03/19/etats-unis-un-chercheur-francais-refoule-pour-avoir-exprime-une-opinion-personnelle-sur-la-politique-menee-par-l-administration-trump_6583618_3210.html>

8. Redacción *Clarín*, «"Tomen la píldora roja": la frase de Elon Musk sobre *Matrix* que celebró Ivanka Trump y enfureció a Lilly Wachowski», *Clarín*, actualizado el 26 de mayo de 2020. En línea en <https://www.clarin.com/internacional/-tomen-pildora-roja-frase-elon-musk-matrix-celebro-ivanka-trump-enfurecio-lilly-wachowski_0__s0tZ1VwF.html?srsltid=AfmBOooJHucv7nttL3HqU1WvR3CDGGlOHBLkiq6AiUUDcm3ca70Eaor9>

9. Pajares, Álvaro L. (coord.), *Memeceno*, La Caja Books, Valencia, 2023.

10. *Ibid*.

11. *Ibid*.

12. *Ibid*.

De QAnon a Musk pasando por Alemania

1. US Department of State, op. cit.

2. Burgard, Jan P., «Warum Elon Musk auf die AfD setzt – und warum er dabei irrt», *Die Welt*, 28 de diciembre de 2024. En línea en <https://www.welt.de/debatte/kommentare/article254982012/Warum-Elon-Musk-auf-die-AfD-setzt-und-warum-er-dabei-irrt.html>

3. ELON CLIPS (@ElonClipsX), «Here's the full conversation from earlier today between Elon Musk and Alice Weidel, co-chairwoman of Germany's AfD party [...]», X, 9 de enero de 2025. En línea en <https://x.com/ElonClipsX/status/1877454219827098 05>

4. *Ibid*.

5. Zornoza, María G., «Elon Musk se abraza a la líder ultra de AfD: "El virus 'woke' ha infectado gravemente a Alemania"», *Público*, 9 de enero de 2025. En línea en <https://www.publico.es/internacional/europa/elon-musk-abraza-lider-ultra-afd-virus-woke-infectado-gravemente-alemania.html>

6. Bassets, Marc, «Cicatrices alemanas: el país del consenso atrapado en la polarización», *El País Semanal*, 16 de febrero de 2025. En línea en <https://elpais.com/eps/2025-02-16/cicatrices-alemanas-el-pais-del-consenso-atrapado-por-la-polarizacion.html>

Estados Unidos vs. China: la nueva Guerra Fría

1. The White House, «Remarks by President Trump on Actions Against China», 29 de mayo de 2020. En línea en <https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-actions-china/>

2. Sherman, Natalie, «Trump to charge high tariffs on 'worst offenders' globally», BBC, 3 de abril de 2025. En línea en <https://www.bbc.com/news/articles/cm257z1y2q9o>

3. Ferguson, Niall, «Does Donald Trump know what he's doing on China?», *The Times*, 28 de marzo de 2025. En línea en <https://www.thetimes.com/comment/columnists/article/does-donald-trump-know-what-hes-doing-on-china-h9lzbjxkf>

4. Martínez-Bascuñán, Máriam, «Combate de titanes», *El País*, 13 de abril de 2015.

1798 (formas de atacar a los inmigrantes)

1. Mascaro, Lisa, «Trump complains about allowing immigrants from "shithole" countries», *Los Angeles Times*, 11 de enero de 2018. En línea en <https://www.latimes.com/politics/la-na-pol-trump-congress-dreamers-20180111-story.html>

2. United States Court of Appeals for the Fourth Circuit, No. 25-1404, 17 de abril de 2025. En línea en <https://storage.courtlistener.com/recap/gov.uscourts.ca4.178400/gov.uscourts.ca4.178400.8.0.pdf>

3. WikiLeaks, «The Guantanamo Files», *Internet Archive,* 25 de abril de 2011. En línea en <https://web.archive.org/web/20110425230945/http://wikileaks.ch/gitmo/>
4. Cardeñosa, Bruno, *Mentiras populares*, Espejo de Tinta, Madrid, 2008.
5. National Portrait Gallery, «Smithsonian Learning Lab Resource: The Spanish Brute», *Smithsonian Learning Lab*, Smithsonian Office of Educational Technology, 2 de noviembre de 2015. En línea en <https://learninglab.si.edu/q/r/106444>
6. Han, Byung-Chul, *Psicopolítica*, Herder, Barcelona, 2021.
7. *Ibid*.
8. US Department of State, «DHS anuncia asistencia de viaje histórica y estipendio para la autodeportación voluntaria», 5 de mayo de 2025. En línea en <https://www.state.gov/translations/spanish/dhs-anuncia-asistencia-de-viaje-historica-y-estipendio-para-la-autodeportacion-voluntaria>

El plan Kalergi

1. Gil, Andrés, «Trump habla de "invasión" de migrantes a Europa en su campo de golf de Escocia mientras emerge la idea del indulto a la mano derecha de Epstein», *eldiario.es*, 26 de junio de 2025. En línea en <https://www.eldiario.es/internacional/trump-habla-invasion-migrantes-europa-campo-golf-escocia-emerge-idea-indulto-mano-derecha-epstein_129_12493660.html>
2. Coudenhove-Kalergi, Richard, *Pan-Europa*, Ediciones Encuentro, Salamanca, 2010.
3. Coudenhove-Kalergi, Richard, *Idealismo práctico*, Omnia Veritas, 2024.
4. Honsik, Gerd, *Adiós, Europa. El plan Kalergi, un racismo legal*, Bright-Rainbow, 2005.
5. Terkel, Amanda, y Lebowitz, Megan, «De "violadores" a "comerse las mascotas": Trump ha usado un lenguaje degradante contra los inmigrantes», *NBC News*, 19 de septiembre de 2024. En línea en <https://www.telemundowashingtondc.com/noticias/eeuu/trump-ha-usado-lenguaje-degradante-contra-inmigrantes/2286354/>
6. Todo Noticias, « "Tenemos muchos malos genes en nuestro país", afirmó el expresidente Donald Trump», vídeo de YouTube, 8 de octubre de 2024. En línea en <https://www.youtube.com/watch?v=NSD2MGTbdH4>

La teoría de los caballos de carreras

1. Donald Trump a un participante de *The Apprentice*, el famoso *reality show* que la NBC emitió entre 2004 y 2017.

2. Tensley, Brandon, «The dark subtext of Trump's "good genes" compliment», CNN, 22 de septiembre de 2020. En línea en <https://edition.cnn.com/2020/09/22/politics/donald-trump-genes-historical-context-eugenics>

3. American Eagle, «Sydney Sweeney Has Great Jeans», vídeo de YouTube, 23 de julio de 2025. En línea en <https://www.youtube.com/watch?v=AK8s3iqL99c&>

4. Mouriquand, David, «Trump defiende a Sweeney tras la polémica nazi del anuncio de American Eagle: "La más sexi que hay"», *euronews*, 5 de agosto de 2025. En línea en <https://es.euronews.com/cultura/2025/08/05/donald-trump-interviene-en-la-polemica-sobre-el-anuncio-de-vaqueros-de-sydney-sweeney-y-ar>

5. Eslava Galán, Juan, *Enciclopedia nazi contada para escépticos*, Planeta, Barcelona, 2021.

6. Vallejo Nágera, Antonio, *Eugenesia de la hispanidad*, Editorial Española, Burgos, 1937.

7. «Neus Català, la última superviviente», vídeo de YouTube, 17 de junio de 2012. En línea en <https://www.youtube.com/watch?v=ToQ-eBhNEeQ>

Con un par

1. Garzón, Laura, «Trump rompe la tradición y anuncia que no asistirá a la toma de posesión de Joe Biden», *France 24*, 8 de enero de 2021. En línea en <https://www.france24.com/es/am%C3%A9ricas/20210108-legisladores-buscan-la-remover-a-del-poder-trump-tras-el-asalto-al-capitolio>

2. McCreesh, Shawn, «A Black Eye at the White House: Did Somebody Punch Elon?», *The New York Times*, 30 de mayo de 2025. En línea en <https://www.nytimes.com/2025/05/30/us/politics/elon-musk-black-eye.html>

Desculturizar

1. Roll Call, «Speech: Donald Trump Addresses the Moms for Liberty Convention in Philadelphia», 30 de junio de 2023. En línea en

<https://rollcall.com/factbase/trump/transcript/donald-trump-speech-moms-for-liberty-convention-philadelphia-pennsylvania-june-30-2023/>

2. Trump, Donald J. (@realDonaldTrump), «REPUBLICANS MUST DEFUND AND TOTALLY DISASSOCIATE THEMSELVES FROM NPR & PBS, THE RADICAL LEFT "MONSTERS" THAT SO BADLY HURT OUR COUNTRY!», X, 1 de abril de 2025. En línea en <https://x.com/realDonaldTrump/status/1907174400144589035>

3. Bonilla-Molina, Luis, «¿Quién es Linda McMahon? Del negocio de la lucha libre al Departamento de Educación de los Estados Unidos», *Viento Sur*, 24 de diciembre de 2024. En línea en <https://vientosur.info/quien-es-linda-mcmahon-del-negocio-de-la-lucha-libre-al-departamento-de-educacion-de-los-estados-unidos/>

4. Jiménez, Miguel, «Trump culpa al Departamento de Educación de los malos resultados escolares: "Vamos a cerrarlo. No nos está sirviendo de nada"», *El País*, 21 de marzo de 2025. En línea en <https://elpais.com/internacional/2025-03-21/trump-culpa-al-departamento-de-educacion-de-los-malos-resultados-escolares-vamos-a-cerrarlo-no-nos-esta-sirviendo-de-nada.html>

5. Vidal Liy, Macarena, «Trump declara la guerra a la ciencia. España (y otros) pueden beneficiarse», *El País*, 25 de mayo de 2025. En línea en <https://elpais.com/internacional/2025-05-25/trump-declara-la-guerra-a-la-ciencia-espana-y-otros-pueden-beneficiarse.html>

6. Vallès, Josep Maria, «¿Puede aún Estados Unidos evitar la quema de libros?», *El País*, 20 de abril de 2025. En línea en <https://elpais.com/opinion/2025-04-21/puede-aun-estados-unidos-evitar-la-quema-de-libros.html>

7. Witze, Alezandra, «75 % of US scientists who answered *Nature* poll consider leaving», *Nature*, 27 de marzo de 2025. En línea en <https://www.nature.com/articles/d41586-025-00938-y>

Trump y Musk: el final del amor

1. US Department of State, «Discurso de toma de posesión del presidente Trump», *op. cit*.

¿Los nuevos diamantes de sangre?

1. Trump, Donald J. (@realDonaldTrump), «[...] I went from VERY successful businessman, to top T.V. Star...»; y «... to President of the United States (on my

first try). I think that would qualify as not smart, but genius... and a very stable genius at that!», X, 6 de enero de 2018. En línea en <https://x.com/realDonaldTrump/status/949619270631256064>

2. Staglianò, Riccardo, *Gigacapitalistas*, Altamarea, Madrid, 2025.

3. Mills, Andrew, «Exclusive: US pushes Congo, Rwanda for peace accord and billion-dollar mineral deals», *Reuters*, 1 de mayo de 2025. En línea en <https://www.reuters.com/world/africa/us-pushing-congo-rwanda-peace-accord-accompanied-by-bilateral-minerals-deals-2025-05-01>

4. Lunar, Rosario, y Martínez-Frías, Jesús, «El coltán, un "mineral" estratégico», *El País*, 26 de septiembre de 2007. En línea en <https://elpais.com/diario/2007/09/26/futuro/1190757604_850215.html>

Fake news: una «guerra» que comenzó en 2015

1. Redacción *Time*, «President Trump Ranted For 77 Minutes in Phoenix. Here's What He Said», *Time*, 23 de agosto de 2017. En línea en <https://time.com/4912055/donald-trump-phoenix-arizona-transcript>

2. Orwell, George, *1984*, Akal, Madrid, 2022.

3. Martínez Ahrens, Jan, «Noam Chomsky: "La gente ya no cree en los hechos"», *El País*, 10 de marzo de 2018. En línea en <https://elpais.com/cultura/2018/03/06/babelia/1520352987_936609.html>

Scroll: la herramienta del IV Reich para conquistar el mundo

1. En diciembre de 2019, la Cámara de Representantes de Estados Unidos aprobó un *impeachment* contra Donald Trump por abuso de poder y por haber obstruido el trabajo del Congreso. En respuesta a esta decisión, Trump publicó en la por entonces Twitter una foto donde aparecía él mismo, señalando al receptor del mensaje y enmarcado por el texto «In reality they're not after me, they're after you. I'm just in the way». Trump, Donald J. (@realDonaldTrump), X, 19 de diciembre de 2016. En línea en <https://x.com/realDonaldTrump/status/1207508280207011841>

2. Robinson, Marilynne, «El mundo de Trump», *El País*, 19 de enero de 2025. En línea en <https://elpais.com/eps/2025-01-19/el-mundo-de-trump.html>

3. Vázquez, Karelia, «No son ideas suyas, el tiempo vuela porque ya pasamos casi un cuarto del día "escroleando" en internet», *El País*, 27 de febrero de 2023.

En línea en <https://elpais.com/tecnologia/2023-02-27/no-son-ideas-suyas-el-tiempo-vuela-porque-ya-pasamos-casi-un-cuarto-del-dia-escroleando-en-internet.html>

4. Bernays, Edward L., *Propaganda*, Melusina, Madrid, 2008.

5. *Ibid*.

6. Casasola, Silvia, «Los apagones, la distopía y ciencia ficción», Onda Cero, 5 de mayo de 2025. En línea en <https://www.ondacero.es/programas/la-rosa-de-los-vientos/audios-podcast/edad-mentira/apagones-distopia-ciencia-ficcion_20250505681823383 19ae75da4c06a27.html>

7. Redacción ondacero.es, «Cara B: El mundo, la fábrica de tontos», Onda Cero, 10 de septiembre de 2017. En línea en <https://www.ondacero.es/programas/la-rosa-de-los-vientos/audios-podcast/cara-b-el-mundo-la-fabrica-de-tontos_2017091059b534480cf2d6e127f7c6f4.html>

8. Redacción ondacero.es, «Brenda Chávez: consumir con conciencia», Onda Cero, 15 de noviembre de 2021. En línea en <https://www.ondacero.es/programas/la-rosa-de-los-vientos/audios-podcast/entrevistas/brenda-chavez-consumir-conciencia_20211115619264647 7bc800001a65886.html>

9. Chávez, Brenda, *Tu consumo puede cambiar el mundo*, Península, Barcelona, 2017.

10. Lipovetsky, Gilles, *La felicidad paradójica*, Anagrama, Barcelona, 2010.

11. Garcés Prieto, Javier, «Consumismo: adicción a la infelicidad», *El Salto*, 6 de agosto de 2018. En línea en <https://www.elsaltodiario.com/consumo-que-suma/consumismo-adiccion-a-la-infelicidad>

Epílogo

1. Faus, Joan, «Donald Trump defiende que la tortura es útil», *El País*, 26 de enero de 2017. En línea en <https://elpais.com/internacional/2017/01/25/estados_unidos/1485366952_843757.html>

2. Camhaji, Elías, «Del Congo a Irán: las seis (o siete) guerras que Trump dice haber solucionado en seis meses», *El País*, 20 de agosto de 2025. En línea en <https://elpais.com/internacional/2025-08-20/del-congo-a-iran-las-seis-o-siete-guerras-que-trump-dice-haber-solucionado-en-seis-meses.html>

3. Pager, Tyler, «La obsesión de Trump por el Premio Nobel va más allá de la paz mundial», *Infobae*, 25 de marzo de 2025. En línea en <https://www.infobae.com/america/the-new-york-times/2025/03/25/la-obsesion-de-trump-por-el-premio-nobel-va-mas-alla-de-la-paz-mundial/>

4. Lee, Bandy X., *The Dangerous Case of Donald Trump: 27 Psychiatrists and Mental Health Experts Assess a President*, Macmillan USA, Nueva York, 2017.

5. Lee, Bandy X., «Miles de expertos en salud mental coinciden en el diagnóstico: Donald Trump es un peligro», *The Conversation*, 13 de septiembre de 2018. En línea en <https://theconversation.com/miles-de-expertos-en-salud-mental-coinciden-en-el-diagnostico-donald-trump-es-un-peligro-102949>

6. Butler, Judith, «Trump is unleashing sadism upon the world. But we cannot get overwhelmed», *The Guardian*, 6 de febrero de 2025. En línea en <https://www.theguardian.com/commentisfree/2025/feb/06/trump-sadism-judith-butler>

El IV Reich
Bruno Cardeñosa

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Suzanne Plunkett-Pool y Bettmann / Getty Images

© Bruno Cardeñosa, 2025

© Editorial Planeta, 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-08-31061-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta